

NICANOR MOLINARE

BATALLA

de

TARAPACÁ

27 Noviembre de 1879

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES  
DELICIAS, 1167

1911

# BATALLA DE TARAPACÁ

27 DE NOVIEMBRE DE 1879

## INTRODUCCIÓN

### EN MARCHA A LIMA

¿Ois?... Un ruido sordo levántase lejano,  
Que asciende hasta los cielos e invade la estensión;  
Es el afán chileno que ajita el monte, él llano,  
I lleva hácia el Océano su movimiento i voz!

En marcha! Esa es la órden! I truenen los cañones,  
I agúcese la espada i apréstese el fusil,  
I en el latir unisono de miles corazones,  
El alma de la Patria sonrío al porvenir!

En marcha! I sin cuartel... Que la traición peruana  
Soporte, al fin, tremenda la vengadora lei  
Irresistible i fiero, ayer, cual tromba humana  
¡Soldado de Pisagua! Renovarás tu ayer!

Que caiga todo, cuanto se oponga a tu carrera  
Soldado que paseas tu gloria sin igual;  
La enseña de la Patria, la tricolor bandera,  
Depósito sagrado, que siempre guardarás!

Podrás caer! ¡No importa!... Los bravos en la guerra  
Son honra de la Patria, del mundo admiración!  
El polvo del cobarde, escoria de la tierra,  
El alma de los héroes, constelación de Dios!...

ADOLFO QUIROS

No persiguió, Carrera, en San Carlos a los derrotados tercios de Pareja; ni Gainza fué molestado por Mackenna después del Membrillar; San Martín dejó huir después de Chacabuco i Maipú las deshechas huestes españolas; i Escala, el vencedor de Dolores i Sotomayor su valeroso e intelijente jefe de Estado Mayor, no hicieron tampoco caso de la vencida armada de Buendía.

Carrera, pagó su falta con el desastroso sitio de Chillan; Mackenna, unido a O'Higgins, hubo de batirse nuevamente con su enemigo; San Martín jeneró en Chacabuco a Talcahuano, Cancha Rayada, Maipú i a la desastrosa Guerra a Muerte; i Escala por dormirse en los laureles de Pisagua i Dolores, por no perseguir en debida forma a los restos del Ejército aliado, hubo de soportar la terrible jornada de Tarapacá; en que, si es cierto, que el campo quedó por Chile, ello no implica una victoria para nosotros, porque aquella gloriosa jornada en que tan alto quedó el santo lema de “vencer o morir”, credo de nuestros hombres de guerra, cumplido espartanamente por Ramírez i sus heroicos compañeros de martirio, no fué sino la primera advertencia que el Ejército hiciera a sus dirigentes indicándoles que, en materia de guerra se debe ser mui cauto; que solo los hombres de la profesión son los únicos llamados a dirijir las operaciones de las grandes i de las pequeñas unidades de combate; i que todo lo que no se haga en conformidad a la ciencia militar, es estéril e inútil.

Tarapacá no fué ni una victoria ni una derrota, fué sencillamente un sacrificio i una lección.

### *El Ejército aliado, derrotado en Dolores, se reconcentra en Tarapacá*

Después de la batalla de Dolores, 19 de Noviembre de 1879, en que el Ejército Perú-boliviano, del jeneral Buendía, fué derrotado, nadie se preocupó de enviar en su persecución el más insignificante piquete de caballería.

Lo único que se hizo fué recorrer unas pocas oficinas salitreras que aquel había ocupado; rejistrar dos o tres aldehuelas cercanas al campo de batalla, i recojer su artilleria, con algunos centenares de rifles i pertrechos de guerra.

En realidad de verdad, el Ejército Aliado no fué perseguido: él pudo indudablemente reorganizarse o al menos hacer un esfuerzo, para al día siguiente volver al combate; desgraciadamente para ellos, la exición producida entre peruanos i bolivianos era tan profunda, que los soldados de la Alta Planicie prefirieron internarse en el desierto i ganar las alturas de Bolivia ántes que seguir en aquel ejército.

Del resto de aquella soberbia armada, fuerte de 12,000 soldados, la flor i nata del Ejército Peruano, no quedaban sino 4,000 hombres en pié; i si ellos se salvaron, fué debido únicamente al esfuerzo soberano de su jefe de Estado Mayor, coronel don Belisario Suárez, que con una enerjía sin igual dirijió aquella retirada; encaminando sus pasos hacia el sur oriente en busca del pueblecito de Tarapacá, lugar en donde había de encontrar aguadas, pastos, víveres i seguro refujio para sus cansadas huestes, i también porque no fué perseguido.

### *El Ejército Peruano llega a Tarapacá*

En la noche del 19 al 20 de Noviembre, emprendió Buendía con Suárez i demás jefes peruanos la marcha sobre Tarapacá, i atravesando la Pampa del Tamarugal, sin recursos de ninguna especie i al frente de las diezmadas divisiones peruanas, llegó en la mañana del 22 a la villa de este nombre.

Tarapacá, en la época que historiamos, era una población de mil doscientos habitantes; i su ancha i hermosa quebrada cubierta de maizales i alfalfaes, con buenas

aguadas i un regular caserío, era el refugio más apropiado para que descansaran los desmembrados tercios peruanos.

Sin duda alguna que aquel oasis tenía que ser el punto de reunión de aquellos derrotados.

I ahí fueron llegando todos los vencidos de Pisagua, Dolores e Iquique, i tanto así fué, que el 26 de aquel mes entraba en Tarapacá la división de Iquique, fuerte de más de mil novecientas plazas, los que unidos a los cuatro mil que existían en aquel campamento, hacían que aquel Ejército alcanzase a más de cinco mil novecientos soldados, que podremos calificar de escojidos.

I en realidad lo eran, porque en él figuraban cuerpos tan distinguidos como el Zepíta, Ayacucho, batallones números 5, 6, 7 i 8 de línea i otros que sería largo enumerar; i mandados por jefes tan experimentados i valientes como los coroneles señores Belisario i Manuel Suárez, Andrés A. Cáceres, Simón F. Bedoya, José Miguel de los Ríos, Roque Sáenz Peña (Presidente hoi en ejercicio de la Arjentina), Ramón A. Zavala, Remijio Morales Bermúdez, Juan Bautista Subiaga, Francisco Bolognesi, Manuel A. Chamorro, Isaac Recabárren í otros que dieron pruebas en Tarapacá, Arica, Tacna, Chorrillos, etc., de ser excelentes i denodados soldados.

El 26 de Noviembre estaban, pues, reunidos en Tarapacá los restos del soberbio Ejército de Dolores, fuerte de más de cinco mil novecientos veteranos; i sus jefes, sin sospechar que pudieran ser perseguidos, lo reorganizaban, conservando su antigua base; i a fin de ganar tiempo enviaban ese mismo día a Pachica a la Primera División de Vanguardia, bajo las órdenes de sus jefes, los coroneles don Alejandro Herrera i don Justo P. Dávila, para descargar un tanto a Tarapacá i avanzar en su marcha sobre Arica.

### *Organización del Ejército peruano; tropa boliviana*

En el cuartel jeneral figuraba como jefe el jeneral de división don Juan Buendía, teniendo de ayudante de campo al coronel don Juan González, teniente coronel don Roque Sáenz Peña, sarjento mayor don Emilio Coronado, capitán don Lorenzo Marolin, i tenientes don Lorenzo Velásquez i don Luis Darcourt i de secretario a don Benito Neto.

Jefe del Estado Mayor era el distinguido í valiente coronel don Belisario Seguin, que, sin ser militar de profesión, dió pruebas de una actividad asombrosa e incansable.

La División de Vanguardia la mandaba el coronel don Justo P. Dávila, compuesta de los batallones Puno número 6 i Lima número 8, bajo el comando de los tenientes coroneles don Manuel Isaac Chamorro i de don Remijio Morales Bermúdez.

El coronel don Simón Francisco Bedoya tenia a sus órdenes la División Esplotadora en que formaban: El Provisional de Lima número 3, del teniente coronel don Ramón Zavala i el batallón 1º de Ayacucho, a las órdenes de Máximo Somocurcio i de Aureliano Escobedo.

Como comandante accidental de la 1ª División se encontraba el coronel don Alejandro Herrera í componíanla los batallones 5º i 7º de línea, con sus coroneles don Víctor Fajardo í don Mariano S. Bustamante.

El aguerrido coronel don Andrés Avelino Cáceres, estaba al frente de la 2ª División; en la que campeaban los famosos batallones Zepita í Dos de Mayo, mandados por Juan B.

Zubiaga i por el coronel don Manuel Suárez, teniendo de jefe de Estado Mayor al coronel don Isaac Recabárren, que ha poco falleció en Lima.

El coronel don Francisco Bolognesi, el jefe más tarde de Arica, teniendo de jefe de Estado Mayor a don Bruno Abril, mandaba la 3ª División i al batallón veterano Guardias de Arequipa, que había estado de reserva en Dolores, del comando del coronel graduado don Manuel Carrillo i Ariza.

La 5ª División, compuesta de Guardias Nacionales de Iquique, tenía de jefes al coronel don Miguel Ríos i al coronel Baltasar Velarde en la jefatura del Estado Mayor.

Figuraban en ella los batallones Iquique número 1 del coronel don Alfonso Ugarte; la Columna Navales del teniente coronel don José María Meléndez; los Jendarmes de Iquique, la Columna del Tarapacá del coronel don José Santos Aduvire, i la Columna boliviana Loa, mandada por el teniente coronel González Flor.

La Artillería había perdido todas sus piezas en Dolores. Figuraba ahora como infantería al mando del comandante don Emilio Castañón; tropa de caballería no existía en el Ejército peruano.

### *El Ejército enemigo permanece en Tarapacá cinco días*

Hemos anotado que en la mañana del 22 hizo su entrada a Tarapacá los restos del Ejército Buendía, i agregaremos aquí que los cinco días de descanso que tuvieron aquellas huestes, fueron más que suficiente para devolver a aquellos veteranos el vigor físico i moral que habían perdido en la derrota i en la huida.

La moral de su personal era excelente, i tanto así fue, que bien lo probaron, en la ruda jornada del 27 sus jefes, oficiales i soldados.

Quede, pues sentado que el Ejército peruano, acantonado en Tarapacá, era fuerte de más de 5,900 veteranos; que estaba perfectamente equipado i amunicionado, i que ocupaba aquella zona con la seguridad más absoluta i sin imaginarse jamás que fuerzas chilenas pudieran llevarle el más lijero ataque.

Se sabe, que era tal la confianza que tenían en no ser molestados, que no hacían servicio alguno de seguridad.

### *El cuartel jeneral chileno no persigue al enemigo.- Se determina enviar a Tarapacá una pequeña división*

Veamos ahora lo que ocurría en nuestro campo.

Al día siguiente de la acción de la Encañada de Dolores, en que tan tremenda derrota sufrió el Ejército Aliado, que en el campamento chileno todo era alegría i júbilo; porque, en verdad, aquella victoria, que habría las puertas de la rica provincia de Tarapacá, había sido ganada sin grandes esfuerzos i a costa de poquísimas pérdidas de vida. I si, a lo dicho, se agrega que, a la vista no se encontraba un solo soldado enemigo, i que a cada instante se presentaban a nuestro campo a entregarse, oficiales e individuos de tropa peruanos, declarando que el punto de reunión señalado por Buendía a su desecho ejército era la rica i feraz quebrada de Tarapacá, se comprenderá que se imponía, como la más elemental medida de guerra, mandar a aquel punto, fuertes partidas de caballería que picasen su retirada i que

persiguiesen sin tregua ni descanso a los restos de aquel que se suponía desbandado Ejército.

Nada de eso, sin embargo, se hizo. El jeneral Escala comandante en jefe de nuestro Ejército, en el parte que elevó al Gobierno el 5 de Diciembre de 1879, desde Santa Catalina, sobre la heroica i sangrienta jornada de Tarapacá, dice que “su primer pensamiento fué enviar a la ciudad de Tarapacá i demás puntos en que se trataran de reunir los aliados, una regular división de caballería apoyada por infantería que pusiera, en fuga a esas fuerzas dispersas”.

Más aquello no pasó de buenos deseos, a pesar del oportuno aviso que desde Pozo Almonte envió don Emilio Sotomayor, de que “en Tarapacá se encontraba el jeneral Buendía i el coronel Suárez, jefe del Estado Mayor del Ejército enemigo con una “fuerza de 5,000 hombres”, noticia que, se dice, no llegó por desgracia a conocimiento del Cuartel Jeneral.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que, Escala, el Ministro de Guerra en campaña, don Rafael Sotomayor i todo el Cuartel Jeneral chileno, decían que en Tarapacá no podían existir más

de 1,500 a 2,000 hombres, derrotados, amilanados, incapaces de la menor resistencia. I, con el fin de rendirlos, o dispersarlos, se ordenó, a pedido del teniente coronel de Guardias Nacionales i Secretario del jeneral en jefe, don José Francisco Vergara, se hiciese un reconocimiento sobre Tarapacá i sus alrededores; lo que en efecto se hizo, poniendo bajo las órdenes del coronel don Luis Arteaga, intelijente i distinguido jefe de nuestro Ejército, que se encontraba de comandante del Cantón Militar de Santa Catalina, una pequeña división de las tres armas, compuesta de los siguientes cuerpos:

Una batería de montaña Krupp con 27 hombres del mayor don Exequiel Fuentes, el veterano regimiento 2º de Línea, fuerte de 900 plazas, al mando de su bravo i heróico comandante, don Eleuterio Ramírez, una Brigada de Artillería de Marina que iría con su comandante don José Ramón Vidaurre, que no contaba sino, con 398 veteranos, i llevando una pequeña sección de Artillería de bronce francesa; una Brigada de Zapadores la 3ª, al mando del meritorio comandante don Ricardo Santa Cruz, con 289 soldados, el batallón movilizad Chacabuco a las órdenes de su patriota jefe, don Domingo de Toro Herrera; i una compañía de Granaderos a caballo, la del capitán don Rodolfo Villagrán í 30 hombres de Cazadores, bajo la dirección del alférez don Luis Almarza, i que serviría de escolta del Cuartel Jeneral de la pequeña división.

El comandante en jefe, los hemos dicho, era el señor coronel don Luis Arteaga, jefe de una ilustración poco común i que tenia fama de hombre serio, honrado i valiente tenían su Cuartel jeneral el teniente coronel don José Francisco Vergara, los sarjentos, mayores don Jorje Wood i don Bolívar Valdés, los capitanes don Julián Zilleruelo, don Emilio Gana C. i don Marcos Latham; i los alférez don Luis Almarza, don Diego Miller Almeida i el intelijente, cuanto festivo i valiente sub-teniente del Santiago de línea, don Salvador Smith Canales de la Cerda.

*El pequeño ejército del coronel Arteaga se divide en tres divisiones*

El coronel Arteaga, de acuerdo con los jefes de su comando, dividió éste en tres secciones: la primera División, “que llamaremos de la derecha” quedó formada por el Regimiento 2° de Línea, con dos piezas de bronce servidas por una sección de Artillería de Marina i por 25 hombres de caballería, i se le dió por jefe, al más acreditado de aquellos, al valiente i heróico comandante, don Eleuterio Ramírez, que tantas pruebas diera en Tarapacá de civismo i de desprecio por la vida, i que salvará con su sacrificio i con el de la mitad de su bravo 2° de Línea, el santo lema de “vencer o morir” del soldado chileno.

La Segunda División, que sería mandada, por el propio coronel Arteaga, la formaron la Brigada de Artillería de Marina, el Batallón Movilizado Chacabuco i dos piezas Krupp de montaña.

La Tercera que se entregó a don Ricardo Santa Cruz, quedó compuesta por la Tercera Brigada de Zapadores, con la 4ª compañía del primer batallón del 2° de Línea, con dos secciones Krupp de montaña i con 156 hombres de Granaderos a Caballo, a las ordenes del capitán don Rodolfo Villagrán.

Sumando los hombres que componían estas tres diminutas unidades, apenas si alcanzaban a formar 2,289 hombres de Jeneral a tambor, que creían iban a pelear con los restos desorganizados del ejército peruano, quizá acantonado en el caserío de Tarapacá; pero que, marchaban alegres, descuidados í contentos, por que tenían la esperanza de batirse, i con ello, alcanzar honra, gloria, pres i fama para Chile, la patria querida e idolatrada.

### *El comandante, don Ricardo Santa Cruz*

Hemos nombrado a Santa Cruz, el infortunado combatiente de Tarapacá i heróico vencedor de Tacna, caído como bravo al frente de sus Zapadores en la jornada de 26 de Mayo de 1880; i justo es que a grandes rasgos, bosquejemos, nó su biografía, sino su corta labor de soldado i de patriota.

Como Ricardo e Ignacio Serrano Montaner, Rafael Vargas, Policarpo Toro, los Gutiérrez i los Vial, Santa Cruz, era melipillano.

Procedía de don Joaquín Santa Cruz i de doña Mercedes Vargas i por la rama materna estaba emparentado con otro bravo soldado, con el héroe de Calama, como se le apodó antaño, con el Cazador, don Rafael Vargas.

En Melipilla, en el año de 1847 nació, pues, don Ricardo Santa Cruz,; i a poco de haber andado la vida perdió a su padre, quedando él i siete hermanos hombres más, huérfanos i sin otro apoyo que el de su Santa Madre i por única fortuna un pequeño mayorazgo en Melipilla.

Los de Santa Cruz tienen nobilísimos blasones, i allá, en los lejanos días de la colonia hubieron gran situación en las cortes presidenciales.

Hubo uno, don Juan Ignacio de Santa Cruz, que empuñó la vara de Primer Alcalde de Santiago en 1737, i que casado con una Aldunate, llegó a jugar gran papel en la colonial capital de Chile.

Pero, eso nada importa, porque el abolengo más puro que lució Ricardo Santa Cruz no lo cifró en la sangre azul de sus venas, sino en su honrado civismo, valor i exelso patriotismo.

Santa Cruz más que aristócrata, fué cadete, oficial i jefe pundoroso, instruido i valiente.

En 1859 rejía los destinos de la Academia Militar el jeneral Aldunate, soldado austero, de nobilísimos sentimientos i de caballeresco carácter, pues bien, él fué quien recibió de cadete a Ricardo Santa Cruz, cuándo cumplía los 12 años.

I tan buen alumno fue el recluta de 1859, que en 1865 lucía la presilla de subteniente del 2º de Línea.

I de salto en salto, de año en año i campaña tras campaña, Santa Cruz, que asistió a la guerra con España en 1865 i 1866, i que hizo más de una entrada a la tierra araucana; que fué ayudante i profesor de la Escuela Militar, llegó a ser mayor de Zapadores cuando apenas contaba 29 años de edad i 14 de servicios, si mal no recordamos, fué don Belisario Prats quien lo designó para tan honroso cargo.

El 14 de Febrero de 1879, cuando la ocupación de Antofagasta, Santa Cruz i sus zapadores guarnecían a Angol; de ahí, de aquel cantón militar, rudo palenque en que, bajo la vijilancia de hombres como don Cornelio Saavedra, el jeneral don José Manuel Pinto, don Basilio Urrutia i otros viejos soldados, nuestro Ejército conquistaba i pacificaba la Araucanía, haciendo ruda i diaria campaña, de ahí, decíamos, saltó Zapadores a cubrir guarniciones primero en Antofagasta i después en Mejillones.

En este último puerto i en las salitreras de Antofagasta, Zapadores vivió junto con el Chacabuco, cuyo jefe, don Domingo Toro Herrera, era amigo íntimo i personal de Santa Cruz; de ahí que el Movilizado Chacabuco fuese el primer cuerpo cívico que aprendió la guerrilla inglesa, que el comandante Santa Cruz había enseñado a sus soldados; que más tarde tomó todo el Ejército, i que hoi ha sido corregida i aumentada.

El comandante del Zapadores era, sin duda, todo un soldado; tenía amor a su profesión; del servicio de las armas había hecho un culto i su pensamiento único era propender constantemente al adelanto i sucesivo progreso de las instituciones armadas.

De talla corpulenta i de marcial apostura, su figura en la batalla i en la acción era para sus Zapadores casi como un estandarte, por que sus oficiales i soldados lo adoraban.

De carácter suave, unía a sus distinguidas maneras una enerjía poderosa, que solo domeñaba la ordenanza i la subordinación militar, llevada en ocasiones más allá de lo posible i necesario.

Ricardo Santa Cruz, para abreviar este insignificante retrato era un jefe instruido, pundoroso, valiente i culto.

Cuanto a hombre de hogar, fué un modelo de esposo i de padre.

En su vida no tuvo sino dos grandes amores: su patria, por quien dió la vida, i su mujer, la señora doña Magdalena Argomedo de Santa Cruz, i los tres tiernos hijos que dejara al morir en Mayo de 1880.

Estudio, honor, patria í hogar, fueron los blasones del escudo de armas de Ricardo Santa Cruz.

La ordenanza i la subordinación lo amarraron en Tarapacá.

El pundonor militar, el amor a Chile, lo hizo buscar la muerte i la gloria en la batalla de Tacna.



La vida de Ricardo Santa Cruz es un ejemplo, es un libro, en el que los jóvenes lejonarios encontrarán siempre grandes enseñanzas, i cuya síntesis, sin duda, es: patria, hogar i virtud.

### *Dos cartas de don Ricardo Santa Cruz*

Tenemos aquí, sobre nuestra mesa de labor, dos cartas de Santa Cruz, tan tiernas, han sencillas i llenas de amor i consejos a sus hijos, que son un decálogo de honor i de trabajo, que con agrado las damos a luz:

“Señora Magdalena de Santa Cruz.- Santiago.- Mejillones, Octubre 26 de 1879.

“Malalita querida:

Hoi sabemos que el Ejército se está embarcando en Antofagasta; a nosotros se nos ha mandado alistar también, i probablemente nos embarcaremos mañana a primera hora.

Llega el momento supremo: es preciso saltar la barrera i entrar de lleno a cumplir con nuestro deber.

No me atrevo a mirar atras sin sentirme conmovido profundamente; hoi, Malalita, después de los arreglos indispensables para estar listos, he tenido momentos terribles.

Hechada la balanza a mis cuentas, la veo a usted rodeada de seres queridos, voi a cumplir el más sagrado deber de un ciudadano, i me enorgullezco de verme en situación tan favorecida; esto no obsta para que, tornándole el peso al mayor infortunio que pueda sobrevenir, tenga que entristecerme, como lo estoi actualmente.

No he querido luchar con algunos lagrimones, que sin probabilidad de espíritu, son el resultado de involuntaria preocupación; en la seguridad que esta carta no irá a su poder hasta el fin de la campaña o hasta que yo no pueda disponer de su envío, he dado rienda suelta a mi ternura.

Si muero, ¡fatalidad tremenda para usted i mis hijitos!... ¿qué será de usted?

Este es el terreno vedado hoy! No me atrevo a pensarlo siquiera. ¿Pero al fin? Es menester ponerse en todo caso; así como *puedo adquirir renombre i gloria*, puedo encontrar mi tumba en el imprescindible deber que hai que llenar, *llenarlo bien*, que así lo haré.

En previsión de todo es que escribo ésta, que la leerá riéndose si yo se la llevo, i llorando, como he estado yo, si todo ha terminado aquí.

¡Cuánto me cuesta escribir así, Maladita querida!... Usted se hará cargo, me conoce demasiado para que calcule por si misma cuánto sufro con esta relación que también puede ser una despedida.

Abrigo, no obstante, la confianza que, sabiendo cumplir con mi deber, el país se hará cargo, como debe, de mis hijitos; siendo usted tan buena, como es, pasado su martirio, podrá encontrar algún bienestar, i nuestros hijitos, que en ningún trance de la usted dejará de la mano, ellos serán su mejor consuelo.

Cuídese para ellos i tenga fuerzas para soportar el gran sacrificio!...

A la *chinita*, imitando en todo a su madre, llegará a ser más feliz que ella, i nada tengo que recomendarle.

Los niños!... Esto es lo que después me preocupa mas! Si yo les falto, por desgracia, tendrán mucho que sufrir hasta llegar a ser hombres.

Tenía tantas ilusiones en expectativas para sacar el mejor provecho de ellos; entre los suyos i los míos fundo grandes esperanzas, que encontrarán quien los encamine i haga de ellos tanto i más de lo que yo pudiera.

Tratando así, como de broma, este asunto en el cual tengo que considerarme muerto, i estoi lleno de vida i entusiasmo; lleno también de ilusiones para el porvenir, no es fácil que me contraiga a lo que debo; voi, sin embargo, a dejar algunas recomendaciones a los niños, para cuando estén en estado de conocerlas.

Son sus deberes: “El cariño i respeto a su madre, ante todo; amor i dedicación al estudio; no dejar para mañana lo que se puede hacer hoi; trabajar por costumbre más bien que por deber; respetar a la mujer en toda circunstancia; ser francos i generosos”.

Sólo así serán felices i no les habrá hecho gran falta su padre.

Malalita: sin más lazos en el mundo que los de la familia, mi último pensamiento será para ustedes.

*Dios ha de querer* que esto sea lo más tarde posible; reciba el adiós de su  
RICARDO”.

Los jóvenes que hoi inician la vida, deben leer i guardar en sus almas, en lo íntimo de su corazón i de su cerebro, los santos e hidalgos consejos que encierra la última parte de esta carta, escrita casi al borde de la tumba por el padre amante a la vez que valeroso soldado.

I para terminar, he aquí la última despedida escrita del heroico mancebo que murió por Chile en Mayo 24 de 1880:

“Tacna.- Mañana parte el ejército para Tacna; ahí se nos espera; la cosa puede ser seria; abrigo la esperanza de ser tan afortunado como en Pisagua i Tarapacá; si el destino así no lo quiere, esta será mi última despedida escrita; su recuerdo siempre presente.

SU RICARDO”.

Lo repetimos, Patria, amor i virtud, fué el lema de don Ricardo Santa Cruz; que los hombres de guerra de hoi que imiten su ejemplo i mueran pensando en el porvenir de Chile, como el pundoroso jefe de Zapadores.

*Los Comandantes Santa Cruz i Vergara piden al Jeneral Escala los mande a Tarapacá*

Pero ántes de seguir adelante, permítasenos narrar como i por qué se llevó a cabo la espedición de Tarapacá; quién fué su jenerador i quiénes los primeros que pensaron en aquella funesta operación de guerra, que tan a prueba puso el lejendario valor de los hijos de Chile; i que a la postre, no fué ni victoria ni derrota, sino cruento i horrible sacrificio i martirio de las mejores huestes de la Patria; que pelearon un día entero, en la proporción de uno contra tres; sin agua, sin víveres i sin esperanza ninguna de socorro.

En que es espiraba sonriendo, porque al lanzar el último suspiro, en medio del incendio o del fragor del combate, se moría por levantar, si era posible más, la gloria purísima de la patria!

Fueron don José Francisco Vergara i el intrépido comandante don Ricardo Santa Cruz, quienes pidieron al jeneral don Erasmo Escala la autorización del caso para ocupar a

Tarapacá i su pastosa quebrada; i es fama que el bravo Escala, al dar el sí para efectuar esa que se creía inocente operación de guerra, habría dicho con profética entonación: “¿A qué se van a meter allá, donde el diablo perdió el poncho?” I a pesar de los pesares. Vergara i Santa Cruz siguieron adelante en su empeño, que ellos, en su honrado patriotismo, creían sano i bueno.

I don José Francisco Vergara, el 24 de Noviembre, en la tarde, partió de Santa Catalina al frente de 289 Zapadores, de una Compañía de Granaderos a Caballo con 116 soldados i de 27 artilleros i dos piezas Krupp de montaña, a cargo del alférez don José Manuel Ortúzar.

Al anochecer del mismo día 24, estaban en Dibujo, oficina situada unos cuantos kilómetros al sur de Santa Catalina, donde el sofocante calor los hizo detenerse hasta las dos de la madrugada del siguiente 25.

*Parte el 25 de Noviembre la división Vergara; avisan que en Tarapacá se ha reconcentrado el enemigo*

Queda Dibujo perfectamente al poniente de Tarapacá; de modo que nuestra pequeña división no tenía sino que dirigirse rectamente hacia el oriente, por la candente pampa del Tamarugal; atravesarla en toda su inclemente extensión, llegar a Minta i quedar en esa altiplanicie más o menos a tres leguas de la que hubiera de ser poco más tarde, teatro de uno de los más sangrientos i porfiados hechos de armas que registra la historia del Pacífico.

En efecto, la División Vergara partió en la tarde del 25 de Dibujo, i después de andar casi toda la noche por la solitaria pampa del Tamarugal, hizo alto a las 2 de la madrugada del 26 de Noviembre en las cercanías de Tarapacá, i como a tres leguas de distancia de ese caserío.

I quiso la suerte de los espedicionarios que, estando acampados, cayeran en sus manos unos infelices labriegos tarapaqueños que se dirijian a Iquique, por los que supieron que en aquella aldea se encontraba acampado el ejército de Buendía, fuerte de más de 4,000 veteranos, que esperaban para ese mismo día la arribada de la División Iquique, con 900 hombres, i que aquellas tropas estaban bien descansadas.

En realidad de verdad, aquellas labriegos dijeron lo que sabían en cuanto al efectivo del ejército peruano; i sino fijaron exacta mente su cifra de 5,900 hombres, ello no fué, sin duda, culpa suya.

De todos modos, Vergara i Santa Cruz, comprendiendo la gravedad que entrañaba aquella noticia, enviaron inmediatamente a Santa Catalina al capitán don Emilio Gana Castro para que diese aviso al coronel Arteaga de lo que ocurría i pidiese al jeneral en jefe el envío de las fuerzas suficientes para poner en jaque a los restos del ejército peruano acampado en Tarapacá.

Esta opinión, que es la más corriente, está en pugna con lo que se dijo i repitió en aquellos memorables días, respecto a la cuantía de la cifra a que ascendía el ejército de don Juan Buendía, dada por los arrieros tarapaqueños en la madrugada del 26 de Noviembre, a Vergara i Santa Cruz; porque, se asevera, que los tarapaqueños habían confesado que a todo reventar, el enemigo no contaría jamás ni con 2,500 hombres.

Creemos que esta debe haber sido la verdadera cifra confesada; porque solo así se comprende que don José Francisco Vergara, Santa Cruz, Rodolfo Villagrán i Emilio Gana C., que no eran niños, que se les tenía por hombres sabidos i buenos soldados, hubiesen pedido al Cuartel Jeneral chileno un ausillo tan escaso, para atacar a un Ejército de más de 5,900 veteranos; i se hubiesen contentado con la diminuta división de 2,285 soldados que pidieron i que creyeron suficientes para atacar i vencer a los 5,900 hombres de que, se les decía, contaba la armada peruana de Tarapacá.

### *Arteaga con el resto de la división se une a las fuerzas de Vergara*

Ahora bien, ¿qué hubo de verdad en todo aquello? Confesaremos que los documentos oficiales de la época nada dicen, i que solo la tradición es la que ha conservado lo que hemos narrado.

Sea de ello lo que fuere, la verdad del hecho es que Santa Cruz i Vergara enviaron al capitán don Emilio Gana C. a Santa Catalina; que éste llegó el 26 temprano i dio cuenta de su misión; que sobre la marcha Arteaga, con la debida autorización, trasladó por ferrocarril a Dibujo, al 2° de Línea i al Chacabuco, emprendiendo por tierra, la misma marcha, la Brigada de Artillería de Marina, 30 Cazadores a caballo i la batería de montaña del mayor don Exequiel Fuentes; i que, a las 3 P. M. del mismo día, levantaba sus tiendas en demanda de la división Vergara i de Tarapacá.

Arteaga, que era hombre de guerra i con la esperiencia adquirida en su vida militar en Antofagasta, i en las maniobras de la campaña i sabiendo que lo menos que tendría que recorrer su tropa eran diez leguas de un ardiente i arenoso desierto, ordenó a sus subalternos cuidasen de que nuestros espedicionarios economizasen su agua, reservándola en cuanto fuese posible para la mañana del siguiente día 27.

Vano empeño fué, aquel, porque el precioso i vivificante líquido, lo bebieron nuestros infantes en la primera jornada; i muchos, duro es confesarlo, nada llevaron, porque el agua no alcanzó para todos.

Pero si el agua había escaseado, no pasó lo mismo con los víveres porque nuestros lejonarios llenaron sus morrales de charqui i galletas, para dos días.

La tropa, de que se componía la división Arteaga, en verdad, era escasa en número, pero nó en cuanto a resistencia, en valor i en patriotismo; i a fé que de sobra probó serlo, porque, como veremos más adelante, con escepción de uno solo de sus jefes, cuyo nombre silenciaremos en obsequio a los manes de Ramírez, Valdivieso, Vivar i tantos otros que, como buenos, rindieron la vida a la sombra de la inmaculada bandera, todos, en aquel día memorable, cumplieron espartana i, por qué no decirlo; CHILENAMENTE con su deber.

No daremos el nombre de aquel Mayor, porque ya no existe; i porque, durante treinta i un años, la opinión pública lo castigó, hasta en su pobrísimo retiro, mirándolo con el más soberano menosprecio.

### *La Junta de Guerra del Tamarugal*

I la división chilena prosigue intertanto su marcha por la desierta i candente pampa del Tamarugal, i a las 2 A. M. del 27 de Noviembre de 1879 se junta con la división Vergara, que exauta de víveres i de agua, esperaba con ansias la llegada de la división auxiliadora, creyendo que sus compañeros hubiesen traído algunas gotas siquiera de tan precioso líquido.

I mientras que los oficiales i soldados se entregaban al descanso i al sueño, para olvidar en algo las terribles penalidades de la sed, es fama que los jefes de la división chilena celebraron su último Consejo de Guerra, nó a la luz de las estrellas, ni bajo cómoda i abrigada tienda, que aquel hubo de tener lugar en el fondo de una antigua calichera, que los guarecía en algo de los terribles efectos del frío glacial que durante las noches reina en aquellas desiertas e inhospitalarias soledades.

El Consejo fué breve, i en él se acordó: dividir el Ejército en las tres unidades de que hemos tratado ya i en determinar el plan de ataque o de la batalla que debía darse ese mismo día.

Iría a la vanguardia la 3ª División, la de Santa Cruz, i su objetivo debía ser posesionarse del caserío de Quillahuasa, situado unas dos millas más al norte de Tarapacá, en la misma quebrada; refrescar sus sedientos veteranos en sus aguas, i desde sus alturas dominar con sus fuegos al enemigo i empujarlo sobre la plaza de Tarapacá. Al efecto, Santa Cruz, como que tenía que recorrer una distancia mayor que la de las otras dos divisiones, emprendería inmediatamente la marcha, lo que efectuó a las tres de la madrugada.

Ramírez, al frente de su veterano i bravo 2º de Línea, con una sección de Artillería de Marina i 20 Cazadores a Caballo, caería sobre Huaraziña i San Lorenzo, aldehuelas situadas en el fondo de la quebrada, equidistantes una a dos millas de Tarapacá, cubierta de preciosos arbolados i de aguadas, que ocuparía incontinenti; i después de posesionarse de los cerros del costado oriente, abrazaría con sus fuegos el fondo de la quebrada i el pueblo de Tarapacá, en que se suponía habría de estar el núcleo de las fuerzas enemigas.

Arteaga con la Brigada de Marina, el Chacabuco i la Artillería con sus cuatro piezas de bronce i dos cañones Krupp, operaría en el sentido de caer sobre la villa de Tarapacá, por la cuesta de La Vizagra i por un camino, que desde este pueblo conduce a las alturas del poniente.

Hemos dejado en marcha a la División Santa Cruz, i anotaremos aquí que poco después de las 3 A. M. del 27 rompieron la suya la 1ª i 2ª divisiones.

Advertiremos a nuestros lectores que el estado físico de nuestros hombres era pésimo; porque la sed, el hambre i el cansancio natural producido por aquella larguísima i penosa caminata, habían agotado las fuerzas de nuestros expedicionarios; i que, si aun conservaban brios, era únicamente debido al empuje de nuestros oficiales, a la disciplina de nuestras tropas i a la esperanza de encontrar en las aguadas de la histórica quebrada, líquido abundante en qué saciar sus fauces, secas por la sed más horrorosa que se puede imaginar.

## TARAPACÁ

I como de un momento a otro se iniciará la homérica jornada, tiempo es ya de que demos algunas noticias jeográficas del campo en que, los valientes hijos de Chile, midieron sus fuerzas en ruda, tenaz, porfiada i desproporcionada lucha, con las casi triples del Ejército

peruano; que se batía en su casa, tras parapetos, descansado i teniendo perfecto conocimiento del terreno, cuya topografía los nuestros ignoraban en absoluto.

Asentado, en la parte occidental de la quebrada de su nombre, se encuentra el pueblo de Tarapacá, i en el promedio de la distancia que hai de Quillahuasa a Huarasiña, caseríos situados al norte i sur de aquella.

En su parte más ancha, la famosa quebrada llegará a 600 metros, disminuyendo quizás hasta 500. Su longitud comprendida entre Quillahuasa i Huarasiña, es más o menos de cinco millas; i los campos que encierra son todos de cultivo i fertilizados por un hilo de agua, que descendiendo de los primeros contrafuertes andinos, riega primero aquellos ricos terrenos, perdiéndose, en seguida, unos cuantos metros al sur de Huarasiña.

Los cerros que dominan la quebrada son sumamente empinados i como cortados a pique, especialmente en su costado poniente; i para descender al valle, no existen sino senderos, siendo el único camino cómodo el que conduce a Huarasiña.

Un poco al norte de esta aldea, se encuentra situado el camino de San Lorenzo, como a un kilómetro de distancia, sentado en la parte sur de la boca de la pequeña quebrada del mismo nombre. En esta localidad, nuestros cirujanos, establecieron su hospital militar, que ante la violación que de él hizo el enemigo, se convirtió en el reducto en que las derrotadas, pero jamás vencidas huestes chilenas, hicieron su última i porfiada resistencia.

Ahí, en el hospital militar de San Lorenzo, murieron quemados, en cruenta i bárbara pira, don Eleuterio Ramírez i 57 heridos más, hecho que se pudo comprobar por una distinguida i numerosa comisión de jefes i oficiales chilenos, que el 25 de Enero de 1880 descubrieron en aquel osario, santificado por el martirio, los restos informes del denodado comandante del invicto 2º del Línea, amputado el brazo izquierdo i destruida por el fuego la parte inferior del cuerpo.

Agregaremos, que hermosos arbolados rodean a San Lorenzo, Tarapacá, Huarasiña i Quillahuasa, cosechándose en ella ricas i sezonadas frutas; que sus campos producen en abundancia hortalizas, maíz i alfalfa; que para estraer con facilidad sus productos se ha labrado en el flanco poniente de la montaña i un poco al sur de Tarapacá, la Cuesta de la Visagra, lugar famoso desde el 27 de Noviembre, porque Ramírez lo inmortalizó con su sangre i la de sus compañeros.

Cabe aquí un recuerdo histórico:

En la irregular plaza tarapaqueña en una casa que los habitantes de aquella aldea muestran a todo el mundo, nació el Gran Mariscal del Perú, don Ramón de la Castilla, que gobernó a su patria durante veinte años.

En la derruida iglesia de Tarapacá recibió el bautismo el gran mariscal en cuyo mausoleo leímos en Lima, en 1881, la siguiente inscripción que anotamos en nuestro diario de campaña:

AL GRAN MARISCAL DEL PERÚ, DON RAMÓN DE LA CASTILLA.  
AL LIBERTADOR DEL INDIO I DEL NEGRO

Don Ramón, que peleó i venció en Yungai en 1839 al lado de Búlnes, fué vencido en Ingaví por los bolivianos más tarde; i esa no fué, la única derrota de su vida, porque también

había sentido las amarguras del desastre en Maipú, junto con su hermano don Leandro, que era realista de corazón.

I así como los guías tarapaqueños indican al preguntón viajero la morada de los Castilla, también cuando los interrogan dan noticias de las carcomidas i solariegas casas de los La Puente, Zavala i Bernal, nobles tarapaqueños que poblaron aquellas oasis a fuerza de intelijencia i de ímpraba labor.

*Al Consejo de Guerra del Tamarugal no asiste el Sarjento Mayor de Artillería don Exequiel Fuentes.- Opinión de don José Velásquez, Comandante del Regimiento N° 2 de Artillería, al respecto.*

Parece mentira que a la Junta de Guerra del Tamarugal, no se invitase al mayor i jefe de la Artillería, don Exequiel Fuentes; i sin embargo, el hecho es real, efectivo i verdadero.

No se comprende olvido semejante.

¿Cómo, soldados como don José Francisco Vergara, Vidaurre, Ramírez, Santa Cruz i demás jefes, pudieron desentenderse, olvidarse de la artillería, arma de un importancia indiscutible?

El hecho es que aquello aconteció , i que a don Exequiel Fuentes no se le tomó en cuenta para nada en aquel último Consejo de Guerra, tenido horas ántes de la acción.

I la verdad es que, en esa junta, la determinación de dividir la artillería, de seccionarla i de mandarla a vanguardia, no pudo ser más fatal que lo que fué.

Más tarde, cuando llegó la hora de la derrota i del descarte, el mayor don Exequiel Fuentes, el 30 de Noviembre, tres días después de la batalla, elevó el parte consiguiente a su jefe don José Velásquez, i en él deja constancia de que no se tomó en cuenta su opinión, i aun más, que se le dividió su batería:

“Antes de amanecer del mismo día 27, dice el jefe de la Artillería, señor Fuentes, supe indirectamente que la división iba a subdividirse en tres para rodear al enemigo por tres puntos, tomándolo prisionero, sí, como se creía probable, fugaba a nuestra vista”.

Ese párrafo no necesita comentarse, ni tampoco el que sigue debido a don José Velásquez, i que es la síntesis de los cargos merecidos que este jefe hizo al Comando de Tarapacá, es decir, al coronel don Luis Arteaga i al secretario jeneral de don Erasmo Escala, comandante don José Francisco Vergara.

Habla don José Velásquez:

“Llamé, dice en su parte el jeneral en jefe, al mayor Fuentes para tomarle cuenta de lo sucedido, como era de mi deber.

Le pregunté por qué la artillería no había desempeñado el importante papel que le corresponde i por qué las piezas habían caído en poder del enemigo, i la contestación fué ésta:

“1° Porque a la reunión de jefes que acordó la manera de llevar a cabo el ataque, no fuí llamado, a pesar de ir al mando de la artillería;

2° Porque la batería se dividió, en contra de mi voluntad, en fracciones de a dos piezas, que marcharon por diversos caminos, a una distancia considerable unas de otras;

3° Porque se la hizo continuar adelante por las veredas de las quebradas en donde estaba el enemigo, que nos envolvió en el momento que consideró oportuno i a distancia de tiro de revólver;

4° Porque a pesar de avistarse el enemigo, tenerlo a tiro de cañón i de pedir al señor Santa Cruz permiso para hacer fuego i deshacerlo, éste se negó a ello, escusándose que de esa manera se desconcertarían los planes; i

5° Porque algunas piezas marchaban a vanguardia solas i sin la orden de hacer fuego en tiempo oportuno, contra toda táctica militar”.

I después de lo transcrito, Velásquez, para completar los cargos anotados, agrega:

“Cuando se trató, señor, de enviar a Tarapacá una división que persiguiera i atacara a los aliados, me acerqué, al señor Santa Cruz para decirle que no convenía, como estaba por el acordado, llevar solo una sección de artillería, sino una batería completa al mando de un jefe inteligente, como el mayor señor Exequiel Fuentes.

I esto por dos razones: porque la artillería dividida pierde toda su fuerza i cohesión i se ve espuesta a cualquiera eventualidad, aun cuando las operaciones que se van a ejecutar sean dirigidas con todo el celo e inteligencia posibles;

I porque, siendo los oficiales de este cuerpo jóvenes nuevos en la carrera, convenía que marcharan bajo la vijilancia inmediata de un jefe experimentado i conocedor del arma”.

I a continuación dice:

“Al mismo tiempo quise conocer la opinión del señor Santa Cruz respecto del número de enemigo que había en Tarapacá, i la respuesta fué vacilante.

Se me dijo que había pocos, pero que era probable que se hubieran reunido ya en buen número.

Fué entonces que resolví a enviar la batería que ha perdido sus cañones”.

Por desgracia, los cargos que envuelven las declaraciones copiadas de los señores don José Velásquez i don Exequiel Fuentes fueron efectivos.

Cierto fué que el mayor Fuentes no fué invitado a la Junta de Guerra del Tamarugal; que se dividió su artillería i que se le mandó a vanguardia.

También acertado anduvo Velásquez cuando espresa sus temores sobre la cuantía de las fuerzas enemigas, que ya sabemos bordeaban los 6,000 hombres de tropa veterana, i que se batió bien i que fué, hai que confesarlo, admirablemente bien mandada i dirigida.

Sirva de esperiencia en lo futuro esta lección; i sépase que no hai factor perdido en la guerra, i que la artillería ha sido i será siempre gran arma de combate.

### *En marcha.- Santa Cruz llega a Tarapacá*

A las 3 de la madrugada, hemos dicho, que emprendió su marcha en demanda del campo enemigo la división Santa Cruz; i por desgracia, tan pronto partió, cuando a consecuencia de la espesa camanchaca que a esas horas cubre siempre aquellos solitarios parajes, su descubierta, que constaba de una compañía de Zapadores i de cuatro granaderos a caballo, extravió la huella que debía seguir para llegar a Quillahuasa.

Era tan espesa aquella tupida niebla i tan oscura aquella noche, que los jefes de la división de vanguardia opinaron por detenerse i esperar que la luz del día guiara mejor sus pasos,



I cuando, apenas las primeras luces del alba disiparon un tanto las tinieblas en que mantenía al desierto la camanchaca, el sarjento mayor don Jorje Wood, ayudante de campo del jeneral Escala i ahora en comisión del coronel Arteaga, comunicó a Santa Cruz la órden de partida: encareciéndole que su marcha la efectuase en órden paralelo a la división del centro, a la de Ramírez, que tomase posesión de Quillahuasa, i que al efecto siguiese la senda de Caranga, que conduce a ese caserío, objetivo de Santa Cruz.

I nuestro abnegado comandante de Zapadores rompió la marcha decidido a cumplir fielmente con su cometido, i el hado fatal condujo a los guías de su división, no por la vía de Caranga, sino por los senderos que serpenteando entre las cerrilladas del poniente, conducen al pueblo mismo de Tarapacá.

### *La camanchaca estravía a la División Santa Cruz*

Eran las 6 A. M., i aun la espesa e incómoda niebla envolvía como en un sudario a nuestra división de vanguardia; daban las 7, i con ellas, un esplendente sol alumbraba aquel árido desierto; corría la camanchaca, i caldeando a su vez las arenas, convertía aquella poco ántes frígida rejión, en un horno candente.

I con la luz de aquel claro día, pudo, espantado Santa Cruz comprender que había errado el camino; i aquel esforzado mozo, en cuyo pecho jamás se anidó, ni el miedo ni el temor, i en cuyo corazón nunca jermínaron las bajas pasiones; i que, por otra parte, era soldado a las derechas, en vez de contener la marcha de los suyos, siguió impertérrito adelante, en busca de su objetivo, de Quillahuasa, de que tomaría posesión, porque esa i no otra era la órden recibida en la noche, de su jefe, el coronel don Luis Arteaga; i sin pensar en otra cosa, i a pesar del cansancio de su tropa mantuvo su marcha hasta las 8 de la mañana, hora en que, nuestra vanguardia, se encontraba perfectamente al poniente del pueblo de Tarapacá.

A esas mismas horas, la primera i segunda división, es decir, la Brigada de Marina, con el Chacabuco i el 2° de Línea con una sección de artillería, se hallaban, los menos, a una legua de distancia; i se comprende que, dado el cansancio producido en estas tropas por las jornadas del día anterior i de la noche, no estuviesen en estado de emprender una marcha forzada, la que hicieron, sin embargo, apenas sintieron los primeros disparos de cañón con que Santa Cruz respondía al enemigo que lo atacaba con furia inusitada.

### *El Ejército Peruano descubre a la División Santa Cruz i toma posiciones*

I mientras que en el campo chileno se desarrollaban los sucesos que hemos relatado, en el real peruano reinaba la más absoluta tranquilidad, i era tan grande la seguridad de que no serían atacados, que en la madrugada del 26, el jeneral Buendía, había enviado a Pachica a dos de sus mejores divisiones: la de Vanguardia i la Primera, fuerte de cerca de tres mil hombres de línea; en que figuraban batallones como el Puno número 6 i el Lima número 8 i el 5° i 7° de línea mandados por jefes como Chamorro, Morales Bermúdez, Fajardo i Bustamante, soldados de primera fila; i comandadas por los coroneles Dávila i Herrera, que en aquel día habían de dar pruebas de ser hombres entendidos i del oficio.

Aun más, se sabe que no esperaban el ataque de nuestras fuerzas, que durante la noche del 26 al 27, en el campo no se hizo servicio alguno de seguridad i apénas, sí se colocó uno que otro centinela; tanta era la certeza de que no sería atacada Tarapacá por nuestras tropas.

I tanto así fué, que Buendía, Suárez, Cáceres i demás jefes enemigos, solo tuvieron conocimiento de nuestra aproximación poco ántes de las 8 A. M.; i en el acto, con la celeridad apremiante de los momentos supremos, i con el perfecto conocimiento topográfico que tenían del terreno se aprontaron para un combate en que jamás se imaginaron llevar la mejor parte.

El coronel don Belisario Suárez, alma de aquella retirada i soldado avezado en las duras faenas del servicio, distribuyó aceleradamente sus tropas del modo más estratéjico posible, i en la creencia de que solo tenía que habérselas con la división que tenía a su frente, con Santa Cruz, no pensó sino en ahogar, digamos así, a la pequeña división chilena i distribuyó su ejército en forma tal, que todos sus fuegos se concentrasen sobres nuestros Zapadores, artillería de Fuentes i 4ª compañía del primer batallón del 2º de Línea.

Los veteranos batallones Zepita i Dos de Mayo, que encarnaban históricos nombres, i que formaban la 2ª División del comando del aguerrido coronel don Andrés Avelino Cáceres, tomaron posesión de los cerrillos que por el poniente dominan a Tarapacá; i la División Exploradora del coronel don Francisco Bedoya con los batallones Provisional de Lima número 3, i 1º de Ayacucho, recibió orden también de ascender las alturas poniente i de cubrir con sus fuegos al enemigo tan pronto enfrentara a sus posiciones, debiendo ocultarse tanto, cuanto, lo permitiesen las sinuosidades del terreno.

La 3ª División Bolognesi, en que campeaba el veterano Guardias de Arequipa, que había estado en la reserva, en Dolores, coronó los cerros que dominan por el oriente a Tarapacá; en el Cerro Redondo i a retaguardia de ella i más al norte, i sobre dichas alturas quedó la 5ª División del bravo coronel don Miguel Ríos, compuesta de las columnas Navales i Tarapacá; del Batallón Iquique, de los Jendarmes de la misma ciudad i de la Columna Boliviana Loa, única tropa que de Bolivia pelease en Tarapacá.

La artillería, que había perdido todos sus cañones, armada de carabinas, recibió orden de agregarse a la División Cáceres, al mando de su coronel don Emilio Castañón.

El coronel don Belisario Suárez, en persona, seguido de sus ayudantes, daba colocación a sus tropas; i poco ántes de las 8 A. M., el Ejército Peruano, había terminado aquella faena i ocupaba la posición que a cada cual se le había designado.

I en previsión de lo que pudiera ocurrir, el jeneral Buendía comisionaba a su ayudante, sarjento mayor don Emilio Coronado, para que a mata caballos se trasladase a Pachica, distante tres leguas de su campo, i condujese a Tarapacá a las Divisiones Primera i Vanguardia, que habían pernoctado en aquel villorrio. Comisión que cumplida admirablemente por Coronado, hizo llegar poco ántes de las 4 de la tarde a aquellas fuerzas, para iniciar de nuevo la acción en contra de nuestros cansados i vencedores tercios, que desparramados, se encontraban en el fondo de la quebrada.

*Se inicia la batalla*

Santa Cruz, intertanto, ya lo hemos dicho, se encontraba frente a Tarapacá, sin caballería, porque Villagrán, había seguido su marcha en demanda de Quillahuasa i de las aguadas de aquella aldea, que ocupaba casi sin resistencia; i su pequeña división, que apenas sumaba 402 hombres, guarismo que quedaba reducido a 342 soldados, porque en aquellos momentos tenia 60 rezagados, iba a batirse con todo el ejército peruano fuerte de más de 3,000 veteranos.

En realidad de verdad, Santa Cruz, en aquellos momentos, 8 de la mañana, no sospechaba en absoluto, la celada que le tendía el enemigo, i tanto así fué, que a la hora apuntada, hizo alto i dió a su tropa descanso; el último que tuvieron aquel día aquellos bravos soldados, que pelearon nueve horas sin esperanzas de vencer i solo por salvar la honra inmaculada de su patria i sus banderas.

I cuando nuestros Zapadores i guerrilleros de la 4ª compañía del primer batallón, del capitán don Emilio Larraín del 2º de Línea, principiaban a gozar de aquel descanso i se incorporaba a la pequeña división chilena, la artillería de don Exequiel Fuentes, que el mal estado de sus mulas había obligado a retrasarse, todas las fuerzas peruanas cayeron de improviso sobre nuestras tropas, rompiendo sus fuegos, primero desde el repecho i avanzando en seguida con el propósito ostensible de envolverlas i reducir las.

Santa Cruz, como viejo soldado i buen zapador, en el acto i viendo el peligro en que se encontraba i atacado por su derecha i retaguardia, replegó su vanguardia i la desplegó en guerrilla, colocó apresuradamente sobre su izquierda la artillería del mayor Fuentes i estendió su derecha hacia el camino que había recorrido a fin de, por ese medio, guardar su contacto con los rezagados de su división que pocos minutos después se batían como leones, i sin acordarse para nada ni de su cansancio, ni de las penurias de la marcha.

Su línea de batalla abarcaba más o menos 600 metros, í a pesar de que el enemigo era inmensamente superior, los nuestros no solo mantenían su campo, sino que conseguían rechazarlo i ocupar las posiciones que desalojaban.

Aquel primer ataque peruano fué rabioso; i viendo Cáceres i Bedoya, comandantes de las Divisiones Exploradora i 2ª que los nuestros no cejaban un punto i que, como decíamos, al contrario, avanzaban sobre sus líneas, i apoyados ahora por batallones de la división Iquique, cargaron con ímpetu sobre la izquierda de nuestra división i llegando hasta nuestra artillería la tomaron, después de ruda i porfiada lucha.

### *Continúa la batalla sostenida únicamente por la División Santa Cruz*

Ambos ejércitos se batían con furia; i si los peruanos hasta ese momento habían conseguido grandes ventajas, ellas eran pagadas a costa de cruentos sacrificios; porque el Zepita había perdido ya a su segundo jefe don Juan B. Zubiaga caído al frente de su cuerpo i numerosos zepitas cubrían el campo; las filas del Dos de Mayo se raleaban así mismo; i el Provisional de Lima i Ayacucho, dejaban en aquellas ardientes arenas, lo mejor de su efectivo.

I esto no debe sorprender a nadie, porque Zapadores era un cuerpo escogido. que tenía a su frente un buen efectivo í porque sus capitanes se llamaban José Umitel Urrutia, Alejandro Baquedano i Belisario Zañartu; soldados de raza, disciplinados i valientes, que habían hecho las rudas campañas de la Araucanía i que tenían a sus órdenes a jóvenes

oficiales como el teniente don José Fidel Bahamondes i los subtenientes don Fenelón González, Amadeo Mendoza, Francisco Álvarez, Ricardo 2º Canales, Froilan Guerrero, Ricardo Jordan, Francisco Silva Basterrica i Federico Maruri; que dirijían a sus soldados con calma imperturbable, tratando de no perder un solo tiro, porque comprendieron desde que se inició la acción, que las fuerzas enemigas eran inmensamente superiores i que solo el coraje i la constancia podrían dominar a tan porfiado enemigo.

Esto por lo que respecta a Zapadores, que lo mismo podemos decir de la Compañía del capitán don Emilio Larraín de la 4ª del 1º del 2º de Línea, que tantas heróicas pruebas dio ese día de disciplina, subordinación i valor incomparables.

Pero, así como el enemigo había sufrido en este primer ataque grandes pérdidas, las bajas de nuestra vanguardia habían llegado a más de ciento, contándose entre ellos el capitán don Emilio Larraín gravemente herido en un pie i ocho oficiales más.

El combate duraba ya más de una hora, las fuerzas peruanas inmensamente superiores en número, frescas i bien amunicionadas i cada vez más reforzadas, doblaban sus asaltos; i los nuestros, envueltos por su frente i flancos, habrían aun resistido si no se hubiesen, por desgracia, concluido sus municiones; i entonces, solo obligados por aquella casual fatalidad, hubieron de emprender la primera retirada, dejando en el campo casi todo su efectivo.

La artillería había perdido sus piezas i de sus sirvientes solo escaparon cuatro hombres, un alférez que se fué, dicen a Dibujo, a dar aviso del desastre, su jefe don Exequiel Fuentes, a quien, su buena estrella, hizo que lo respetara la muerte i los oficiales don Julio Puelma i Sanhuesa.

La 4ª compañía del 2º de Línea había quedado en esqueleto i Zapadores no conservaba en pié sino 24 hombres de los 280 con que entrara al fuego.

El subteniente Guerrero había caído muerto en medio de la pelea, atravesado su gran corazón de un balazo. Ricardo Jordan, a quien sus camaradas apodaban “El Traro” por lo ronco de su voz, moría a sable, dejando un círculo de cadáveres a su alrededor; Álvarez, antiguo veterano del 7º de línea, fundador de Zapadores, conocido con el cariñoso sobrenombre de “El Ñato” moría también alentando a los suyos en medio de aquel infierno de balas.

Amadeo Mendoza pagaba asimismo su tributo a la patria i junto con todos esos bravos mozos, caían, para no levantarse más, cien individuos de tropa, quedando heridos en aquel campo de desolación i de muerte ciento sesenta hombres.

I a propósito de Mendoza cabe recordar aquí que el joven subteniente de Zapadores muerto en Tarapacá, era todo un bravo soldado que ya había llamado sobre sí la atención del ejército, por su heroica conducta en el Asalto i toma de Pisagua el 2 de Noviembre del año que historiamos.

Amadeo Mendoza, sirvió primeramente en la Artillería i de ahí pasó a Zapadores, cuerpo que ilustró con su valor i con su muerte.

Había nacido Mendoza en Tomé, donde su padre poseía injentes bienes; de alta estatura i de figura atrayente aquel mozo que era casi un niño, por su musculatura de fierro parecía estar destinado a larga vida, más no fué así porque la voráGINE de Tarapacá lo cegó cual rica mies.

Que siempre a los más corpulentos busca el rayo con preferencia.

*Lo que narra un testigo ocular, el Mayor retirado de Zapadores, don Fenelón González*

Tenemos a la vista los partes pasados a la Superioridad Militar por todos los jefes chilenos i también poseemos casi todos los del Comando enemigo; i estudiando esos documentos i otras relaciones escritas durante i después de la campaña, hemos escrito esta batalla.

Para completar nuestra información, hemos conversado con varios sobrevivientes; por desgracia de ellos no quedan sino uno que otro.

De los heroicos Zapadores viven únicamente, hablamos de los oficiales, solo los señores don Alejandro Baquedano, don Ricardo 2º Canales, Francisco Silva Basterrica, José Fidel Bahamóndez, el cirujano don Manuel Antonio Vivanco i don Fenelón González, subteniente de la 2ª compañía de la 3ª Brigada del cuerpo nombrado, que es quien no da estos datos.

“Dice, el amigo Fenelón, que ántes de la 7 de la mañana, ya en la División Santa Cruz, se tenía la certidumbre que el enemigo había descubierto a la 3ª División chilena.

I agrega González, que el Mayor don Exequiel Fuentes, que marchaba a la vanguardia de nuestras tropas, hizo presente al comandante de Zapadores, la necesidad absoluta de romper los fuegos de artillería sobre las columnas enemigas que tomaban posiciones de combate a eso de las 7 i media.

Mi Comandante, Santa Cruz, dice González, que era todo un soldado, que tenía instrucciones precisas, severas, que cumplir; que debía llegar a Quillahuasa i dar tiempo a las otras dos secciones de nuestras fuerzas para que cumpliesen su obligación i creyendo poder alcanzarlo, se negó redondamente a dar orden de fuego a la artillería de Fuentes i continuó su marcha.

Como nuestra columna viniese mui disgregada, mi Comandante, mandó hacer alto, a fin de que nuestros rezagados, que serían unos 60 hombres que caminaban bajo la custodia del subteniente don Froilan Guerrero, a quien por cariño apodábamos El Recluta Macheteado, por llevar en su rostro las huellas de profunda cicatriz, se uniesen a nosotros, es decir al grueso de la división...

A vanguardia, he dicho que marchaba la artillería de Fuentes, que se componía de 4 cañones Krupp de montaña; como ayudante del jefe nombrado recuerdo haber visto al alferez don Virjino 2º Sanhueza; i a cargo de las dos secciones de su arma a los alferez señores don José Manuel Ortúzar i don Julio Puelma.

Inmediatamente a retaguardia de la artillería, marchando por el flanco, venia la 2ª compañía de la 3ª Brigada, que era la única sección de Zapadores que en esos días estuviera en campaña, porque el resto del regimiento permanecía en Chile.

A la 2ª la mandaba el capitán don Alejandro Baquedano, como a la primera la dirijía don Belisario Zañartu Arrau, que tras la 2ª seguía su pesada i lenta caminata.

El capitán don Emilio Larraín, capitán de la 4ª del 1º del 2º de Línea, cerraba la marcha: pero en realidad de verdad quienes formaban nuestra retaguardia, eran los 60 rezagados de la columna, que he dicho, mandaba el sub-teniente don Froilan Guerrero.

Mi Comandante Santa Cruz, montaba esa mañana un caballo bayo; de ayudantes le servían don José Umitel Urrutia i yo.

Al lado del capitán Baquedano iban como sub-tenientes Amadeo Mendoza, Froilan Guerrero, Federico Maruri i Francisco Silva Basterrica.

Enrique del Canto, que era el teniente de esa compañía había recibido gloriosa herida en la toma de Pisagua.

Con el capitán, don Belisario Zañartu, se batieron ese día su teniente don José Fidel Bahamondes i los sub-tenientes don Francisco Álvarez, don Ricardo 2º Canales i don Ricardo Jordan, que servían de agregados.

En la 4ª del 2º de Línea, cargaba las presillas de teniente Francisco Olivos Bustamante, a quien cariñosamente llamábamos El Tuerto, oficial valeroso, que rindió lo mismo que mi Comandante Santa Cruz su vida en Tacna, como capitán del 2º de Línea.

Manuel Luis Olmedo, el Chico Parraga i Francisco Lagos Z. eran los sub-tenientes del capitán Larraín.

Me olvidaba decir, que el capitán don Rodolfo Villagrán, estaba al frente de los Granaderos; i que estos de orden de mi Comandante, ántes de las 7 de la mañana, tomaron la vanguardia para apoderarse de Quillahuasa, sus aguadas i pastales i cortar la retirada al enemigo empujándolo sobre la villa de Tarapacá”

Después que el Mayor Fuentes pidió la orden de emplazar sus piezas, he dicho que mi Comandante Santa Cruz, dió la orden de alto.

Pues bien, esto ocurría pocos momentos ántes de las 8 de la mañana; el sol quemaba en esos momentos aquellas quebradas sierras; nuestra columna principiaba a reunirse i cuando aun no se juntaba la compañía del capitán Zañartu a la de Baquedano que con la artillería marchaban a vanguardia, el enemigo rompió nutrido fuego de rifle sobre los rezagados del sub-teniente Guerrero, que fué el primero en rendir la vida por su patria.

Guerrero, apenas alcanzó a contestar el fuego cuando fué muerto i con él desaparecieron todos los hombres que con el venían.

Mi Comandante Santa Cruz, tan pronto sintió los disparos enemigos a su retaguardia, formó su línea de combate dando frente al sur i trató desde los primeros momentos de salvar la artillería de Fuentes, pero todo fué inútil.

El enemigo inmediatamente que hubo despejado la zona de los rezagados, volvió sus fuegos contra nosotros; puedo asegurar que a nuestro frente jamás durante la hora i media a dos horas que duró la acción tuvimos ménos de 1,000 a 1,300 hombres a nuestro frente, mandados por jefes que demostraron valor e inteligencia para dirigir a sus tropas.

Mi Mayor Fuentes, en los primeros instantes pudo hacer fuego con sus piezas, pero luego tuvo que abandonarlas, por haber perdido el campo de tiro de sus cañones, batiéndose sus sirvientes como infantes.

Intertanto nuestra infantería, es decir las dos compañías de Zapadores i la 4ª del 1º del 2º de Línea, sostenían desesperadamente el fuego i conseguían detener el avance del enemigo; más aquel esfuerzo hubo que tener su termino, porque uno a uno fueron cayendo casi todos sus oficiales.

A las 8 de la mañana en punto, según mi reloj, la batalla principió; a las 11 estábamos completamente deshechos; i de los veintiuno a veintidós oficiales que mandaban la 3ª división, sólo quedaban en pié ilesos: Santa Cruz, José Umite Urrutia, Fuentes, Sanhueza, Ortúzar, Julio Puelma, Ricardo Canales, Francisco Olivos, Manuel Luis Olmedo, José Fidel Bahamondes i yo trece en todos.

Todos los demás, es decir casi la mitad, habían muerto o soportaban crueles heridas.

I si esto acontecía entre los oficiales, las bajas de la tropa eran tremendas; Zapadores era mucho ménos que un esqueleto; la 4ª del 2º de Línea del capitán Larraín tenía a su capitán gravemente herido i sus heridos sumaban mas de la mitad de su efectivo.

Lo que nos salvó fué la presencia, primero de los granaderos del capitán Villagrán, i en seguida la entrada al fuego, como a las diez i media de la mañana de la Artillería de Marina i el Chacabuco i el valor imponderable de nuestros jefes i oficiales que no cesaron jamás en su empeño de salvar la honra inmaculada de su bandera i de su Patria.

### *El Cirujano don Manuel Antonio Vivanco*

En medio de aquella tempestad de desolación i de muerte, i sin tener una gota de agua con qué apagar la sed de los combatientes ni mucho ménos de los moribundos i heridos, se pudo ver al simpático i bravo cirujano de Zapadores, don Manuel Antonio Vivanco, prestar la ayuda de la ciencia a aquellos valientes soldados de Chile, que jamás pensaron en rendirse.

I si no fueron esterminados absolutamente todos aquellos ínclitos guerreros i repasado nuestros heridos, fué sencillamente por el respeto que les infundió nuestra caballería, que habiendo llegado oportunamente de Quillahuasa, amagaba constantemente a las fuerzas enemigas, que se retiraron sobre sus posiciones tan pronto como apareció en el campo de batalla Villagrán con sus denodados Granaderos.

### *El Chacabuco i la Artillería de Marina entran al fuego*

Hemos dicho que las divisiones de Ramírez i de Arteaga, tan pronto sintieron los primeros estampidos del cañón, a pesar de su postración i cansancio, se lanzaron de trote en demanda del campo en que se debatía ya la suerte de Santa Cruz i de los suyos; más, era tal la fatiga de aquellos soldados i tan ardiente i quemante el sol de aquella mañana, que sólo después de sesenta minutos de forzada i rápida marcha, pudieron la brigada de Marina, el Chacabuco i el 2º de Línea llegar a la zona del fuego, para salvar los restos de nuestra vanguardia.

Eran más o ménos las nueve i media A. M. cuando el comandante de la Artillería de Marina, don José Ramón Vidaurre, disciplinario i valiente oficial ordenaba al capitán Silva Renard desplegase en guerrilla su compañía, con el fin de despejar en cuanto fuese posible el campo i poder emplazar las dos piezas Krupp del teniente Besoain i las de bronce, sistema francés, del capitán don José Gregorio Díaz.

I tan pronto como se efectuó el despliegue del capitán Silva Renard, rompió sus fuegos este cuerpo, teniendo a su frente a su segundo, don Maximiano Benavides i a toda su brillante oficialidad, entre los cuales se hicieron notar por su valor i pericia el sarjento mayor don Guillermo Zilleruelo, los capitanes don Gabriel Álamos, don Félix Urcullú i don J. M. Moscoso; el teniente don Elías Yáñez i el sub-teniente don Manuel Blanco, que haciendo lujo de valor í desprecio por la vida, levantaron bien en alto los fueros de su rejimiento junto con la bandera inmaculada de la Patria.

La Artillería de Marina, no hai para qué decirlo, era un cuerpo veterano, i sus jefes, los señores José Ramón Vidaurre i don Maximiano Benavides, eran viejos soldados que venían sirviendo desde antaño i que tenían anotadas en su hoja de servicios más de una acción de guerra.

Su oficialidad era escojida; i en este duro trance dió pruebas evidentes de su amor a la Patria i a su bandera.

Lo repetimos, Vidaurre lanzó a su frente al capitán Silva Renard que entró al fuego desplegándose en guerrilla, pero con tan mala fortuna que casi instantáneamente fué gravemente herido.

Tras Silva Renard se desplegaron en batalla las demás compañías de la Artillería de Marina, más, no completas, porque los rezagados de este cuerpo, como en todos los de la División, eran numerosos.

La línea de ataque se formaba bajo un fuego mortífero; i sólo hombres de hierro como el comandante Benavides i su ayudante don Miguel Moscoso, corriendo de aquí para allá, alentando gritos i vivas a Chile, a sus soldados los capitanes don Gabriel Álamos i don Félix Urcullú i demás oficiales podían soportar tan espantosa faena.

El fuego era abrumador; el enemigo estaba ensoberbecido; era inmensamente superior en número i bien amunicionado e inteligentemente dirigido, no trataba ya de mantener sus posiciones sino que, al contrario, preparaba ahora un movimiento envolvente, de flanqueo, por la derecha de la Artillería de Marina, cuando apareció el Chacabuco con el comandante don Domingo de Toro Herrera a su cabeza, a reforzar i formar línea de combate.

El Batallón Chacabuco, imitando a la Artillería de Marina i teniendo presente lo apremiante de la situación, no esperó juntar toda su jente; i su comandante, don Domingo de Toro Herrera, se lanzó a la pelea con los primeros doscientos cincuenta hombres que pudo juntar.

Avanzó “sin esperar a los rezagados” porque se trataba de salvar a los Zapadores, rejimiento con el cual los chacabucos eran como hermanos; i eso, i el deseo de entrar pronto al fuego, hizo que el denodado comandante Toro Herrera lanzara sobre el enemigo a su cuarta compañía con el capitán don Carlos Campo, a su cabeza, i él, en seguida, se precipitó como una tromba sobre el enemigo, con el resto de su batallón.

I el capitán, don Carlos Campo, al oír la voz de su jefe desplegó su compañía en guerrilla i ayudado por sus oficiales, tenientes señores Francisco Javier Lira i Enrique Lorca i subtenientes José Francisco Concha i Valeriano Donoso, rompió el fuego situándose a la derecha de la Artillería de Marina, pero, un poco más avanguardia.

De capitán a corneta pasaban lista de revista en la 4ª de Campo, 103 hombres, pero, en ese momento, esa compañía no presentaba al fuego sino unos 70 a 75 soldados; los demás hasta llegar al número anotado fueron poco a poco incorporándose a la línea de fuego, de muerte í de gloria.

Por espacio casi de un cuarto de hora la 4ª sostuvo i contuvo el empuje del ala izquierda peruana, es decir, impidió el avance del Zepita que en persona acaudillaba el mismo don Andrés A. Cáceres, dando así tiempo para que el Comandante Toro Herrera i el Mayor don Polidoro Valdivieso, lanzasen a la línea de combate a los capitanes don Roberto Ovalle Valdes i don Manuel Jerman Echeverría, que mandaba respectivamente la 1ª, 2ª i 3ª compañía.



La línea de batalla del Chacabuco quedó al fin formada, pero, no con los 455 hombres de su dotación o más bien dicho, de los chacabucos presentes en Tarapacá, sino por unos 250 a 280 hombres; que los demás tomados por la inmensa fatiga de dos días de marcha, sin agua, fueron poco a poco entrando en pelea más tarde.

Más, los peruanos que estaban ocultos, rompieron, de repente sus fuegos sobre el Chacabuco, a poco más de cien metros de distancia, i atacando con bríos al batallón chileno, trataron de envolverlo, llevando sobre él un ataque de frente i por su flanco derecho. Pero todo fué en vano, porque el Chacabuco hizo alto, i bajo el horrible i sostenido fuego que se le hacía por fuerzas dobles, consiguió al fin, formar su línea de batalla i avanzó resuelto sobre las posiciones peruanas.

El Comandante de Toro Herrera que por primera vez se batía, cosa que acontecía también a su batallón, tenía de Ayudante a un viejo soldado, a don Félix Briones, oficial de alientos, de carácter alegre i festivo i mui entendido en tramitaciones militares, i al subteniente don Luis Sarratea, i ayudado por ellos i llevado de su entusiasmo i de su santo amor a la patria, pudo organizar la línea, socorrer a sus primos, los Zapadores i sostener con bríos imponderables el avance de las veteranas i numerosas tropas enemigas.

El movilizad Chacabuco, primer cuerpo cívico que se formó en 1879, recibía su bautismo de fuego en una pila bautismal en que, si no había agua, ni santos óleos con que perdonar el pecado orijinal de aquellos bravos, había en cambio, pólvora, sed e innumerables enemigos a quienes combatir i vencer.

I nuestro Chacabuco, sin padrinos, i solo con la Artillería de Marina, sostuvo sus posiciones, i al fin de cuentas, salvó su nombre, su honor i sus banderas, en aquella hecatombe famosa que se denomina Tarapacá i en que se peleó únicamente por salvar la honra i gloria de Chile i para recibir su bautismo de fuego.

### *Arturo Salcedo, el mayor Valdivieso - El Cirujano don Clodomiro Pérez Canto*

Cuenta un testigo ocular, el entonces subteniente de la 3ª compañía don Arturo Salcedo, que cuando se formaba la línea de batalla i marchando aún por el flanco, sobre la derecha, al trote, caminaba el Mayor don Polidoro Valdivieso, animando, a la tropa; i cuando aún no llegaba a la línea de batalla, traidora bala trajo al suelo al denodado Mayor.

I agrega Salcedo, “en el acto me acerqué a mi Mayor Valdivieso, con el fin de socorrerlo, i este con voz de trueno me replicó: A las filas subteniente Salcedo, atiende su tropa, no desampare su puesto”.

Que esa era, la disciplina de hierro, en que se educaron esos viejos soldados, que enseñaron con su ejemplo i con su sangre en los campos de instrucción i en las grandes acciones de guerra de la Campaña.

Más tarde, cuando vino la derrota, el mayor Valdivieso, cuyas venas corría la sangre del Jeneral Miranda, no pudiendo retirarse empuñó un rifle, se defendió hasta morir i en su cuerpo los oficiales de su batallón pudieron contar veintiún bayonetazos!

Que así, con saña semejante, el enemigo, mataba a nuestros heridos en lugar de curarlos i recojerlos.

I tras el Mayor Valdivieso cayó herido en un tobillo, su ayudante, don Martín Frías, en los momentos en que animaba a su tropa lleno de ardoroso entusiasmo.

Numerosos muertos i heridos cubrían ya aquellas ásperas i desoladas breñas i en medio de aquel turbión de esterminio resaltaba, dice el Comandante de Toro Herrera, la figura del Cirujano del Chacabuco don Clodomiro Pérez Canto, que no abandonó un momento las filas cumpliendo su humanitaria misión”.

El doctor Pérez Canto, en el Chacabuco, como Manuel Antonio Vivanco, en Zapadores, sin temor a nada, ni a nadie, levantó también en el alto el nombre de Chile, de su Escuela Médica i de la Cruz Roja, bajo cuya sombra sagrada quedaron muchos de nuestros heridos a quienes el peruano quemó i asesinó inhumanamente.

El enemigo, o más bien dicho, el aguerrido i veterano Zepita que libre ahora de Zapadores había cambiado de posición, se batía en guerrilla i cubriéndose con las sinuosidades del terreno, hacía junto con el Dos de Mayo, el 1° de Ayacucho i con el Provisional de Lima, un fuego admirable por lo certero i sostenido sobre la Artillería de Marina, el Chacabuco i restos de la División Santa Cruz, i sus jefes i oficiales alentando a sus soldados hacían poderíos por desalojar de sus posiciones a los nuestros; que sino avanzaban, tampoco retrocedían.

### *El comandante don Eleuterio Ramírez*

Hai hombres que nacen predestinados para lo grande i, aunque quieran, como vulgarmente se dice, sacarle el cuerpo al destino, él se cumple tal cual en los oscuros arcanos del tiempo estaba escrito.

Así aconteció con don Eleuterio Ramírez, que después de haber hecho la jornada de la vida, cumpliendo siempre i en todo sentido estrictamente con su deber, por deber, por satisfacer su conciencia i hombría de bien, pero sin tener grandes salientes en su carrera, porque la suerte así lo quería i no le daba ocasión para más, vino a encontrar al fin, en Tarapacá, la gloriosa pira en que dió la vida, asombrando a Chile i al mundo, con su cruento i glorioso martirio.

Ramírez tenía en su venas sangre de soldados; por ellas corría las de los Molina i Bermudo del Sur, pues era sobrino de don Lucas Molina i Agüero, el pundonoroso Comandante realista del Valdivia que cayó como bueno al frente de su cuerpo en el sitio de Chillan en 1813.

Su madre fué, pues, una Molina; i su projenitor, don José Ramírez, servidor de la independencia i tan soldado i batallador como sus hijos don Eleuterio i don Nemoroso.

El padre del héroe de Tarapacá, del invicto Comandante del 2° de Línea, de don Eleuterio Ramírez, que prefirió morir ántes que rendirse, que jamás imaginó tal cosa, inició su carrera como soldado distinguido en 1821 en la Compañía de Plaza de Santiago; i en Octubre de ese mismo año pasó a cadete de La Guardia de Honor.

Sirvió en Guardia de Honor o Guardia Republicana hasta 1824; en el año indicado fué enviado a Valdivia en el 6° de Línea cuerpo que se formó con la base de uno de los batallones del Rejimiento de la Guardia.

Hizo las campañas de Chiloé en ese mismo cuerpo con Freire; i cuando capitán se retiró del servicio después de haber ayudado a fundar la Independencia de la República.

Más tarde, unido en matrimonio a la que fué la compañera de su vida, se avecindó en Osorno, donde nació su hijo don Eleuterio, el héroe mártir de Tarapacá.

El futuro Comandante del 2° de Línea nació, pues, en Osorno por los años de 1837 a 1838, porque sabido es que el día de su gloriosa muerte aun no cumplía los 43 años de edad.

I cuando bordeaba los 19 años, don Eleuterio, iniciaba la larga i fructífera era de sus servicios militares, siendo nombrado el 2 de Abril de 1855 subteniente del Cuerpo de Jendarmes de Santiago.

En ese batallón, que era en aquellos días el cuerpo de respeto que tenía la administración Montt en la capital, ganó sus galones Ramírez, durante cuatro años, i en él principió a labrarse el nombre de oficial distinguido.

La seriedad de su carácter, su cultura, distinguido porte i la extrictez que gastaba en todos los actos de su vida, hicieron que en el espacio de tres años, Ramírez, alcanzase al empleo de Ayudante Mayor de Jendarmes, despachos que recibió en 29 de Julio de 1858.

Al año siguiente, el 27 de Enero de 1859, en circunstancia que la revolución había estallado en el norte i sur del país, el Ayudante Mayor don Eleuterio Ramírez salía de Santiago; se batía primero en el sitio de Talca, al lado del Ministro de la Guerra General Manuel García, i luego en la Batalla de Cerro Grande como Ayudante Mayor del Batallón 5° de línea, a las órdenes del señor Jeneral don Juan Vidaurre Leal.

Su conducta, en esa acción, fué tan notable que mereció por ella particular recomendación.

Pacificada la República después de Cerro Grande, e incorporado ya definitivamente al Ejército de línea, Ramírez, marchó al Sur en el 5° de infantería; í el 19 de Noviembre del mismo año de 59, tomó parte en el combate de Los Maquis, acción que mandó el Comandante don Juan Contreras, derrotando completamente a las numerosas huestes araucanas que sitiaban a la ciudad de Arauco.

El 24 de Marzo de 1860 don Eleuterio Ramírez cargó las presillas de Capitán de la 1ª Compañía del 5° de línea en premio de sus servicios, por su campaña de Talca, de Cerro Grande i de la Araucanía i por dos expediciones más que a la inmediata dirección del distinguido Coronel graduado don Mauricio Barbosa, había hecho a la tierra araucana para batir a los indios de Tirúa i proteger a las indiadas de Mariñan en Tucapel.

Disuelto en 1861 el 5° de infantería, Ramírez, fué destinado el 11 de Mayo de ese año al Estado Mayor de Plaza; pocos días después, el 23 del mismo mes, se le mandaba a la Asamblea de Valparaíso, para de ahí pasarlo, el 3 de Junio del mismo año citado, a la 1ª Brigada de Infantería de Marina.

I esa peregrinación de cuerpos i de empleos terminó al fin para el jóven i distinguido Capitán, el 27 de Agosto de 1861, día en que ingresó al inmortal 2° de Línea como Capitán de la 4ª Compañía.

I al frente de esa unidad, i en el cuerpo en que se habría de labrar el pedestal de la estatua, que por desgracia, aun le debe Chile, hizo la Campaña de la guerra, por los años de 1865 a 1866.

Al lado del entonces Coronel i Comandante del 2° de Línea, don José Antonio Villagrán, se batió en Calderilla, el 27 de Diciembre de 1865, con las marinerías españolas que intentaron desembarcar en ese punto i a quien se rechazó después de un corto pero reñido combate.

Terminada la guerra con la madre patria, i ascendido a Sarjento Mayor Graduado de Ejército, el Capitán Ramírez, en Mayo de 1867, se le confió al año siguiente el comando de la Compañía de Cazadores del mismo 2º de Línea.

I poco después, en 31 de Agosto del mismo 68, elevado a Sarjento Mayor, segundo Comandante de ese batallón, mandaba en jefe el famoso combate de Chihuahue, en que con solo 150 hombres, destruyó i puso en fuga a más de dos mil indios, que habían puesto sitio a los fuertes de Curaco, Collipulli i Perasce por Noviembre del año citado.

El Coronel don José Timoteo González i el teniente-Coronel de Guardias Nacionales don Manuel Búlnes Pinto, que mandaron las expediciones de Malleco i de Cautín a fines de 1868 i en Enero i Febrero de 1869, tuvieron a sus órdenes también al Mayor Ramírez, que se internó hasta las cordilleras de Lonquimay persiguiendo al enemigo.

En premio de tan buenos servicios i de las fatigas de aquellas rudas campañas, en que a diario había que batirse con un enemigo bravo i altivo, el Gobierno concedió, a don Eleuterio Ramírez, el grado de Teniente Coronel el 13 de Enero de 1872, su pase a la Inspección Jeneral del Ejército, como primer Ayudante.

Dos años después, el 5 de Mayo de 1874, Ramírez, era ascendido a Teniente Coronel efectivo i comandante del 2º de Línea, batallón que habría de mandar hasta el día de su muerte i de su martirio, el 27 de Noviembre de 1879.

I Ramírez, que era un jefe ilustrado i amante como el que más del libro i de la instrucción, robando a los campamentos i a las vijilias de la guerra de Arauco el tiempo que necesitaba para reposar de las duras tareas del servicio, ocupaba sus ocios iniciando la publicación de una revista, a quien dió el nombre de “El Faro Militar”, en el que condensaba sus ideas respecto al adelantamiento i prestigio que debiera darse i tener nuestro Ejército.

En el 2ª de línea Ramírez, puso en práctica el dicho latino: *Suaviter in modus fortiter in re*; que en libre romance puede traducirse: “la suavidad no está reñida con la Ordenanza”, cuanto a materias militares.

I tanto i tan bien practicó, Ramírez, en su comando este aforismo, que en verdad en el 2º de línea primaba todo, ménos el palo i el rigor.

Durante la jefatura de Ramírez en el 2º de Línea, todos los oficiales eran amigos; se vivía en familia i el respeto i cariño de aquellos viejos soldados por su jefe, borraba las asperezas de la ordenanza pero sin que sufriesen desmedro la disciplina i la subordinación, que en ese cuerpo era lejendaria.

La verdad del caso es que, Ramírez, tenía dotes especiales para el mando; i que la amabilidad de su trato, su seriedad i modo de ser especial, le hacían distinguirse entre los jefes de cuerpo de su tiempo.

Don Eleuterio, por su aspecto era todo un buen mozo; no hai más que mirar su retrato para comprender que nuestro acierto es verdadero.

Blanco, pero tostado su rostro por la edad i por el tiempo, su tez era un tanto morena; de apostura militar irreprochable, su cabeza se mantenía siempre erguida i a su fisonomía daban particular animación sus ojos azules, de mirar profundo, que a todo el mundo llamaban la atención por la intensidad de su mirada límpida i pura.

De talla más que mediana tenía un cuerpo casi escultural, que moldeaba perfectamente su casaca militar.

Como hombre de hogar hasta el presente sus hijos guardan su nombre i su memoria con santo i religioso respeto.

Cuando se leen sus cartas íntimas, uno no puede ménos que recordar su fin prematuro e inmenso sacrificio i admirar al mismo tiempo la infinita ternura con que ellas están escritas.

Aquí sobre nuestro escritorio tenemos varias i al acaso, copiamos una que traduce fielmente nuestro acerto.

Es la que dírije a su hijo, Ricardo, desde Calama; que tiene fecha 3 de Abril de 1879 i en que lo felicita porque es el día de su natalicio:

“Mi querido hijo:

La fecha que lleva esta carta, te hará saber que al estamparla en el papel, me ha traído a la memoria el nombre de mi querido hijo, que no he podido abrazar en el día de su cumpleaños!

Más de una lágrima corrió por mis mejillas al saludar el día de hoi, i con mi alma te he acariciado desde este apartado rincón donde la Patria reclama mis servicios.

Deseo que hayas sido mui feliz en este día, i que ni un dolor más que el verte privado de las caricias de tu padre hayan empañado el justo regocijo de tus veinte años”.

¿Puede darse algo más tierno, más espresivo i cariñoso que eso?

El 26 de Noviembre de 1879, don Eleuterio, estaba acampado en Santa Catalina, i cuando ya tenía orden de marchar a Tarapacá escribió su última carta a su esposa doña Gabriela Medina, que hoi ve por primera vez la luz pública, mediante a la galante atención de su hijo don Ricardo, nuestro viejo amigo de más de 30 años, que es quien nos la ha proporcionado.

He aquí ese curioso documento del héroe de Tarapacá, el representante más lejítimo i jenuino de las glorias del Ejército de Chile, que quiso compartir con Arturo Prat, la palma del martirio, levantando tan alto como el héroe de Iquique, los blasones del limpio escudo de las glorias de Chile, muriendo envuelto en la vorájine del incendio i del combate i sublimando con el fuego el sacrificio de su vida!

“Santa Catalina, Noviembre 25 de 1879.

Querida Gabriela:

Mi salud sigue siendo buena, i nada me ha hecho sufrir los rigores de este clima de fuego, i en lugares donde la tierra se parte como el cristal, por ser toda de salitre.

El día 19 se dió la batalla entre este lugar i las oficinas salitreras de Dolores, en los cerros de la Encañada.

A mi rejimiento no le tocó hallarse en la batalla porque formaba en la División de la Reserva con Zapadores, Artillería de Marina, Chacabuco i una batería de Artillería de línea; pero en cambio nos vimos precisados a emprender la marcha a las 4 de la mañana para venir en auxilio del Ejército que se veía atacado por 11,000 hombres de los Aliados, habiendo hecho una marcha de diez leguas en 16 horas por un gran desierto, sin descansar sin comer i en un día de gran calor.

Llegamos al campo de batalla cuando todavía se disparaban algunos cañonazos.

Nosotros no alcanzamos a disparar un tiro, pero nuestra división llegó a tiempo para que el enemigo la viera venir i ayudase con su presencia a declararlo en completa derrota.

El desastre del Ejército enemigo es de lo más vergonzoso que cabe, pues un gran número de soldados han sido dispersados por la Artillería nuestra, por el batallón cívico Atacama, parte del 4° de línea i otros pocos del Valparaíso i 3°.

El enemigo ha huido vergonzosamente, abandonando toda su artillería, gran número de municiones, con las que, en cajones, ha sembrado los caminos por donde se han ido, i muchas armas de todos sistemas.

Los dispersos del Ejército enemigo siguen presentándose a nosotros día a día; i algunos de esos pobres desgraciados llegan muertos de hambre i de sed, de tal manera estenuados, que algunos no tienen ánimo para tomar un bocado de alimento.

Tenemos muchos prisioneros i heridos, entre los que figura el Jeneral Villegas, que era de lo mejor del Ejército Boliviano, su herida es leve. Hai también entre éstos varios jefes i oficiales.

De los nuestros hai mui pocos, pues sólo el doctor Argomedo ha muerto con tres heridas; i heridos los capitanes Urizar i Carvallo, de Artillería. (Al Ayudante Mayor don Marco A. Argomedo que pertenecía a la batería de Salvo, lo apodaban, el DOCTOR porque estaba al recibirse de médico.)

El cuerpo que más ha sufrido es el Atacama a quien le ha tocado recibir los más recios golpes, en Pisagua í en la Encañada; a la fecha ha perdido, en los dos combates, más de la mitad de su jente.

En el 4° fué herido en la mano el Teniente Coronel Soto Aguilar, su herida es leve.

La División a que yo pertenezco i que está compuesta de los cuerpos, de que ya te he hablado, está ahora de vanguardia en los establecimientos salitreros de Santa Catalina, que están situados en Pampa Negra; tú puedes ver esta situación por los mapas que ha publicado La Sociedad Hidrográfica.

Hasta aquí tenemos ferrocarril en el que se nos transportan los víveres i forraje para los animales í algunas veces agua, pues no siempre haí aquí buena i la suficiente.

En los momentos que te escribo, estamos alistando la tropa, para salir en la noche con dos mil quinientos hombres.

Nos vamos sobre Tarapacá, en donde se nos ha dado aviso que se reúnen los dispersos del ejército enemigo bajo las órdenes del Jeneral Buendía.

Se ha sabido esto por seis prisioneros tomados hoi; i como es necesario no perder tiempo en estas circunstancias, marcharemos pronto sobre el enemigo para desbaratarlo por completo.

*Ruega al Altísimo para que me vuelva sano i bueno al seno de la familia.*

*Sigue así i que el cielo te oiga i premie tus ruegos.*

A mis hijos queridos acarícialos en el nombre de su viejo papá i diles que si vuelvo a verlos les prometo acariciarlos con ternura.

A todos los de la familia muchos recuerdos i tú recibe el corazón de tu esposo.

Eleuterio Ramírez”.

I esta carta, que fué escrita en Santa Catalina, dos días ántes de que ocupara su puesto de mártir i de héroe, este invicto soldado de nuestro Ejército, lo fué en un insignificante papel reduciendo la letra, que es pequeña i mui clara i leible, permitiendo su lectura con toda facilidad.

Como se ve en esa comunicación Ramírez, hace la historia de los últimos acontecimientos, esponiendo en síntesis los sucesos i dá aviso de su partida a Tarapacá i noticias de los cuerpos que existían en Santa Catalina; i termina su carta pidiendo a la compañera de su vida: *Ruegue al Altísimo para que lo vuelva sano í bueno al seno de de la familia!*

Talvez en aquel instante, cuando las líneas que acabamos de copiar, venían a su mente i a los puntos de su pluma, el bravo soldado, tuvo esa visión del más allá, que a los buenos nunca aterra, i pensó en Dios, i rogó o su esposa elevara por él, al Eterno, la súplica; la plegaria trascrita.

I para sus hijos tiene la última frase, a ellos, pedazos de su alma “*les promete, si vuelve, acariciarlos con ternura*”.

Ramírez, como Prat, tenía todas las infinitas ternuras del hogar, amaba a su patria, adoraba a su familia.

Prat no contó a sus enemigos en Iquique; Ramírez en Tarapacá, al ver las triples fuerzas que tenía a su frente no pensó sino en vencer o morir; i sin trepidar lanzó al fuego a su rejimiento; i ántes que rendirse murió envuelto en nubes de fuego, en nimbos de luz i de gloria.

La vida de don Eleuterio Ramírez, es un ejemplo. Como subalterno fué modelo de subordinación i de valor. El sitio de Talca, Cerro Grande i las Selvas de Arauco testigos fueron de su empuje i denuedo.

Chihuahue, Lonquimay i Calama, lo vieron batirse como jefe, sin escatimnar jamás su vida.

Fué buen oficial i excelente Comandante; con su muerte perdió Chile un jefe que tenía grandes aptitudes para el mando, pero ganó la historia presentando a las actuales i futuras jeneraciones un mártir i un héroe, que prefirió morir ántes que rendirse, siguiendo así la estela luminosa de Iquique e imitando a Prat, en todo i por todo.

Si la marina tiene un Prat, el Ejército se enorgullece con su Ramírez!

*El Comandante don Eleuterio Ramírez, con su 3ª División emprende a su vez el ataque por el fondo de la quebrada*

I mientras en las alturas i laderas de la montaña, los tercios chilenos-peruanos, continúan su porfiada lucha, abajo, en la quebrada, se bate el bravo 2º de Línea, que, sin duda alguna, llevó en esta primera etapa, la mejor parte; porque habiendo penetrado la en fértil hondonada, por Huarasina i San Lorenzo, aquellos bravos, pudieron apagar la sed en sus numerosas aguadas.

Don Eleuterio Ramírez, con el sereno valor que le caracterizaba, tan pronto se vió en la quebrada, cuando, dándose cabal cuenta de la situación del enemigo, destacó dos compañías, de su rejimiento la 1ª del 1º i 2ª del 2º batallón, de los capitanes don Pedro Nemoroso Ramírez, hermano de don Eleuterio i don Pantaleón Cruzat, al mando del Sarjento Mayor, don Orondantes Liborio Echanez, con el objeto de despejar de enemigos la cuesta de la Visagra i apoderarse al mismo tiempo de dos casitas que se levantaban a su pié, i desde las cuales se hacia ya sostenido fuego por soldados de la división peruana del Coronel Ríos.

I despachada esta primera tropa, Ramírez con el resto de su regimiento, es decir, con la 2ª i 3ª compañías del primer batallón i con tres compañías del batallón de la izquierda de su bravo 2º de Línea, se lanzó al ataque del pueblo mismo de Tarapacá i de las alturas denominadas Cerro Redondo, que situadas al este de aquella villa, dominaban con sus certeros disparos la quebrada i las casas de Tarapacá.

El ataque que aquellas cinco compañías del 2º emprendieron fué, sin duda alguna, llevada a cabo con una precisión i un tino verdaderamente militar, i era natural que aquella operación fuese bien ejecutada, puesto que era dirigida por el heroico Ramírez, por el denodado Vivar i por capitanes tan esforzados como don José Antonio i don Abel Garretón, don Bernardo Necochea, don José Ignacio Silva i don Anacleto Valenzuela; veteranos que habían crecido a la sombra de la lejendaria bandera del 2º de Línea i que en Arauco habían forjado sus almas cruzando sus aceros con los indómitos descendientes de Caupolicán i de Lautaro.

El capitán ayudante don Miguel Arrate Larraín quedó al lado de su jefe i padre político don Eleuterio Ramírez; de ayudante de Bartolomé Vivar servía ese día inmortal don Diego Garfias Fierro, que en esa acción inscribió su nombre con letras de oro, tanto fué su denuedo para pelear i para morir!

I si aquella capitana lejión no sabía rendirse, los oficiales inferiores, los Arrieta, Barahona, Maluenda, Necochea, Gaete V., Morales, Lira, Errázuriz, Cocktlon, López, Valenzuela S, Moreno, Gajardo, Bascuñan, Silva, Inostroza, Parraga, Pardo, Zelaya, Larraín, Herrera, Dueñas, Cifuentes, Federico Garretón, Silva Basterrica i Tagle Castro, jamás pensaron en ello; porque el ejemplo de sus jefes i viejos capitanes fué sublime i porque en sus pechos no se anidaba otro empeño que dar sus vidas en el ara sacrosanta de la Patria.

Así, el avance del lejendario 2º de Línea, se ejecutó con admirable precisión, i por más que el Arequipa se parapetase en el caserío de Tarapacá i el Iquique N° 1 con la columna de Navales i el Loa, se guarneciesen en las alturas del Cerro Redondo; i los Jendarmes de Iquique se cubriesen entre los maizales i arbolados de la quebrada; i alentasen a sus soldados; jefes tan bravos como González Flor, Aduvire Tirinad Guzmán i Roque Sáenz

Peña, que reemplazó en el comando del Batallón Iquique a su jefe, el denodado coronel Ugarte, caído como bueno en medio de la lucha; i que los coroneles Bolognesi, Suárez i Valverde se multiplicasen en todas partes, haciendo lujo de valor i de pericia, con el fin de contener a aquel torrente de muerte que caía sobre ellos con irresistible empuje i detener el avance de aquellas cinco compañías del 2º de Línea, todo fué inútil i perdido; porque el incomparable 2º Línea, cargaba sobre los veteranos tercios peruanos lo mismo en la cuesta que en llano, en las aspilleradas murallas que en las techumbres de las casas, o tras los repechos de la escarpada montaña.

Nada, ni nadie, pudo contener su empuje.

La verdad es que, Ramírez, cuando llegó a Tarapacá, al descender de la planicie al fondo de aquella umbrosa quebrada, cuya fértil hondonada en toda su extensión está dominada por cerros i cimas empinadas i agrestes, no pudo ménos de exclamar: “Este es un matadero”.

I así lo fué en efecto, porque aquel combate le costó a nuestro ejército pérdidas dolorosas e inmensas.



Pero, volvamos al campo i sigamos el combate, que toma aspectos homéricos, en el pueblo i alrededores de Tarapacá.

Las tropas de Ramírez dirigidas por capitanes inteligentes, i sin miedo, se lanzaron con furia sobre el enemigo, ya lo hemos dicho.

Ramírez en persona, a caballo, junto con el capitán ayudante don Miguel Arrate Larraín, después de un rápido i ligero exámen del terreno, envió sobre su derecha, es decir, sobre el Cerro Gordo, a los capitanes don Anacleto Valenzuela i don José Ignacio Silva, con la 2ª i 3ª compañías del primer batallón de su regimiento, con órden de desalojar al enemigo de los cerros del oriente e impedir que este con sus fuegos barriese la quebrada.

I tan pronto, los dos capitanes nombrados, iniciaron su movimiento, lanzó por su izquierda i sobre las abruptas laderas del poniente, como ya dijimos, al Mayor i tercer Comandante del regimiento, don Orondantes Liborio Echanez con la primera compañía del primer batallón de Nemoroso Ramírez, i al capitán don Pantaleón Cruzat, con la 3ª del 2º; para que, haciendo fuego sobre el flanco oriente, es decir, sobre Cerro Redondo i sobre su frente, la villa de Tarapacá, diesen tiempo a Ramírez i a Vivar, para despejar el valle, barrerlo, ocupar a la capital de aquella repartición i arrojar al enemigo hacia el norte, sobre Quillahuasa.

Las tres compañías que restaban i que tenía a la mano, es decir, la 1ª, 3ª i 4ª del 2º Batallón, con sus capitanes don Bernardo Necochea, José Antonio 2º Abel Garretón, esas, con Ramírez i Vivar, atacarían de frente el pueblo de Tarapacá, marchando por el valle, protejiéndose con sus pircas, cercas i arboladas, al mismo tiempo que debían ocupar unas casitas, cargar i seguir de concierto con las tropas flanqueadoras de la derecha de Valenzuela i Silva i de la izquierda de Echanez.

El plan, del Comandante de la 1ª División, no podía ser más bueno que lo que en realidad fué.

Tenemos la certidumbre que bien ejecutado, él, habría dado espléndidos resultados, más, por desgracia, el Mayor don Orondantes Liborio Echanez, no quiso cumplir con su cometido, dejó a sus compañeros metidos en aquella ratonera, recibiendo los mortíferos fuegos del frente i de las alturas de la izquierda enemiga, que los fusilaba a mansalva.

Más tarde, cuando sonó la hora de la liquidación i de la justicia, después de levantados los sumarios respectivos, el Ministro de la Guerra en campaña, don Rafael Sotomayor, dictó dos decretos: uno, *separando del mando del 2º de Línea al Mayor Echanez* que murió en ese grado treinta años más tarde; i otro *ascendiendo a Teniente Coronel a don Jorje Wood en premio de sus servicio i valor en la jornada de Tarapacá.*

Recibida, por el capitán don Anacleto Valenzuela la órden de despejar de enemigos al Cerro Redondo, este bizarro soldado, se dirigió marchando por el flanco i cubriéndose con las sinuosidades i divisiones del terreno, sobre su objetivo, maniobra en la que lo acompañaba también, la compañía del capitán don José Ignacio Silva.

Estas dos unidades, la 2ª i 3ª del primer Batallón, marcharon primero de frente i luego, oblicuando sobre su derecha, treparon las laderas del oriente i se lanzaron a paso de carga sobre el enemigos, sobre el Cerro Redondo.

Anacleto Valenzuela i José Ignacio Silva, decíamos, marcharon primero por el flanco i luego al toque de centro i dispersión, desplegaron sus masas; i en guerrilla, al frente sus oficiales don José Toribio Morales, don Emilio Herrera Dueñas i don Artemon 2º Cifuentes,

avanzaron a paso de carga, arrastrándose unas veces, saltando pircas en otras i a pecho descubierto casi siempre, sobre los cerros del flanco derecho.

I mientras esa oficialidad despejaba su campo, a retaguardia, apoyando a Valenzuela cargaba la 3ª del 1º con Silva a su frente i con Federico A. Garretón i los bravos subtenientes Arrieta Cañas i Abraham Valenzuela Silva, a quienes se juntó el teniente don Cárlos Gaete Vergara.

Esas dos compañías, cargaron ciegas sobre el enemigo, que bien parapetado en las posiciones de Cerro Redondo, recibió a nuestros lejonarios sin amedrentarse i con un fuego nutrido i terriblemente mortífero.

En pocos minutos los nuestros perdían al capitán don José Ignacio Silva, que herido de muerte por dos o tres tiros de rifle exhalaba el último suspiro, viviendo a Chile i al 2º de Línea!

El subteniente don Emilio Herrera Dueñas caía también herido, i numerosas clases i soldados rendían su tributo a la lejana, patria, en aquellas abruptas i desoladas breñas.

Junto con los nombrados daban también su sangre los sarjentos segundos don José Rosario Barrias i don José Dolores Pérez que eran una esperanza en nuestro 2º de Línea.

Pero así como los nuestros sufrían bajas dolorosísimas, los rejimientos peruanos tenían fuera de combate un número mayor que el nuestro.

En el batallón Iquique, quedaba de baja, herido gravemente, el bizarro coronel don Alfonso Ugarte, que alcanzó *ingloriosa* muerte en el Asalto de Arica, el 7 de Junio de 1880.

I heridos también se retiraban de la acción sus Sarjentos Mayores don Lorenzo P. Infantas i don Rosendo Ballon; el capitán don José S. Olivencia i el subteniente don Mariano L. Arias.

En este primer encuentro moría también el subteniente de Iquique don Alberto Jil.

I si a esto se agrega 39 muertos i 31 heridos entre clases soldados, tendremos que el Iquique perdía en la primera hora de fuego 66 hombres entre muertos i heridos.

La Columna Naval, dejaban muertos en el campo al capital don Sixto Meléndez i a 14 soldados; i el teniente Coronel don José María Meléndez quedaba gravemente herido lo mismo que los tenientes don Pedro Portillo i don Federico Mandrean i 64 soldados que mostraban así mismo cruentas heridas.

Pero los que más sufrieron en esta jornada fueron los tercio bolivianos de La Columna Loa, porque entre muertos i heridos perdieron 81 hombres de capitán a soldado.

En Cerro Redondo i en la quebrada, quedaron muertos el capitán don Aniceto Rivera, los subtenientes don Nicanor Monte, don Rubén Córdova i don Adolfo Vargas i 35 veteranos más.

Los subtenientes don José Cuellar i don Luis Mugentegui i 40 soldados i clases, solo fueron heridos.

El Guardias de Arequipa dejó en el campo 34 muertos i 30 heridos; sin contar al capitán don Clodomiro Chaves que rindió la vida defendiendo los fueros de la patria.

I mientras los capitanes Valenzuela i Silva, despejan nuestra derecha, Echanez toma la izquierda con sus dos compañías i sus diez hombres de caballería.

Se despliega en guerrilla i carga a las fuerzas que defienden esas posiciones, “haciéndoles retroceder por más de doce cuadras”, dice el Mayor Echanez, en su parte fechado en Santa Catalina, el 1º de Diciembre de 1879. Echanez, asimismo deja constancia

que “haciendo fuego en avance i cargándolos a la bayoneta en tres ocasiones distintas, pudo de este modo desalojarlos de tres trincheras i obligando al enemigo a replegarse a la última que disponía en el alto, de donde, a pesar del arrojo i anhelo de nuestro soldados i de haber hecho todos los esfuerzos humanamente posibles, no se les pudo desalojar, por estar nuestros soldados exhaustos de municiones, no tener un solo soldado de reserva para relevar, i por último haber recibido el enemigo de 2 a 3,000 hombres de refuerzo”.

Más adelante, el Mayor Echanez agrega: “En esta desesperada situación, esta pequeña porción de nuestras tropas recibió orden de batirse en retirada i lo hizo en buen orden, etc.”

No comentaremos esta dolorosa situación del combate a que se refiere el parte transcrito del Mayor Echanez, en homenaje a los manes de Ramírez, Vivar, Garretón, Garfias Fierro, Barahona Morales i demás muertos queridos, que cayeron envueltos en los sacros pliegues de su bandera, porque remedio aquello no tiene; i porque la Superioridad Militar de aquel tiempo, i la opinión pública castigaron severamente a Echanez, por no haber cumplido las órdenes de su comandante i haber abandonado sus tropas, dejando morir a sus compañeros en aquella trampa, en que cayeron tantos buenos chilenos.

I cuando Ramírez vió tomar el campo a sus cuatro compañías, por la izquierda i derecha, emprendió a su vez el ataque del fondo o del lecho de la quebrada i de Tarapacá.

Ramírez á caballo, dicen algunos que creen saberlo bien, en un famoso potro que había recojido como botín de guerra en Calama, í que había pertenecido al comandante boliviano Abaroa, rodeado de sus capitanes Ayudantes don Diego Garfias Fierro i don Miguel Arrate Larraín, el bravo comandante del 2º de Línea, dirigía el despliegue de sus tres compañías i el ataque del enemigo con la serena e impasible calma que fué la característica de su vida de soldado.

Una tras otras, la 1ª, 3ª i 4ª compañías del 2º Batallón, se desplegaron en guerrilla.

Tomaron el campo i ocultándose en ocasiones i en otras marchando a pecho descubierto, al trote, haciendo fuego en avance, como una tromba, los ájiles segundinos alentados i dirigidos personalmente por Ramírez i Vivar i por los capitanes don Bernardo Necochea, don José Antonio 2º i don Abel Garretón i por todos sus oficiales, avanzaban en demanda de su objetivo principal, de Tarapacá.

Esa primera carga fué furiosa, soberbia, el enemigo recibió a pié firme esa embestida.

Fué el Coronel don Francisco Bolognesi quien resistió el primer empuje, con los batallones Guardias de Arequipa, fuerte de 500 hombres, i el Segundo de Ayacucho, en que formaban 420 veteranos, es decir, en todo, 920 soldados de línea, fogueados en más de una ocasión; que se batían bien amunicionados, perfectamente comidos i descansados.

El Comandante del 2º cargaba a su vez con escasos 300 segundinos a cerca de 1,000; uno contra 3.

Pero, en Chile, jamás los nuestros han contado al enemigo; se presentó pues, bien: de frente i carguen.

Esa ha sido siempre la voz de nuestros hombres de guerra, de Chile entero!

Ramírez hizo más, distribuyó bien a su jente, cargó i murió!

El Comandante don Máximo Somocurcio i don Aureliano Escobedo, desplegando en batalla al 2º Ayacucho cubrían buena parte del fondo de la quebrada.

I el Guardias de Arequipa, en aquella lejendaria mañana, cerraba el resto i cubría con gruesa reserva parte de los cerros de la derecha enemiga.

El Coronel don Manuel Carrillo i Ariza, se sabe que acaudillaba al Arequipa i como segundo jefe servía don Saturnino Benavides, con don Manuel Pérez i don Belisario Flores de Sarjentes Mayores.

Mantenía la insignia de este cuerpo don Pedro J. Marroquin i Capitán Ayudante eran don Félix Aragón i don José N. Yañez.

Ramírez i Vivar, unas veces a pié otras a caballo, guiaban a sus soldados i, en medio de aquel torbellino de muerte, se les veía mandar a su rejimiento, como en una parada militar i en los puntos de más peligro.

El 2º de Línea triunfaba en la quebrada, pero a costa de inmensos sacrificios i, después de tres horas de rudo i tenaz combate, sus bajas eran enormes; había perdido más de doscientos hombres entre muertos i heridos, contándose entre los primeros al teniente Cotton Williams i a los subtenientes Moreno i Gajardo; i entre los segundos a Enrique Tagle Castro, Párraga, Ricardo Bascuñan i otros, fuera de los nombrados ya.

Las municiones que, desde que se inició el fuego, habían sido escasas, a las doce del día estaban ya casi agotadas; i las divisiones chilenas, en verdad, no tenían por el momento de donde tomarlas. Los muertos eran ávidamente rejistrados por los que aun combatían, para seguir peleando con los proyectiles que aquéllos ya no necesitaban.

Los heridos seguían en la línea del fuego hasta que o la muerte les hacia soltar el rifle, o la fatiga i los horribles sufrimientos, producidos por sus heridas i por la horrorosa sed que a todos agobiaba, los inutilizaba para seguir combatiendo.

Eran ya poco más de las doce i media del día cuando nuevos refuerzos enemigos hicieron que las huestes peruanas, que habían retrocedido en sus diferentes líneas de combate, volvieran de nuevo a la carga; movimiento que fué resistido por los nuestros con empuje sin igual.

En fin, las tres compañías i las dos de la derecha, dieron una, dos, tres cargas más i al fin, después de ruda, tenaz i porfiada lucha, ocuparon el pueblo de Tarapacá; que fué tomado, perdido i vuelto a recuperar por los nuestros, que a la postre quedaron dueños del campo a la una de aquel terrible día.

Aquella victoria vino a afirmarse con la carga de caballería que los Granaderos dieron en la planicie, i que hizo que el enemigo se retirase de todas partes, huyendo hacia Pachica.

La 1ª División chilena quedaba vencedora, es cierto, pero en aquel combate de la mañana sus pérdidas habían sido tremendas i a las bajas anotadas anteriormente, agregaremos las muchas clases i soldados que, defendiendo a la patria, cayeron para no levantarse más.

Eran, pues, más o ménos la una del día, cuando las dianas de la victoria hacían reunirse en el vetusto pueblo de Tarapacá, a las vencedoras huestes chilenas de Ramírez que, cansadas de tanto pelear, olvidaron todos sus pesares para dar rienda suelta al descanso i reparar, con el agua i con el sueño, las fatigas inmensas del combate i de la marcha.

I antes de buscar el reposo, Ramírez ordenó al Cirujano don Juan Kidd recojiese los heridos de su rejimiento, comisión que ya desde las ocho de la mañana aquel doctor había iniciado, formando en San Lorenzo un hospital militar, que, como veremos más adelante, el enemigo convirtió en hoguera, en pira ardiente, quemando a todos los heridos que ahí se asilaron.

*La 2ª División chilena continúa batiéndose en la altura.*

Las fuerzas peruanas desocupadas, como ya hemos narrado, después de haber copado a la 3ª División de Santa Cruz, en el primer combate de la mañana, salieron al encuentro de la 2ª División de Arteaga, es decir, del Chacabuco, Artillería de Marina í de los insignificantes restos que quedaban de Zapadores í de la 4ª compañía del 2º de Línea, la del capitán Larraín.

Ya hemos contado la primera parte de ese combate que, iniciado más o menos a las 10 A. M., se sostenía con tezón í furia sin igual por ambos combatientes.

“Cinco veces, dice un testigo ocular peruano, fueron rechazados los chilenos, volviendo otras tantas a reorganizarse í a atacar con el mismo tezón”.

Qué así han peleado siempre nuestros tercios, desde los tiempos de Yerbas Buenas, El Roble, Rancagua, Maipú, Yungai e Iquique!

Jamás en mi patria se ha contado al enemigo; desde Rancagua a la Concepción, el grito de guerra ha sido siempre el de Vencer o Morir!

En Tarapacá, como en Iquique í en La Concepción, ese lema se sublimó; í la trinidad de Prat, Carrera Pinto í Ramírez, esculpiendo en letras de oro el nombre de Chile, asombró al mundo por su estoico sacrificio.

Don Juan Buendía, jeneralísimo peruano í su jefe de Estado Mayor, Coronel don Belisario Suárez, dirijían en persona desde la altura del poniente el ataque enemigo.

El Coronel don Andrés Avelino Cáceres, Comandante en jefe de la 2ª División, reforzado ahora por la División Exploradora del Coronel don Simón Francisco Bedoya í con sus fuerzas bien amunicionadas tomaba la ofensiva í, como ya lo hemos dicho, emprendía sobre la Artillería de Marina í Chacabuco un movimiento envolvente.

I a la verdad que esa maniobra podía ejecutarla, porque sus fuerzas eran triples a las nuestras.

A la mano tenía el Coronel Cáceres a los veteranos batallones Zepita N° 2 con 536 hombres, Dos de Mayo en que formaban 540 soldados, Ayacucho con 800 hombres í Provisional de Lima N° 3 en que pasaban revista 428 individuos de tropa, sin contar la Artillería de Castañón, que estaba convertida en infantería í que alcanzaba a 132 individuos de coronel a corneta.

Es decir, el Coronel don Luis Arteaga que disponía de la Artillería de Marina, del Chacabuco í de 116 hombres de Granaderos a caballo, que no sumaban 900 veteranos, tenía a su frente cuatro aguerridos batallones enemigos, con un total de 2,436 soldados, lo mejor del Ejército Aliado í mandados por jefes hábiles, experimentados í valientes.

El Coronel don Belisario Suárez valía por un ejército, í en esa acción probó su temple de alma, demostrando pericia í estrategia.

El enemigo estaba ensoberbecido con su triunfo de la primera hora: había destruido a la División Santa Cruz; tenía en su poder los cañones de Fuentes, pero también había sufrido crueles pérdidas.

En el primer encuentro, dice el Coronel don Andrés A. Cáceres, en su parte fechado en Pachica el 28 de Noviembre de 1879 í elevado al “benemérito señor Coronel jefe de

Estado Mayor del Ejército del Sur”, resultó muerto el Comandante Zubiaga (don Juan Bautista) i mortalmente herido el Mayor don Francisco de Paula Figueroa.

I más adelante el mismo jefe agrega: “el Jefe de Estado Mayor de la División me dió parte de haber muerto heroica i entusiastamente el jefe del Regimiento Dos de Mayo, Coronel don Manuel Suárez”.

Don Isaac Recabárren, Jefe de Estado Mayor de Cáceres, que daba cuenta de lo anterior, caía también herido i numerosos oficiales, clases i soldados enemigos mordían el polvo en su terciada con Zapadores i la compañía del Capitán don Emilio Larraín.

Cara pues, en verdad, había comprado su victoria la 2ª División peruana. Se comprende ahora que rabiosamente cargase, reforzada i fuerte de 2,436 hombres, contra la diminuta fuerza chilena de Arteaga.

Pero los nuestros, a pesar de su inferioridad numérica, de su cansancio i falta de municiones, no cejaban un momento; i como dice el testigo ocular peruano “cinco veces fueron rechazados los chilenos, volviendo otras tantas a reorganizarse i a atacar con el mismo tesón”.

Don Luis Arteaga, que mandaba como Jeneral en Jefe, tenía a su vez el comando inmediato de la 2ª División, es decir, de las tropas que se batían en la planicie; con él compartía las responsabilidades de la acción el Teniente Coronel de Guardias Nacionales don José Francisco Vergara, su segundo en la dirección de esta batalla.

Brillaba al lado del jefe chileno, como figura de primera línea, el Mayor don Jorje Wood que en esta jornada desplegó valor, inteligencia i alientos de gigante, cualidades que premió el Gobierno ascendiénolo después de la acción.

I en medio de aquella porfiada jornada, resaltó también la figura del Comandante don Maximiano Benavides, que sin descansar un solo momento, mantuvo el buen nombre de la Artillería de Marina en aquellos supremos momentos.

Pues bien, todos estos jefes a los que agregaremos los señores Comandantes Vidaurre i De Toro Herrera, no cejaron desde las diez a las doce día un momento en su empeño de contener el avance del enemigo, atacándolo cada vez que sus diminutas i escasas fuerzas le daban ocasión de hacerlo.

Los capitanes del Chacabuco señores Roberto Ovalle, Cárlos Cármos, Jerman Echeverría i Vicente Dávila Baeza daban cargas tras cargas, pero siempre, después de un corto avance, se imponía la retirada.

Los muertos i heridos del movilizado Chacabuco eran numerosos.

Muertos estaban ya a las once de la mañana el Mayor don Polidoro Valdivieso, el Ayudante don Martín Frías i el teniente don Jorje Cuevas.

El Subteniente don Pedro Fierro Latorre, recibía también en esa hora leve herida, que no impedía a este bravo oficial, después de vendado por el cirujano don Clodomiro Pérez Canto, seguir combatiendo.

El Capitán don Cárlos Cármos, que con tanta bizarría había entablado la acción al frente de su 4ª compañía, en uno de los avances de esa mañana, recibía en la pierna izquierda horrorosa herida que lo tendía en aquella ardiente i desolada altura; i si no es, por el auxilio que le prestaron sus oficiales, el subteniente Concha i el sarjento 1º don Manuel

Jesús Carrasco, que lo rodearon i defendieron sacándolo de la zona del fuego, ahí habría terminado la corta pero gloriosa carrera militar de ese joven soldado.

El capitán don Roberto Ovalle Valdés, que mandaba la 1ª compañía, repetimos, perdió en esa mañana no solo a su teniente don Jorge Cuevas, sino también al cabo Enrique Cooper i a ocho soldados más.

I en vano los oficiales de la 1ª don Camilo Ovalle i don Víctor Luco alentaban a su tropa ésta desmayada ya i falta de municiones, a las doce del día, casi no daba señales de vida.

Los sarjentos segundos don Alberto Herrera; Pascual Castro, Fidel Letelier i Leocadio Oliva ayudaban a sus oficiales en aquella terrible faena, hacían registrar los muertos, les quitaban sus municiones, las repartían i seguían peleando.

En fin, el Chacabuco como la Artillería de Marina, no cejaban en su empeño i se combatía a morir.

---

*Los tenientes don Pedro Urriola i don Ramón Sotta Dávila. Heroica acción de este último*

El capitán Dávila Baeza, perdía a su teniente Urriola a quien su amigo compañero el subteniente don Ramón Sotta Dávila, que tenía, a pesar de sus juveniles años, corazón i pecho de gigante, se lo echa al hombro i lo saca de la línea del fuego; pero los infantes peruanos lo persiguen; hace alto entonces el bravo subteniente i deposita su carga i al frente de diminuto pelotón de chacabucos se bate breves instantes, contiene el avance enemigo, toma su sagrada carga en hombros i emprende de nuevo la retirada.

I esta operación la repite, Sotta Dávila, tres o cuatro veces.

Urriola ruega a su amigo, que se salve; él está bandeado en ambas piernas i cree que sus heridas son mortales; no es posible pedir tanto a la amistad.

“Déjame Nonatito, dice nuestro querido amigo de la infancia i de las aulas, el brillante mártir de Tarapacá Pedro Urriola, déjame i sálvate, déjame morir mirando al enemigo i peleando; me un rifle Nonato”.

I Sotta Dávila no contesta, toma alientos i continúa su retirada.

I cuando ya el enemigo perdía la esperanza de alcanzar i rendir ese pequeño grupito de bravos, traidora bala hiere a Ramón Sotta Dávila, en el cuadril derecho, trayéndolo a tierra junto con su amigo el teniente Urriola.

Sin embargo, aquella herida no era grave porque el proyectil perforando la caramayola había perdido un tanto su fuerza, i Sotta Dávila, así herido quiere continuar su benéfica misión; pero la sangre le hace flaquear la pierna i no puede levantar a su amigo, a quien, después de armar i amunicionar, abandona para siempre.

Urriola queda solo en medio de aquel desierto i candente arenal, i el enemigo, que llega poco después, lo ultima, cebándose en su cuerpo con singular salvajismo i con mutilaciones que son un estigma de oprobio para el peruano que no respeta a los heridos ni al pudor.

*El Capitán Ayudante don Félix Briones i el Mosquito*

El Chacabuco tenía de baja como hemos visto, a numerosos oficiales; entre sus clases había perdido también al 1° don Juan Aguilera de la compañía del capitán Echeverría i a muchos cabos i soldados, pero su comandante De Toro Herrera i sus oficiales no desmayaban i el combate seguía con furia.

I aquí recordaremos al capitán ayudante don Félix Briones, que en medio del fragor del combate, no perdió ni su alegría, ni buen humor.

Ese día montaba don Félix Briones su famoso caballo bayo, El Mosquito, animal pequeño, pero ligero como un viento en el que recorría las filas animando a los suyos. I es fama que cuando el caballo cansado con tanta arrancada, retardaba su paso lo animaba al grito de:

“Buena cosa, Mosquito, como vas a dejar mal a tu ayudante Briones”.

Al fin una bala rindió al pobre Mosquito i don Félix, hubo de buscar otra cabalgadura para continuar la batalla.

### *Antecedentes históricos de la Artillería de Marina; se bate también desesperadamente al lado del Chacabuco*

I así como los chacabucos batallan sin tregua, la Artillería de Marina no descansa en su faena de defender el terreno, de avanzar sobre el enemigo, i de ver modo de alcanzar la victoria.

Este cuerpo cuyos orígenes hai que buscar en el año de 1817, nació en el sitio que a Talcahuano puso el Ejército del Sur, al mando de don Bernardo O'Higgins, El Grande.

El primer comandante de Artillería de Marina, que tras paciente investigación hemos encontrado, fue el capitán don Ignacio Manning, oficial Inglés al servicio de Chile en aquellos años, que mandaba “El Piquete de Marina” que tenía a su cargo la lanchas cañoneras chilenas de Talcahuano.

Manning, tenía a sus órdenes al Guardia Marina don Daniel Mac-Kuedo i a otros oficiales más su dotación de clases i soldados alcanzaba cien hombres.

En 1818 El Piquete de Marina se convirtió en Fusileros de Marina, i entre su oficiales recordamos al Capitán don Juan Young, a los tenientes señores Francisco Arias i Agustín Sotomayor i al subteniente don José Joaquín Bascuñan.

En Setiembre del mismo año 18, cuando O'Higgins, Zenteno i Blanco Encalada organizaban la Escuadra chilena, que capturando a la Maria Isabel i a todos sus trasporte había de dar para siempre a Chile el dominio del Pacífico, se cambió el nombre de Fusileros por el de Batallón de Infantería de Marina que conserva hasta la fecha.

El primer Comandante fué el Teniente Coronel don Guillermo Miller, brillante oficial ingles que llegó a nuestro país después de Chacabuco, que hizo con valor extraordinario todas las campañas de la independencia, batiéndose en la toma de la Maria Isabel en Valdivia, Pisco, Callao, Arica i Ayacucho i que murió de Jeneral al servicio del Perú.

Como un recuerdo a los que tuvieron la gloria de fundar este cuerpo, diremos aquí, que don Manuel José Soler fué el primer Mayor i que sus capitanes se llamaron: Nicolás Maruri, José

Maria Plaza, Enrique Huide, José Videla, Eujenio Aramburo i Pedro José Jil.



El que fué más tarde famoso Coronel, don Francisco de Paula Latapiat sirvió de teniente, grado que también alcanzaron los señores Bartolomé Asagra, Antonio Rodríguez i otros.

Eusebio Ruiz, cuyo valor lejendario i estraordinarias hazañas, son aun el tema obligado de las leyendas de Arauco, cargó en esos años la presilla de Subteniente de este cuerpo.

La Infantería de Marina, tenía una sección de artillería que servía a bordo i cubría los fuertes de Valparaíso.

En 1829, después de don Guillermo Miller comandó en jefe a este batallón, don Ramón Gormaz que había sido capitán fundador del N° 6 de Cazadores de Chile, El Coquimbo.

Este cuerpo hizo pues, todos los cruceros i campañas de Lord Cochrane: asistió al asalto de Valdivia, captura de la Esmeralda i a todas las acciones de esa campaña.

Mas tarde, desempeñó papel importantísimo, venciendo en Casma en 1839 i haciendo la campaña contra España, en los años de 1865 a 1866.

Como se ve, la Artillería de Marina, tenía un pasado famoso i viejos abolengos de gloria que respetar; su cuna la mecieron las brisas de Talcahuano; los cañones españoles le hicieron las grandes salvas de ordenanza, en el Asalto de esa plaza el 6 de Diciembre de 1817, en que Manning jugó con sus lanchas cañoneras rol especial que recuerdan los partes oficiales de esa acción.

Con tal requisitoria de nobleza militar se comprende que Vidaurre, Benavides i Zilliruelo, que eran los Jefes de aquel rejimiento histórico no pensasen sino en mantener la tradición de honra, de heroicidad i civismo que desde su fundación venía dando al Ejército i a la Armada de la República.

I ninguno de ellos flaqueó en aquella justa famosa de valor i de sacrificio, porque todos estuvieron a la altura del cargo que representaban.

Así, la Artillería de Marina, no cejó tampoco desde que entró al fuego, en su empeño de reducir a la impotencia a su enemigo; que como lo hemos tantas veces repetido, era mui superior en número, en municiones i también, hai que confesarlo, en la intelijente dirección que se diera, por sus jefes, a sus tropas.

En lo único que no nos aventajaron fué, en la resolución para pelear i para morir.

Pues bien, lo mismo que el Chacabuco, la Artillería de Marina, cargó con entusiasmo i decisión sobre las líneas enemigas innumerables veces, i en todas ellas, a pesar de las bajas que hacían al Ejército peruano, era siempre rechazado.

En vano, el Comandante don Maximiano Benavides, acompañado del Ayudante Moscoso recorrían juntos las filas de su rejimiento, i vivando a Chile, al Ejército, a la Patria, trataban de levantar la moral de sus hombres gastados, aniquilados por la falta de sueño, del hambre i de la sed, porque todo era inútil; la inmensa fatiga ganaba ya a aquellos tercios que disparaban sus rifles i morían, solo, porque el chileno, sabe que no puede, que no debe jamás rendirse.

Los capitanes Alamos, Urcullu, Carvallo, García i Rafael González, al frente de sus unidades no desmayaban en su empeño, ni mucho ménos en tal cosa pensaban los tenientes don Elías Yañez, hoi distinguido Jeneral de la Nación, ni Amor, ni Manuel Blanco, ni

Ramón Patiño Luna, Ruiz, Quiroz, i tantos otros dignos oficiales de ese cuerpo, que en verdad no contó en esa jornada jamás a sus enemigos, ni midió tampoco el peligro.

Pero tanto heroísmo, esfuerzo tanto, era impotente para contener el avance tranquilo, firme i decidido de las huestes de Cáceres, Bedoya i Castañón.

El enemigo triunfaba, por desgracia, i la retirada principiaba a imponerse.

### *El estandarte de la Artillería de Marina i su Abanderado, don Víctor Aquiles Bianchi*

En medio de aquel revuelto volcán, i con aquella serie de ataques, de retiradas, de formaciones distintas, i de las mil situaciones producidas por la batalla, las líneas chilenas se confundieron al fin; i artilleros de marina, chacabucos i restos de zapadores i de la 4ª del 1º del 2º de Línea, llegaron a formar una sola masa, batiéndose juntos como buenos hermanos.

En uno de estos cambios de frente, o más bien dicho, retiradas, el abanderado de la Artillería de Marina, don Víctor Aquiles Bianchi, que en esta acción como en muchas otras de la campaña, probó ser hombre de alientos i honrado i pundonoroso soldado, se vió casi envuelto por el enemigo; i si salvó su preciado tesoro, la vieja enseña de su regimiento, fué únicamente porque tropa del Chacabuco protejió a la escolta que acompañaba a la bandera de la Artillería de Marina, que había dejado tendidos, en la ardiente planicie, la mitad de su efectivo.

Con Bianchi, por fortuna, estaba el Capitán Ayudante don Miguel Moscoso, soldado de antaño, discreto, intelijente, forjado su corazón con médula de león i que no desamparó un solo instante aquella preciada insignia.

Fué tan rudo aquel episodio, que el asta de la bandera fue rota a punta, no de sable, sino de balazos, obligando a Bianchi a envolverse en ella para seguir combatiendo.

I en aquellos duros momentos, rendido de fatiga i de cansancio Bianchi, i agobiado por la sed, entregó a Moscoso su estandarte, que éste cargó por un cuarto de hora, devolviéndolo a Bianchi, que ya no lo desamparó un solo instante.

He aquí como Vidaurre i de Toro Herrera, confirman nuestra narración.

Copiamos a Vidaurre:

“Por lo que respecta al abanderado, me permito hacer presente a V. S. que recibió el asta de banderas algunos balazos, los cuales despedazaron ésta, por lo que se vió obligado a recibirla i mantenerla en sus brazos, i a más perder la mitad de su escolta.

Habiendo sido cortado por un grueso número de fuerzas del enemigo, se vió obligado a permanecer algún tiempo en el Batallón Chacabuco, i como aquel siguiera poniendo todo su empeño en quitar la bandera, cargando sus fuerzas a ese costado, la tomó el Capitán Ayudante don Miguel Moscoso, conservándola como quince minutos en su poder”.

Don Domingo de Toro Herrera, dice, a su vez:

“Durante la mayor parte del combate de la mañana, estuvo en nuestras filas el abanderado Bianchi de la Artillería de Marina, con su estandarte, quien habiendo sido cortado por el enemigo, se unió a nosotros i permaneció hasta que nos retiramos.

Desde esa mañana, también, el Comandante de Toro Herrera; apoda, a don Víctor Aquiles Bianchi, cariñosamente con el nombre de Ahijado, que corresponde éste con el nombre de Padrino, títulos que bien se ganaron ámbos en aquellos instantes supremos.

*El Mayor don Jorje Wood, propone al Coronel don Luis Arteaga, que carguen los Granaderos a Caballo del Capitán don Rodolfo Villagrán*

La División Arteaga, hacía más de dos horas que se batía, el enemigo no cedía el campo i mantenía sus posiciones; aun más, avanzaban sus guerrillas i sus masas sobre la pobre hueste de Arteaga, que exauta casi de municiones, principiaba a retroceder, pero en orden, i paso a paso.

En esas circunstancias, cuando la derrota asomaba su espantosa faz, el Mayor don Jorje Wood, se acercó a don José Francisco Vergara, jefe de la Caballería, i le indicó la absoluta necesidad de hacer cargar a los 116 Granaderos a Caballo del Capitán don Rodolfo Villagrán, a los 10 o 12 Cazadores de la escolta del cuartel jeneral, i a cuanto hombre montado hubiere en el campo.

El consejo de Wood era oportuno; fué dado con ardor i entusiasmo; i aceptado por don José Francisco Vergara, en el acto se puso en ejecución, dándole aviso a Arteaga.

El plan de Wood era sencillísimo: Villagrán ejecutaría su carga i mientras esta tenía lugar, la infantería se alistarla, para, a su vez, tras los jinetes, embestir a la bayoneta, a fondo, hasta destruir i aniquilar a la numerosa hueste enemiga.

La proposición de Wood fué en el acto aceptada por Arteaga, Vergara, de Toro Herrera, Vidaurre, i Santa Cruz; e inmediatamente los bizarros Granaderos se aprontaron para cargar al enemigo, que, como se ha dicho, se había ensoberbecido con los refuerzos que acababa de recibir.

Hasta el momento en que estamos, don José Francisco Vergara, no se había separado un instante de la línea de batalla; i todos los que en aquel hecho de armas se encontraron, recuerdan haberlo visto siempre en los puestos de más peligro, envuelto en su poncho blanco, sin demostrar miedo ni temor.

Don José Francisco Vergara, como Santa Cruz, sintió sobre sí la tremenda responsabilidad que le abrumaba, pero no olvidó sus deberes de soldado i de patriota sin tacha; afrontó el peligro i la situación difícilísima en que se encontraba, despreciando en absoluto la vida.

Así, se comprende, que Vergara, que demostró buenas aptitudes militares, recibiese con alegría la idea de Wood i que aceptara con agrado la medida propuesta.

Wood acompañaría a Vergara i Villagrán, i, una vez que se terminase aquel movimiento, nuestra infantería debía también cargar como hemos dicho, a bayoneta sobre los tercios enemigos, a quienes se esperaba derrotar con aquel ataque jeneral de nuestros escuálidos batallones a las fuerzas peruanas que se batían en la altura de Tarapacá.

*Los Granaderos a caballo cargan al enemigo í lo derrotan por completo*

I sin esperar más Wood i Villagrán soldados de raza, que tenían gloriosas tradiciones que respetar, arengaron a sus valientes i veteranos Granaderos i, al grito de ¡Viva Chile! se lanzaron sobre las compactas masas de infantería contraria, resueltos a morir todos ántes que ser vencidos por aquellos hombres a quienes, en verdad, miraban con soberbio menosprecio.

I Granaderos a caballo, después de lanzar un unísono i sonoro ¡Viva Chile! seguido de un inmenso i prolongado chivateo, grito de guerra araucano, aprendido en las campañas del sur de Chile, i que repercutió como un agónico alarido de miedo, de muerte i esterminio en las filas peruanas, se lanzó ciego, furioso a escape, a galope tendido, sobre aquellos tercios que jamás imaginaron una audacia semejante.

Una nube de polvo, de humo, de fuego, ocultó durante breves instantes a nuestros jinetes que sable en mano i carabina en el arzón, atravesaron el campo i cayeron cual leones sobre las filas enemigas, que asustadas ante tamaña audacia, sin poder resistir aquel huracanado empuje, huyeron en el acto en el más completo desorden.

Más, nuestros jinetes, hábilmente, dirigidos por oficiales tan bravos como Eduardo Cox, Nicanor Vivanco, Pedro N. Hermosilla, Juan E. Valenzuela, Liborio Letelier, Ulises Barahona, Luis Villegas i José, Francisco Balbontín, que mandaban junto con Villagrán aquellos tercios, no dieron tregua a las desechas huestes contrarias, i multiplicando sus cargas persiguieron sin descanso a aquellas, poco ántes, victoriosas tropas.

Fué han recio i rápido aquel ataque i tan mal trecho quedó el real peruano que, su campo se cubrió en pocos instantes de numerosos muertos de heridos i de prisioneros.

Los granaderos, tan pronto rompieron las líneas peruanas, como, lo repetimos iniciaron sobre aquellos una lucha que podríamos denominar individual; i en la que lucieron la potencia de su brazo i de su sable los alféreces Letelier, Cox, Vivanco i Barahona, que sin tregua, ni descanso, persiguieron a la peruana tropa, hasta mucho más allá de su primera formación.

Rota la línea enemiga, perdida en la furia del asalto i del entrevero, la formación de nuestros jinetes, estos se repartieron por el campo en pequeños pelotones, mandados algunos por los bravos oficiales de aquella indómita hueste; i en otras, campeando individualmente por sus respetos, i sableando a sus anchas i sabor a aquellos infelices soldados que, en la arrancada, eran segados, cual madura mies, por los sables de aquellos centauros, que esta vez tomaban el desquite de la derrota, i afianzaban con su denuedo imponderable, la victoria de las cansadas huestes chilenas.

Los jefes i oficiales peruanos, no pudieron, por más que hicieron, mantener sus posiciones; la carga fué tan rápidamente ejecutada que el enemigo no tuvo tiempo de formar sus cuadros i hubo de recibir en orden disperso el furioso ataque de nuestra caballería.

Los comandantes dieron en esos momentos como en toda la jornada pruebas evidentes de su amor a la patria i a la bandera, i no pudiendo contener el desbande de sus veteranos tercios, prefirieron morir en su puesto, ántes de abandonar las ventajas alcanzadas por la superioridad numérica de sus tropas.

En ese entrevero famoso cayó muerto de un caballazo que le diera el granadero Juan Agustín Torres, el denodado coronel i primer jefe del Dos de Mayo, don Manuel Suárez, que perdió la vida alentando a los suyos que huían despavoridos en el más completo desbande.

I Junto con Suárez, rindieron su existencia i murieron a sable, el sarjento mayor Perlai, de la Columna de Tarapacá i numerosos oficiales, clases i soldados de ese cuerpo.

El coronel Ugarte, del Iquique N° 1, recibía un feroz hachazo en la cabeza; i si escapaba de la muerte era debido únicamente al oportuno auxilio que le prestaran los suyos.

Al comandante Meléndez, de Navales, el sable de uno de aquellos centauros le abrió el costado con cruel i horrorosa herida, siendo piadosamente socorrido poco después por cirujanos chilenos.

El sarjento mayor, Escobar, del Ayacucho N° 1 caía también para no levantarse jamás, en medio de aquel turbión de muerte i exterminio.

El coronel don Miguel de los Ríos, pundonoroso i brillante jefe, comandante de la 5ª División, que en los momentos de la carga ya estaba herido, fué recojido del campo por el cirujano de Granaderos, don Manuel García, con cinco gravísimas heridas de sable, falleciendo días más tarde en Antofagasta.

Lo repetirnos, Granaderos sembró la planicie de muertos i heridos; llevó el espanto i la derrota a las filas peruanas; i la carga jeneral que dió después nuestra infantería mandada por Arteaga, De Toro Herrera, Santa Cruz, Vidaurre, Benavides, Moscoso, Álamos i Wood, que en ese día fué un héroe, i por todos los capitanes i oficiales que aún quedaban en pie en Zapadores, Chacabuco i Artillería de Marina, completaron la desecha derrota del enemigo i el total desbande de sus tropas que huían en todas direcciones, pero especialmente en la de Pachica.

### *Episodios de la carga de Granaderos*

Don Jorje Wood, ideó como buen soldado la carga de Granaderos i dejemos aquí constancia que el mayor Wood bizarramente se mantuvo al frente de los indómitos Granaderos: su coraje impetuoso lo reconocieron todos; i los que sobreviven hoi i escaparon entonces de la muerte, confesaron muchas veces que la salvación del Ejército del coronel Arteaga, fué debido a Wood que propuso i llevó acabo ese movimiento.

Cuentan i recuerdan todos, que al frente de aquella indómita hueste, cargó el alférez don Liborio Letelier, oriundo de Curepto, mozo de alientos, honrado cual crisol, lo mismo antaño que ogaño, que hoi sirve modesto puesto fiscal, porque es mui bueno i mui honrado.

Pues bien, al frente, en primera línea cargó el alférez Letelier, i narra él: “llegué el primero a las filas enemigas, pero, no por mi gusto, sino porque me fué imposible sujetar mi caballo, que duro de boca, se cargó i no obedeció al freno; por eso caí al medio de una mitad enemiga i conmigo mi tropa que me siguió sin que faltara uno solo, hachando, por cierto los niños, a su gusto i sin piedad”.

Que así disculpaba, Liborio Letelier, su propio valor i audacia, echando la culpa a su caballo, de su valor i denuedo, i también a sus soldados.

Otro que hachó bien, a su antojo, en aquel entrevero, fué el alférez Eduardo Cox, El ñato, como cariñosamente lo apodábamos todos sus compañeros de armas, i que era tan buen camarada, como diestrísimo i alentado jinete.

“Tinto, de sangre, señor exclamaba el sarjento don Santiago Valdevenito, he visto yo, con estos ojos los que se los ha de comer la tierra, los sables de mis alférez Vivanco, Barahona i Cox; i a mi capitán Villagrán, señor, si le salían como chispas de los ojos”.

Pero, nos olvidamos, sin querer, de Wood; i cabe recordar aquí una carta, de don Jorje, en la que él con su pintoresco lenguaje de soldado, cuenta como principió la carga, que tuviera la feliz intuición de proponer i de llevar a cabo.

El 15 de Diciembre de 1879, es decir 18 días justos i cabales después de la acción, el Mayor Wood escribía desde Santa Catalina a don Clodomiro Vargas una carta, de la que transcribimos el párrafo siguiente, que es en el que narra como se inició ese movimiento.

Dice don Jorje Wood que cuando ya se aceptó la carga de los Granaderos, él mismo a galope tendido partió a comunicar a Villagrán la orden i que, al llegar e impartida que fué, les gritó a sus jinetes:

“¡Estáis acostumbrados a vencer a los bravos araucanos i no marcháis adelante contra los peruanos!”

...Nó, mi Mayor, me contestaron, agrega el mismo Wood.

Nosotros, mi Mayor, queremos pelear, pero nos llevan en retirada.

¡Viva mi Mayor Wood!

Así, si que queremos que nos manden.

Después, continúa Wood, formaron el escuadrón en batalla i lo dirijí sobre el enemigo al toque de *degüello*.

La carga fué tan impetuosa que barrimos la llanura i hemos muerto unos sesenta cuicos”.

La verdad fué que la carga de los Granaderos de Villagrán fue la salvación de Arteaga i de sus tropas; i no hai duda que la derrota se convirtió en triunfo.

### *La infantería chilena carga a la bayoneta i corona la victoria*

I tan pronto Villagrán, Wood i don José Francisco Vergara, despejaron de enemigos la llanura, pequeñas quebradas i caminos que conducían al bajo, nuestra infantería como una avalancha i al trote, caló bayoneta i barrió con cuanto enemigo encontró a su paso.

Parece mentira, a las doce i media del día, cuando se iniciaba la carga de la caballería, las divisiones dueñas absolutas del campo; poco más de una hora después, no había en aquellos yermos un solo soldado peruano en actitud de defender su suelo i sus banderas.

Todos habían fugado, desaparecido.

Por todas partes se oían atronadores ¡Vivas a Chile! Victoria! Victoria!

Lo repetimos, el enemigo se hizo humo; huyó hácia el norte por las lomas i también por la quebrada: se fué a Pachica.

“A las dos de la tarde, dice don Miguel Moscoso, no se sentía un tiro ni en la loma, ni en el bajo.

### *Don José Francisco Vergara, da cuenta al Cuartel Jeneral Chileno de la situación del Ejército de Arteaga*

A las dos de la tarde, pues, estábamos victoriosos; i así como el enemigo había volado, como moscas que barre furioso temporal, los nuestros se precipitaban a su vez al fondo de la quebrada en busca de agua, de comida i de reposo.

Ya nadie se acordó de los apuros de la mañana: todos querían descansar i dormir; i a fe que todos también tenían derecho a ello.

Hacía dos días que no comían, bebían ni dormían. Justo era que reposaran, pero también se imponía que Arteaga i su Cuartel Jeneral tomase las medidas del caso para

arrullar i cuidar el sueño de aquellos sus soldados, que eran sufridos, patriotas i heroicos cual ningunos.

Ya veremos lo que al respecto se hizo.

En el inter, don José Francisco Vergara, era el único que, ántes de la carga, había dado aviso al Jeneral don Erasmo Escala, de lo ocurrido en la nota siguiente:

“Señor Jeneral:

Nos batirnos hace más de tres horas, con fuerzas mui superiores.

Estarnos en mala situación, i no es improbable una retirada más o ménos desastrosa.

Dios guarde a US.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA.

---

Este parte fué, como decimos, enviado poco ántes de la victoria de las dos de la tarde i recibido oportunamente por el Jeneral en Jefe, se dió orden al Jeneral Baquedano para que avanzase sobre Tarapacá, movimiento que se ejecutó alcanzando este jefe hasta Dibujo, lugar en que los derrotados tercios del Coronel Arteaga encontraron en la noche del 27 i madrugada del 28 de Noviembre, los ausilios que enviaba Escala.

#### *Estado de las tropas chilenas después de la victoriosa carga de los Granaderos*

La pequeña división chilena quedaba victoriosa, pero a costa de inmensas pérdidas; Zapadores era un esqueleto, no contaba en sus filas sino una veintena de soldados i, como lo hemos dicho había perdido seis oficiales; i téngase presente que entró al combate con 289 hombres!

La Artillería de Marina tenía más de 50 bajas; i en aquella primera etapa de glorias i de sacrificios, habíale cabido el mejor lote, sin embargo, a las 2 de la tarde ya estaban heridos sus valientes capitanes Urcullu i Silva Renard, que no por eso se habían retirado del campo de batalla.

En el Chacabuco, las bajas habían sido mayores aun: sobre el campo habían quedado su segundo, el denodado Mayor, don Polidoro Valdivieso, que como hemos contado, no pudiendo avanza a consecuencia de sus heridas, se batía rifle en mano, miéntras tuviera alientos aquel gran corazón; i entre clases i soldados subían de 60 sus muertos i heridos.

El sarjento Lorenzo 2º Bustamante, el cabo 2º Manuel Morales i el soldado Pedro López, eran los únicos muertos que Granaderos hubiese tenido en su famosa carga, junto con dos individuos de tropa, heridos; baja insignificante i que prueba el terror que nuestro incásico i eterno enemigo tiene, ha tenido i tendrá siempre, al entrevero terrible a que dá lugar el arma blanca. La artillería había sido también desecha i sus bajas eran crueles por demás.

#### *El comando chileno olvida por completo su papel de jefe, i no toma ninguna medida para salvaguardar a sus tropas*

I despejado el campo, tanto en la quebrada, en el pueblo, como en la altura de aquel porfiado i tenaz enemigo, a quien el miedo i la derrota daba alas para correr sobre Pachica,

nuestros victoriosos soldados, bajaron en desordenado tropel al fondo de aquel oasis, en busca del agua i del reposo: i con la seguridad de que ya no serían molestados, se esparcieron por sus tupidos arbolados, unos con el fin de hacer su rancho; i otros para a su sombra descansar de la inmensa fatiga del combate i de la marcha.

I lo mismo que hiciera aquella heroica tropa, exactamente hicieron también sus jefes, los dirigentes de aquella invicta leji3n, el coronel Arteaga i su Cuartel Jeneral; se tendieron a la sombra de sus verdes arbolados i olvidándose por completo de la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, no dieron 3rden a la caballería de perseguir al enemigo; no dejaron un solo centinela en la altura; ni se volvieron a acordar más de los vencidos batallones enemigos:

No pensaron sino, i esto lo cuentan numerosos testigos oculares, dar 3rdenes para cocinar una rica i suculenta cazuela, cuyo sazonado i exquisito caldo ninguno de los nuestros hubo de saborear: que los peruanos fueron, los que a la postre, manducaron aquel guisado, que en realidad no mereciera comer el Estado Mayor chileno, por descuidado e imprevisor; que ese es el calificativo que merece la incalificable desidia de los dirigentes de aquella acci3n, en que solo campe3 el araucano empuje de las chilenas leji3nes.

Ni siquiera se preocuparon de amunicionar nuevamente a la jente; i mucho m3nos, se pens3, en recojer a los infinitos heridos que poblaban las ásperas i candentes breñas de la planicie; s3lo el 2º de Línea, había formado bajo el amparo de la Cruz Roja en San Lorenzo, un hospital militar, en el que, al Cirujano don Juan Kidd, que tan en alto pusiera su nombre i el de nuestra Escuela Médica, en aquella famosa jornada, curaba en compańía de Pérez Canto, Vivanco i García, a los heridos que acudían a aquel caritativo lugar.

En fin, la verdad es que, nada, se hizo por resguardar a nuestros soldados de una posible sorpresa; lo hemos dicho, no se coloc3 un centinela, ni en la altura ni en la hondonada.

En el camino que conduce a Pachica, tampoco se dej3 la más insignificante partida de caballería en observaci3n.

Ya como pag3 aquella victoriosa pero diezmada divisi3n chilena, la reprensible incuria de su jefe, que cuando lleg3 la hora de la prueba en la derrota, busc3 en vano la muerte para lavar tamańa desventura.

### *El Ejército peruano reforzado con tropas de fresco vuelve Tarapacá*

I mi3ntras los vencedores encienden sus fogones, duermen la siesta i se entregan al descanso en la humbrosa i fresca quebrada tarapaqueńa, en San Lorenzo i Huarasińa, los derrotados jefes de la incásica jente no se dan por vencidos; que al contrario, reunidos en guerrera junta, tenida en la arrancada i al galope de sus corceles, acuerdan volver por sus fueros con las divisiones 1ª i Vanguardia, que debían estar mui pr3ximas del campo de batalla.

Se recordará que, poco ántes de iniciarse la jornada, el jeneral don Juan Buendía mand3 a mata caballos a su ayudante, Sarjento Mayor don Emilio Coronado, a Pachica, en busca de su reserva; i agregaremos aqu3, que en medio del combate, repiti3 esa misma 3rden su inteligente i avisado jefe de Estado Mayor don Belisario Suárez, al capitán don Lorenzo Marolín.



I recibido el aviso por los veteranos coroneles Dávila i Herrera, éstos, inmediatamente amunicionaron su tropa, plegaron sus tiendas i a marcha forzada, se dirijieron a Tarapacá.

*La reserva del Jeneral Buendía llega a Tarapacá un poco tarde*

Se sabe que, para desgracia del jeneral Buendía, su reserva no llegó tan oportunamente como él lo hubiera deseado; porque, si hubiera arribado hora i media ántes al campo de batalla, estamos ciertos, que a pesar de la indómita bravura de los nuestros, la victoria habría quedado por los peruanos, que habrían tenido sol i tiempo para perseguirnos i destruirnos, pero no para rendirnos ni tomarnos prisioneros; que desde los tiempos de Caupolicán, de O'Higgins, de Rancagua, de Santa Rosa de Trancoya i de Puente Buin, jamás ningún jefe chileno ha tenido otro lema que el de: ¡*Vencer o Morir!*

*Consejo de guerra peruano; acuerdan volver al combate.- Nueva organización del Ejército enemigo*

I Buendía, Suárez, Cáceres, Recabárren, Bolognesi, Abril i demás jefes peruanos que arrancaban, tan pronto se encontraron con las divisiones Dávila i Herrera, como hicieron alto; i en nuevo i breve consejo de guerra, acordaron tornar a Tarapacá e iniciar el ataque sobre la división chilena, que ellos sabían que por sus grandes bajas, no estaba en estado de resistir una nueva batalla, i a la que, suponían dispersa en el fondo de la feraz quebrada.

Acordadas tan rápidamente, como puede imaginarse, las acertadas disposiciones trascritas i amunicionadas bien las divisiones vencidas 2<sup>a</sup>, 3<sup>a</sup>, 5<sup>a</sup>, Nacionales i Exploradora, con el parque la reserva, i unidas esas secciones a las Divisiones Primera i Vanguardia, en que campeaban cuatro batallones de línea, que se disputaban la primacía con el Zepita i Dos de Mayo, el ejército peruano reorganizado i fuerte de 4.000 buenos soldados, emprendía su marcha sobre Tarapacá, como a las 3 horas 3/4 de la tarde, resuelto a tomar la revancha i a volver por sus fueros perdidos en aquella memorable e histórica mañana.

I en verdad, que aquella operación de guerra fué bien ejecutada.

I sin duda alguna, merecen los honores de ella Buendía, Suárez, Cáceres, Dávila, Valverde, Roque Sáenz Peña, Bolognesi, Morales Bermúdez, Chamorro, Seguín, Herrera i demás jefes peruanos, que la concibieron i llevaron a cabo, sin temor a nada ni a nadie i únicamente por salvar la honra i la moral del ejército de su patria, que tan mal parada hubiera quedado en Dolores i en la primera etapa de aquel día famoso, en que por ámbos lados se peleó ruda i encarnizadamente; i en el que, las huestes peruanas, a pesar de su superioridad numérica i de la excelente calidad de sus jefes i de su buena disciplina, soportaron el más completo desastre.

*Penoso estado de las fuerzas chilenas al iniciarse el asalto de la tarde; su ubicación*

La sed, que devoraba a nuestros hombres, hizo, como naturalmente se comprende, que de un solo trote traspusieran la distancia que hai de la altura a la quebrada, hasta encontrar el cristalino arroyo que serpentea en su fondo, i los canalizos que cruzan aquel oasis, en los cuales apagaron su sed inmensa, lavaron sus ennegrecidos rostros, refrescaron sus

estropeados cuerpos i buscando el descanso, la mayor parte, prefirió tenderse a dormir, que no a comer.

Nuestros hombres querían reposo; deseaban dormir i nada más; el rancho en esos momentos era superfluo.

Se repartieron los pocos que quedaban por toda la quebrada.

En el pueblo de Tarapacá se acampó el coronel Arteaga, su Cuartel Jeneral i algunos jefes i oficiales.

Santa Cruz, don Domingo de Toro Herrera, Wood, Vidaurre i otros oficiales más rodeaban al jefe de las fuerzas chilenas.

En los primeros momentos, es decir, a eso de las dos de la tarde, don José Francisco Vergara, se encontró en el bajo con Ramírez; conversó brevemente con él i le insinuó la idea de reunir “los restos de su tropa”.

Por desgracia, como ya lo hemos anotado, nadie se preocupó de nada, esta es la verdad pura i neta.

La victoria había sido tan inmensa, tan inesperada, i el cotejo tan bien dado, que todo el mundo, desde don Luis Arteaga al último tambor, se llenó de confianza; i todos ganados por ella se descuidaron en absoluto.

Los Granaderos, un poco al norte de Tarapacá, en unos magníficos potreros desensillaron sus caballos, sin sospechar ni imaginar, que alguien pudiera molestarles.

El 2° de Línea ocupó el pueblo i se esparció por las fincas que existen al sur.

El Chacabuco i Zapadores, los restos insignificantes de este cuerpo, armaron pabellones también en los contornos de la villa nombrada.

La Artillería de Marina se concentró en Huarasiña alrededor de su aguada; i en San Lorenzo, en el hospital militar que había formado el doctor Kidd, del 2° de Línea, se veían también algunos de este regimiento.

Hai que dejar constancia aquí, que muchos de nuestros soldados se ocuparon desde los primeros momentos del triunfo en llevar agua a los pobres heridos que habían caído en la altura.

Hemos oído a los señores Arturo Salcedo, Fenelón González i al Comandante retirado don Alberto Herrera, que muchos soldados se cargaban con seis, diez o más caramañolas, las que podían, i llenándolas de agua en un canalito que corría por la falda poniente, ascendían a la planicie i repartían entre los infelices heridos aquel líquido salvador.

En fin, el hecho es que toda la División Arteaga se encontraba diseminada en la quebrada; i sólo los heridos i unos pocos oficiales como el Comandante Benavides, el Capitán Ayudante don Miguel Moscoso, i otros, subieron al plan tan pronto como saciaron la sed que los devoraba.

I ántes de seguir adelante, he aquí lo que al respecto cuenta el Ayudante Moscoso, que en ese día afirmó su reputación de bravo.

“Me junté, dice Moscoso, cuando habíase amortiguado los fuegos casi por completo, al Comandante Benavides, i caminamos juntos por la loma, a orillas de la quebrada, hasta que llegamos a donde había dos piezas de artillería, dos Krupp i dos de bronce.

Allí encontramos a los sub-tenientes Eduardo Moreno, Julio A. Medina Mesa, Julián Zilleruelo i Santiago Faz i muchos soldados, que nos dijeron estar descansando.

Faz, había ido con sus dos piezas hasta muy adelante, pero se había vuelto porque se vió solo i no quiso aventurarse.

La Providencia hizo que nos quedáramos todos allí descansando, pues, si nos vamos al agua, no habría salvado ninguno para contar el desastre”.

La Artillería, como lo espresa Moscoso, conservaba aun cuatro cañones dos Krupp, de Fuentes i dos franceses de la Artillería de Marina.

Pero lo que no conservaba esta arma era tropa, porque casi todo su efectivo estaba fuera de combate.

El Sarjento José Antonio 2º Ferreira, había quedado muerto en la acción de la mañana; herido gravemente se encontraba así mismo don Guillermo Vandorse, que cargaba también la jineta de Sarjento i con él varios individuos de tropa más.

En realidad de verdad, la División Arteaga estaba disgregada, repartida en el plan, en la quebrada i sus caseríos, Tarapacá, San Lorenzo i campeando cada cual por sus respetos.

Sólo el Cuartel Jeneral estaba seriamente ocupado en Tarapacá en guisar i comer una rica cazuela, con buenas, tortillas i sabrosas zopaipillas.

“Efectivamente dice don Vicuña Mackenna narrando estos supremos instantes, eran las 3 tres cuartos por el reloj del Cuartel Jeneral de la División, cuando el Comandante Vidaurre, servía el primer plato de hirviente cazuela al Coronel Arteaga, mientras el Ayudante don Salvador Smith, compartía una gruesa zopaipilla, frita en sartén tarapaqueña, con el Comandante Santa Cruz.

Diez minutos más tarde, aparecía el enemigo”.

### *El peruano se presenta e inicia de nuevo el combate*

I en silencio, i sigilosamente, continuó su avance la lejion peruana; i llegó al campo de batalla i distribuyó sus batallones.

Ocupó a Quillahuasa; coronó las alturas, eligiendo los puntos más estratégicos de la cerrilladas del poniente; se apareció en la cuesta de la Visagra; destacó todo un batallón sobre el cerro que mira a San Lorenzo; colocó sus mejores i aguerridas, tropas dominando el pueblo mismo de Tarapacá; i en un sólo i único momento, rompió el horroroso i nutrido fuego sobre las descuidadas tropas chilenas que desparramadas poblaban la anchurosa quebrada desde Huarasiña hasta un poco más al norte de Tarapacá, lugar en que se encontraba el Cuartel Jeneral del 2º de Línea, los restos de Zapadores, algunos Chacabucos, i en fin, lo hemos dicho lo poco que quedaba en pié de aquellos 2,285 que Escala entregase al Coronel don Luis Arteaga para expedicionar sobre Tarapacá.

Eran más o ménos las 3 3/4 P. M. cuando todo el ejército enemigo, cómodamente situado en sus estratégicas posiciones, abría sus fuegos, iniciaba su furioso i bien dirigido ataque, que en el acto fué contestado por los nuestros, que sin necesidad de cornetas, acudieron a sus puestos, resueltos a rechazar aquella nueva embestida i a pelear hasta morir, sin que nadie pensase en rendirse.

Como siempre, el Perú, sigiloso i sorpresivamente se presentaba al fuego.

I al sentir, aquella unísona descarga, que repercutió como un eco de muerte en las concavidades de aquella hondonada, los jefes chilenos que ocupaban las casas de Tarapacá, salieron a sus calles i dirijiendo sus miradas al poniente, pudieron ver coronadas todas sus

alturas, por compactas masas peruanas que de manpuerto hacían tranquilo fuego, i cazaban, por así decirlo, a nuestros aun fatigados soldados, que recibían, en ese momento, los proyectiles de más de 4,000 hombres.

Se iniciaba, pues, de nuevo la batalla: los peruanos buscaban el desquite “rehechos sobre sus mejores batallones i en la confianza de que nuestra División se hallaba mui escasa de municiones i con muchísimas bajas”, dice una relación de la batalla de publicada en 1895 en Angol, por el señor Ibarra.

Pero, “con lo que de seguro, no contaba”, el peruano, continúa el autor citado, “era con que le hubiéramos consentido plegarse en orden a sus reservas i ménos que todo, con que le permitiéramos reaparecer en el campo de batalla, sin estorbo alguno, a su entera satisfacción, estando los nuestros en el fondo de una profunda i estrecha quebrada”.

Error fatal que la historia ha recojido i presenta al desnudo a nuestros lejonarios de hoi día, a fin de que beban en el gran libro de la patria historia, no tan solo los mil i mil ejemplos de heroísmos de que siempre han dado ejemplo nuestros heroicos e invencibles tercios, sino que aprendan en sus cruentas pájinas que no es cierto lo de que “al vencido que huye puente de plata”; lo que traducido en buen romance quiere decir: que no hai que dormirse sobre los laureles i que al enemigo vencido se le debe perseguir sin tregua ni descanso, hasta anonadarlo i destruirlo por completo.

#### *El coronel don Justo Dávila rompe los fuegos en el plan*

Las tropas peruanas arribaron a Quillahuasa, sin que nadie las sintiera; en ese punto, nuestro cuartel Jeneral, no había colocado después de la victoria, ni siquiera la más lijera posta de caballería; no se comprende tanta indeferencia i descuido tan inmenso!

El coronel don Justo Pastor Dávila ocupó, pues, a Quillahuasa, dió de beber a su tropa que traía tres leguas peruanas de marcha forzada, que esa es la distancia de Pachica a el punto nombrado, i tomando en seguida la altura, por el mismo camino que la mañana había hecho el capitán Villagrán, ocupó sin que nadie lo molestara las posiciones necesarias para sorprender i castigar a la victoriosa hueste de Arteaga.

Los batallones Puno núm. 6 i Lima núm. 8; al mando del teniente coronel don Miguel Isaac Chamorro el primero, i del coronel don Remijio Morales Bermúdez, el Lima, con Dávila al frente, rodeado de sus ayudantes, llegaron a la llanura, desplegaron sus guerrillas i en batalla, en correcta formación, avanzaron en demanda de los nuestros.

#### *El coronel don Alejandro Herrera ataca por la quebrada*

I miéntras don Justo Pastor Dávila, ejecutaba a su antojo este movimiento, el coronel don Alejandro Herrera comandante de la División Primera, apresta también sus huestes en Quillahuasa.

Sus Soldados, es decir, los de los batallones Cuzco, 3° de línea i Cazadores de la Guardia núm. 7, apagaban su sed en las aguadas de aquel villorrio i en seguida, tomaban las posiciones que le designaba su comandante i su jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Adeodato Carvajal.

Herrera, era un jefe experimentado, conocía bien el terreno que pisaba i maniobró en conformidad a las circunstancias.

Sabía que el enemigo que tenía al frente, era bravo i firme para la pelea i suponía también que ocupando el pueblo de Tarapacá i fincas que lo rodean debía i pudiera parapetarse en su defensa, en cuanta sinuosidad i pirca encontrase.

Así Herrera, procedió en consecuencia i con cautela.

Tenía a sus órdenes dos cuerpos: el Cuzco N° 5 que constaba de 400 hombres. Cazadores de la Guardia N° 7, presentaba ese día otros 400 veteranos, es decir, 800 buenos soldados.

El 5° lo mandaba el coronel graduado, don Víctor Gajardo i al 7°, al Cazadores de la Guardia, el del mismo grado don Mariano S. Bustamante.

Segundos del Cuzco eran los comandantes don José M. Banantes i don Manuel Ponce de León.

Don Zacarías Manríquez, ejercía de sarjento mayor del Cazadores i entre sus oficiales figuraban el capitán don Aurelio Sánchez i los tenientes señores don Manuel A. Chamorro i Juan Gómez.

Este cuerpo contaba también con un cirujano, el doctor de 1ª clase, don Miguel Iturrizaga, para curar las heridas del cuerpo, que para las del alma i del corazón lo era el capellán, presbítero don Julio Puimarios.

En el Cuzco 5° de línea, campeaban los cirujanos, el doctor don Tomás Salazar, como de 1ª clase i don Cárlos Toniz, de segunda.

Entre sus oficiales se contaban don José Manuel Brousset i don José Guzmán i Felices.

I una vez que el coronel Herrera hubo dado de beber a sus soldados en Quillahuasa, avanzó, al sur por la quebrada.

Inició el ataque mandando por el centro a órdenes del coronel Fajardo, a tres compañías del Puno desplegadas en guerrilla para que asaltasen las rancherías en que suponía a los nuestros; i él en persona con las otras tres compañías restantes, tomó las faldas de su izquierda para proteger a Fajardo.

El coronel don Mariano E. Bustamante desplegado en guerrilla, atacaría el flanco derecho, es decir el poniente i en su marcha debería tener presente a las guerrillas del fondo; con Bustamante iba también su Jefe de Estado don A. Carvajal.

Listos ya el Puno i Cazadores, el coronel Herrera, avanzó sobre los dormidos tercios chilenos; i cuando sonaban talvez, las cuatro de aquella infernal tarde, rompió sus fuegos sorpresivamente sobre los nuestros.

En esos precisos momentos, en el plan, en la altura don Justo Pastor Dávila, iniciaba de nuevo la que en esta vez sería aun más desproporcionada que en la mañana, porque el enemigo presentaba ahora cuatro batallones de línea de refresco con una dotación fija de 1,628 veteranos, bien amunicionados, bien dirigidos i que pelearon, sin duda alguna, con decisión i entusiasmo.

I si a esto se agregan las tropas de las divisiones de Cáceres, Bedoya, Bolognesi, Artillería de Castañón, etc., tendremos que la cifra anotada se elevaría lo ménos a 4,000 hombres; guarismo enorme para batir los insignificantes restos de la División de Arteaga.

### *El Cuartel Jeneral chileno acepta la batalla*

Ya se comprenderá, por nuestros lectores, el estupor, la alarma que causaría en don Luis Arteaga i en todos sus ayudantes aquel imprevisto i brioso ataque, i cuáles serían los apuros de los primeros momentos.

Aquello no es para descrito, cada cual tomó su puesto i todos, sin escepción, dándose cuenta del inmenso peligro que se cernía partieron resueltos a vender caras, pero mui caras, sus existencias.

Ya veremos cuán bien cumplieron sus juramentos aquellos hombres de hierro, que prefirieron morir a rendirse, trepando así de un salto la gloria i la inmortalidad.

¡Benditos sean sus nombres i escúlpanse, para ejemplo de las futuras edades, en el bronce í en el mármol los de Ramírez, Vivar, Garfias, Barahona, los Garretón i demás bravos soldados que, sin pestañar, dieron su vida en el ara santa de la patria!

Se dijo en aquellos días, a raíz de aquel tremendo combate, que el don Luis Arteaga había dado al jefe de la Artillería de Marina, don José Ramón Vidaurre, en los precisos momentos en que el enemigo abría sus fuegos para que ocupase con su cuerpo a Huaraziña, i que no abandonase ese punto sin su orden, que sería enviada “por escrito”.

I Vidaurre partió a galope por la quebrada, reunió a sus hombres, ocupó en efecto a Huaraziña, i no se movió de ahí sino cuando el enemigo dejó de perseguirnos, es decir, al entrarse el sol.

Por eso, Vidaurre, se batió en la quebrada i de ahí también que Benavides, Moscoso i los restos de su rejimiento, pelearon en el alto en tarde famosa.

### *El cigarrito del Coronel don Luis Arteaga*

Sonó, pues, la primera descarga enemiga, el peruano rompió sus fuegos e inmediatamente don Luis Arteaga, Jorje Wood, Domingo de Toro Herrera, don José Francisco Vergara, Ricardo Santa Cruz se lanzaron al campo, i volaron los ayudantes del Cuartel Jeneral, comunicando órdenes, tendientes todas a organizar la resistencia en forma, nó de quedarse en la quebrada sino de salir de ella: de atacar la cuesta de la Visagra, de subir a la planicie por San Lorenzo, por Huaraziña o por donde se pudiese.

Se repartieron las pocas municiones que quedaban entre Zapadores, Chacabuco i 2º de Línea, i cada cual ocupó su puesto resuelto, no ya a vencer sino morir, a fin de salvar el nombre, la honra inmaculada de Chile, la lejana patria, que les había confiado sus puros i benditos colores.

I casi todos, murieron envueltos en los pliegues de la tricolor enseña!

Los jefes chilenos unos a pié, a caballo otros, volaron que no corrieron, a ocupar su puesto de combate i sin acordarse para nada del inmenso peligro que los amenazaba, cada cual trató de juntar sus unidades, de amunicionarlas i de llevarlas a la línea del fuego, que por desgracia, no estaba en la quebrada, sino en las abruptas e inaccesibles alturas que dominan por el poniente a Tarapacá.

I en abigarrado conjunto se lanzaron los Chacabucos, Artillería de Marina i Zapadores al asalto de aquellos agrios repechos cubiertos de enemigos, unos por San Lorenzo, por Huaraziña los más í el 2º de Línea, especialmente, por la cuesta de La Visagra.

El Cuartel Jeneral con Arteaga a su frente, dió pruebas en estos supremos instantes de un valor incomparable, i aun, recuérdase con placer, la tranquila figura de su jefe, de don Luis Arteaga, que en medio del fuego impartía sus órdenes, alentaba a sus soldados, i con una calma imperturbable sacaba su tabaquera, escojía una buena hoja de maíz, la humedecía con sus labios, i colocando en ella el aromático tabaco, torcía su cigarrillo, que quemaba i fumaba en seguida, como si no estuviera en aquel campo de desolación i de muerte, sino en medio de sus hijos, allá en su lejano i tranquilo hogar.

Don Luis Arteaga, tuvo en Tarapacá el mismo sereno valor que decía San Martín que tenía O'Higgins, "el valor del cigarrito".

*Don Maximiano Benavides, en el plan, forma la línea chilena i sale al encuentro del Coronel Dávila i demás fuerza enemigas*

Sabemos, porque ya, lo hemos narrado, que el Comandante Benavides, con algunos oficiales de Artillería del N° 2, es decir de Fuentes, con otros de Artillería de Marina, i soldados de esos cuerpos i del Chacabuco, se habían quedado en la cima, al borde de la quebrada i cerca de Huaraziña.

Pues bien, hasta esa altura, es decir, hasta casi enfrentar a Tarapacá, un poco más al sur, ha marchado la División de Vanguardia, la de Dávila i el resto del Ejército peruano con Cáceres, Buendía, Suárez, Bedoya, Sáenz Peña, i demás jefes enemigos, sin que su presencia sea notada por nuestros soldados.

Dávila, trae desplegados en guerrilla dos compañías, una del Puno i otra del Lima N° 8, que no debernos confundir con el Provisional de Lima N° 3, del mando de don Ramón A. Zavala, que al Lima N° 8 lo acaudilla Chamorro i viene de rezago con Dávila.

Las guerrillas exploran el campo i tan pronto divisan a Benavides i sus hombres, rompen el fuego i comienzan la batalla de la tarde.

El Comandante Benavides, en el acto, forma como puede su línea de batalla i recibe al enemigo.

A sus órdenes hai soldados de todos los cuerpos; al fuego van resueltos i todos se aprontan para la lucha, los heridos empuñan de nuevo el rifle; el que puede lo hace de pié; otros acostados, enclavados en la tierra hacen jugar sus armas i mueren, pero, matando.

Han llegado 4,000 tiros poco há, i esos se reparten a nuestros cuidando que todos queden amunicionados en la mejor forma; a los muertos se les registra de nuevo i así se proveen poco a poco nuestros invencibles soldados.

Benavides, montado en un insignificante caballito o más bien rocín, dá la orden de fuego i avanza sobre el enemigo.

Truenan los cañones de Fuentes que dirijen Filomeno Besoain i Santiago Faz, que en ese día ganó fama de bravo i las dos piezas de bronce de la Artillería, son jugadas por Julio Medina Mesa, que tiene gran corazón i grandes alientos.

Guillermo Zilleruelo i Moscoso, animan a su tropa i los gritos de ¡Viva Chile! atruenan el espacio i dan vida a aquellas agrestes cimas.

Poco a poco llegaron al campo, Arteaga, Wood, Vergara, De Toro Herrera, Santa Cruz i los Ayudantes del Cuartel Jeneral.

Chacabucos, Zapadores, Granaderos, soldados del 2° de Línea, en fin, de todos los cuerpos, entran al fuego; se pelea a firme; la lucha es a muerte, sin cuartel.

*Cómo narra el Capitán Moscoso esta parte de la batalla*

Pero, cabe aquí insertar, los recuerdos del Capitán don José Miguel Moscoso, nuestro viejo i bondadoso amigo de tantos años.

He aquí ese relato, que tiene todo el sabor de la verdad.

“Inmediatamente que avistarnos al enemigo que asomaba en batalla por la derecha de la pampa, el Comandante Benavides, ordena prepararse para principiar de nuevo el combate.

La Artillería se arregla; los oficiales nos ponemos a juntar la tropa i a ponerla en línea de batalla, ordenándoles tenderse al suelo i no disparar un tiro interín los enemigos no están a nuestro alcance.

Al mismo tiempo hacemos que las municiones se repartan proporcionalmente entre todos, dando los que tienen más a los que tienen ménos, i repartiendo unas pocas que había en unas cajas de artillería.

Estamos listos, i el Comandante Benavides me dice:

*Vamos a principiar de nuevo, i de esta vez no nos escapamos; pegar firme.*

Le contesté que teníamos que : *Vencer o morir i esperamos.*

Muchos enemigos vienen en dispersión i más atrás dos batallones, que luego se forman en batalla fuera de tiro.

Nuestros soldados principian a hacer fuego poco a poco, a medida que han calculado bien la distancia a que están los enemigos.

Ellos hacen lo mismo.

En este momento llega el Mayor Fuentes, se hace cargo de la Artillería, i principia el fuego de cañón.

El señor Coronel Arteaga siente los cañonazos i sube arriba con los demás jefes, dejando órden al Comandante Vidaurre de no abandonar el agua sin órden suya por escrito (Huaraziña).

¡Orden fatal! Que después de vencedores pasamos a ser vencidos.

Toda la División de Pachica viene por la loma del oeste, i si el señor Coronel, cuando siente los primeros cañonazos, ordena subir arriba a toda la jente de la quebrada, es seguro que habríamos sido en el día doblemente victoriosos.

Esto que digo fue la opinión de todos los que, desde el primer momento, sostuvimos el nuevo ataque; “opinión que nadie puede contradecir, pues mientras arriba éramos doscientos, abajo había más de mil”.

Cuando el señor Coronel Arteaga vió el número de enemigos que volvía al combate, ordenó a su ayudante Zilleruelo (don Julian) fuera a llamar al Comandante Vidaurre, pero como la órden no fué por escrito, no fué cumplida.

Mientras tanto, nosotros sosteníamos el fuego con los enemigos dispersos, sin movernos i ocultándonos como se ordenó al principio.

El Mayor Fuentes se retira con dos piezas, unos doscientos metros a retaguardia i continúa haciendo fuego; pero como los enemigos son muchos i continúan avanzando, el



señor Coronel Arteaga le manda orden al Comandante Benavides para que hagan fuego en retirada.

Desde ese momento comenzamos a batirnos en retirada, i para entusiasmar la nuestros soldados, corrimos la voz de que luego llegarían el Buin i el 4º de Línea en nuestro auxilio.

Con esto i sin ello, nos batíamos a pié firme i en retirada, i con la esperanza de los de abajo subieran a la loma i que las pocas municiones no se agotaran luego, recomendamos a la tropa apuntara bien i no desperdiciara un solo tiro”.

Los que lean este sencillo relato, deben tener presente que esto se escribió a raíz de los sucesos, es decir, hacen ya más de 32 años, i que quien lo redactó vive aun, anciano, honrado i bueno como siempre.

Inútil es agregar, que la verdad, más pura brilla en toda esa narración.

### *Los peruanos continúan su avance en el plan*

Las tropas enemigas, intertanto, seguían su marcha de avance, a pesar del nutrido fuego de nuestra infantería i de cañón que hacían nuestras cuatro piezas dirigidas por Fuentes i servidas por los pocos artilleros que quedaban en pié.

Don justo Pastor Dávila, viendo la resistencia de nuestra jente, replegó sobre sus flancos las guerrillas de su frente, i ordenó a sus dos batallones que hiciesen fuego en avance i por batallón.

La orden se cumplió religiosamente i muchos oficiales que viven al presente, recuerdan perfectamente el ordenado fuego del Puno N° 6 i del Lima N° 8. Arturo Salcedo, Alberto Herrera Moscoso, i Pedro Fierro Latorre, entre otros, cuentan que los batallones nombrados hacían alto i a la voz de apunten, ¡fuego! disparaban sus armas como en un ejercicio.

Cargaban nuevamente, avanzaban doce pasos, í otra descarga unísona, compacta, hendía los aires i llevaba la muerte i esterminio a nuestras filas.

I miéntras este fuego en avance lo efectuaban los dos cuerpos nombrados, el resto del ejército enemigo avanzaba ahora desplegado en guerrilla por ámbas alas, por derecha e izquierda.

Era imposible poder resistir ese ataque poderoso, con escasísimos trescientos hombres. Aquello no podía ser i hubo que emprender la retirada.

La artillería no tenía ahora oficiales: Filonieno Besoain acababa de ser herido, no quedaban en pié sino Fuentes i Santiago Faz; sus bajas pasaban, entre muertos i heridos de veinte hombres i las piezas, después de haberlas defendido a morir, hubieron que ser abandonadas por falta de mulas i de brazos.

Aseveran los partes peruanos que nuestros cañones i sus miniciones, fueron aprovechados por ellos; i que el Mayor de artillería, Carrera, hizo fuego con nuestras piezas desde las cinco de la tarde adelante.

El hecho fué efectivo, el Mayor retirado don Fenelón González, recuerda eso perfectamente bien.

Alguien dirá que ello no pudo ser cierto, porque los obsturadores de los Krupp fueron extraídos, pero esa arma no fué la que usó el enemigo, sino los cañones de bronce franceses de la Artillería de Marina, los del Capitán García.

En verdad, el enemigo triunfaba en el llano, pero a costa de enormes i dolorosas pérdidas.

La Artillería, enemiga dejaba en el campo, entre muertos i heridos, 56 hombres; hai que advertir que su efectivo alcanzaba a 132 soldados de Coronel a corneta.

La Artillería peruana perdió tres Sarjentes Mayores, los señores José R. de La Puente, Francisco Pastrana i Guillermo Guerrero; un Capitán, don Eloi Caballero; dos Tenientes, los señores José G. Cáceres i Nicanor A. Málaga; i a los Alféreces don Federico Peset, don Lino A. Zenteno i don Enrique Varela.

Bajas enormes para tan insignificante efectivo.

### *Cómo se batía el Chacabuco*

I miéntras la Artillería de Marina despeja el campo i defiende al mismo tiempo las aguadas de Huaraziña, acción en que tiene numerosas bajas; el Chacabuco, con De Toro Herrera a su cabeza, toma también el campo, i con todos los bríos de su alma cargan furiosos los chacabucanos al enemigo, al que ya no cuentan porque saben que en aquella jornada no se trata de vencer, sino de salvar la honra de la patria i de sus inmaculadas banderas.

I el Chacabuco rompe sus fuegos con tranquila calma; mandadas sus raleadas filas por los capitanes don Vicente Dávila Baeza, que no pierde su serenidad en medio del peligro; por don Félix Briones, bravo oficial, que montado no ya en su famoso i escuálido Mosquito, alentaba a los suyos sin desmayar un instante.

Se peleaba sin tregua ni descanso, teniendo al frente un poderoso enemigo; i aunque era imposible pensar en obtener una victoria, el bravo Chacabuco seguía impertérito en su faena; englobado en la Artillería de Marina, sus oficiales, uno a uno, iban pagando su tributo a la muerte.

Prodijios de valor hacía el brillante Chacabuco, pero por más que se esforzasen en sostener sus líneas, oficiales tan arrojados como Errázuriz, Echeverría, Salcedo, Pedro Fierro Latorre i Luco, que jamás pensaron en rendirse, hubieron de ceder el campo i de retirarse, paso a paso, en dirección a la altiplanicie de Minta, a fin de poder regresar a Dibujo.

Advertiremos que esta parte de la batalla que aquí aparece, hasta cierto punto, llevada en orden perfecto, no lo fué, sin embargo, porque por la dispersión en que se encontraban los nuestros en la quebrada cuando inició el último ataque, las unidades chilenas no pudieron reunir alrededor de sus banderas a todos los individuos de sus cuerpos, i de ahí que veamos en la Artillería de Marina a piquetes del 2º de Línea, peleando i compartiendo con aquella brigada, las glorias inmarcesibles de esa jornada.

Las alturas de Tarapacá eran, a las 4 i media de aquella candente tarde, un verdadero campo de Agramante, en que se peleaba sin descanso; esforzándose los peruanos por anonadar a la pequeña i fatigada división chilena, exhausta ya de jefes, soldados i municiones, i por la nuestra, en defender palmo a palmo el terreno, no ya por vencer, sino única i exclusivamente por darse el lujo de morir matando, i de cumplir con el tradicional lema de ¡Vencer o morir antes que rendirse!

I todos peleaban. I lo mismo se batía don José Francisco Vergara que Arteaga, que Wood, que Benavides í Laiseca. I ya los ayudantes no comunicaban órdenes, porque en el

pecho, en los cerebros de aquellos buenos i honrados chilenos no cabía más orden, ni más empeño que el batirse hasta morir!

Así, todos rivalizaban en valor i heroísmo.

Julio A. Medina, el popular i simpático negro Medina, tiene que abandonar sus piezas de avance, de orden superior, porque no había municiones ni sirvientes con que disparar, i las oculta lo mejor que puede, a fin de que no caigan inmediatamente en poder del enemigo, i se pliega casi solo a su brigada.

Por desgracia, los artilleros del coronel Castañón, las encontraron i con ellas mismas nos ametrallaron.

La retirada se inició al fin poco después de las 5, pero en orden, sin desmayar i retirando los heridos.

Veamos ahora lo que acontecía en el fondo de la humbrosa i fresca quebrada, convertida en el horno candente, en que se queman las huestes de Chile, sublimando con el fuego el sacrificio de sus vidas.

Asistamos al homérico combate de Ramírez í de los restos del 2° de Línea; veamos como mueren esos valientes hijos de Chile que jamás pensaron en rendirse.

### *El comandante don Eleuterio Ramírez, trata de salir al alto por la Cuesta de La Visagra*

I miéntras en la alturas i en Huaraziña i su laderas se pelea sin descanso, allá, en el fondo de la fresca quebrada, se entabla la más colosal i titánica lucha, entre los restos del 2° de Línea i los mejores batallones peruanos, que bien sabía el enemigo, por las referencias de la historia i por el modo como condujeran a sus veteranos Ramírez i Vivar, en aquella primera etapa de gloria i de sacrificio, que para vencer al 2° de Línea, se necesitaba de aliento poderoso, i que él fuera doble o triple, que el que presentaba nuestro ínclito rejimiento.

I Buendía i Suárez lanzaron sobre Ramírez i los suyos, como ya lo hemos narrado, a la división Bolognesi, i a la 1ª División de Reserva, que aun no se había batido; i que la formaban los veteranos batallones de línea 5° i 7°, mandados por jefes tan buenos como los Coroneles Fajardo i Bustamante, i con un efectivo mayor de 1,700 hombres, cifra que nadie podrá negar, si se toma en cuenta que el 5° i 7° de línea estaban completos, i que los restos de la División Bolognesi la componían tres cuerpos de línea más, que en realidad, habían sufrido en la mañana, crueles bajas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que, si nosotros anotamos ahora, 30 años después, el número de los peruanos con quien se batió aquella lejendaria tarde nuestro 2° de Línea, ellos, Ramírez i sus compañeros, no los contaron; que lo único que hicieron fué, con calma i sangre fría sin igual, tomar las disposiciones amoldadas a las circunstancias i, haciendo lujo de desprecio por la vida, cumplir sencillamente con su deber i abrir a sus grandes espíritus las puertas de la inmortalidad!

El Comandante Ramírez, tan pronto sintió los primeros disparos del enemigo, i el fuego vivísimo i sostenido que hacia desde los empinados cerros del poniente i especialmente de la cuesta de La Visagra, i que al favor de aquel, descendían por las laderas de la montaña i por el fondo norte de la quebrada, gruesas partidas de tropa con el fin de envolverlo i encerrarlo en aquella ratonera, cuando comprendiendo que su única salvación

estaba en atacar la cuesta nombrada, camino labrado en el flanco de aquella empinada sierra i que después de hacer cinco largos i ásperos zig-zag, termina en la altiplanicie, cuando decíamos, tomó sus disposiciones tendientes a asaltar a aquel labrado camino, i a defender, al mismo tiempo la hondonada, para cubrir su retaguardia.

Al efecto, Ramírez, con la calma i serenidad que le caracterizaba, montó a caballo, i en ocasiones personalmente i otras por medio de sus ayudantes, distribuyó los escasos cuatrocientos veteranos que le quedaban; i para preparar su movimiento, envió hacia el fondo de la quebrada cuarenta hombres cuyo objetivo no sería sino contener primeramente el avance del enemigo, que cubierto en los maizales amenazaba ya a nuestro 2º, con orden de no retirarse de sus puesto, interino cubriese Ramírez, con el resto de su tropa, la cumbre de la cuesta de La Visagra, que era su objetivo principal.

Ordenó a sus capitanes, don Bernardo Necochea i don Abel Garretón, que ocupasen dos casitas que se veían un tanto a la izquierda de la quebrada i que, situadas un poco hacia el Norte de la labrada cuesta, servirían de improvisados reductos a los nuestros.

I al enviar a sus destinos a esos lejionarios, Ramírez, los despedía tras breve arenga, que era contestada con hurras a la patria i a la bandera, i con sonoros ¡Viva Chile!

### *Ramírez emprende el asalto de la cuesta de La Visagra. Muere el capitán Garfias Fierro*

El enemigo, entre tanto, había descendido al valle, como dijimos, con dos batallones de refresco, i avanzado el grueso de sus fuerzas sobre la cuesta de La Visagra, en que se veían flamear los pendones del N° 7 de Línea i del Guardias de Arequipa, junto con los guiones de la División del coronel don Alejandro Herrera, que hacía ya sostenido i graneado fuego sobre Ramírez i los suyos, que se aprontaban al asalto de aquellas formidables posiciones.

La cuesta de La Visagra, era en verdad, la única salida que por el flanco izquierdo tenía Ramírez; i si buscó esa puerta, fué porque creía que en el alto estaba Arteaga i los suyos.

I antes de empezar el ataque, el intrépido Ramírez, arengó de nuevo a sus soldados i colocándose junto con Bartolomé Vivar, a la cabeza de aquellos hombres, veteranos todos, sin miedo i sin tacha, se lanzó impávido i sereno al asalto del primer Caracol de la Cuesta.

Un grito único ¡Viva Chile! seguido de otra única descarga i la voz de ¡calen bayoneta i a la carga, muchachos! lanzado por la potente voz de Ramírez i repetida por Garfias, Lira Errázuriz, Silva, Barahona, Francisco Olivos B., Arrate Larraín i demás bravos oficiales de aquel querido batallón, fué el grito de muerte, con que a la muerte misma i al odiado i aleve peruano retaron aquellos hombres de hierro, en cuyos pechos no cabía más propósito que el de matar i el de morir matando.

I la primera trinchera, la primera pirca de piedra, fué tomada como por encanto i el enemigo huyó sobre el segundo zig-zag.

I en los precisos momentos en que Ramírez, desde la base del cerro, señalaba impávido, con la mano izquierda a sus soldados, el punto que iban a atacar, recibió su primera i gloriosa herida, que le destrozó la mano casi en la misma muñeca; el cirujano Kidd, que jamás desamparó a su querido Rejimiento, vendóle lijeramente; i aquel alentado jefe siguió tranquilo mandando a los suyos.

I junto con su Comandante pagaban su tributo a la vida el distinguido i bravo Capitán don Diego Garfias Fierro, de familia de soldados i que murió como tal.

Don Diego derramó su primera sangre, asaltando la primera trinchera, una bala le tronchó el brazo izquierdo; recibe su primera curación i continúa impertérrito al frente de su compañía; i al asaltar la segunda posición enemiga, rueda exánime por aquella infernal ladera atravesado el pecho de mortal herida; i el invencible Garfias se hace vendar lijeramente i revolver en mano, jadeante de furor i de coraje cae al fin para no levantarse más; pero a la cabeza de los suyos, en la cima del tercer reducto; que sólo así a fuerza de plomo, podían morir aquellos héroes!

*Muere el abanderado del 2° de Línea, don Telésforo Barahona; el enemigo se apodera del estandarte del 2°*

I el fuego seguía incesante por parte del enemigo, retumbando en los flancos de la quebrada cual satánico e inmenso redoble; i en medio del 2° destacábase impávido i sereno el abanderado don Telésforo Barahona, gallardo mozo de corazón de león, i de alientos de gigante, que manteniendo en alto la sagrada enseña, confiada a su esfuerzo soberano, hacíale flamear a pesar de sus heridas; que ya en el primer reducto, traidora bala le rompía un hombro.

Más, para Barahona, aquello era un rasguño; i sin pensar jamás en soltar su bandera, continuó avanzando por la abrupta pendiente, viendo caer uno a uno a los premiados i veteranos sarjentos de su escolta, i cuando ya emprendía el asalto de la tercera trinchera, recibió en pleno pecho otro proyectil que lo hizo rodar por la pendiente, junto con otro que tronchó el asta sagrada, de aquella, también sagrada enseña.

“Fué tan recio el choque de aquella bala” dice un cronista de la época que lo tiró de espaldas cerro abajo i lo hizo rodar sin sentido por la áspera pendiente hasta el fondo de la quebrada, pero sin aflojar el estandarte, al que se aferró con la desesperación de un ahogado”

I, sin embargo, aquel fornido mancebo, no murió; ni soltó jamás su estandarte porqué, el mismo soldado peruano Mariano Santos, del Batallón Guardias de Arequipa, que tomó aquella gloriosa insignia, confesó a los jefes peruanos que le fue necesario abrir con su yatagán la mano con que empuñaba la querida bandera confiada a su valor i a su custodia!

I Telésforo Barahona no estaba muerto, que solo era presa de fatal i prolongada congoja, a consecuencia de la pérdida de sangre; i es fama que volviendo en sí i encontrándose solo i sin su insignia, se vendó el pecho con su tahalí, i arrastrándose, i como pudo, trató de ampararse en las casitas que defendían Necochea i Garretón en donde alcanzóle traidora bala, aquel heroico abanderado, que murió al fin, después de haber sido tres veces herido!

Sirva de ejemplo, su sacrificio, a nuestros jóvenes porta estandartes i sepan que los viejos abanderados de Chile, han preferido, perder mil vidas ántes que rendir su sacrosanto lábaro al enemigo.

*Muere la escolta del estandarte, menos el sarjento don Justo Urrutia.-El cabo Moisés Sepúlveda*

I si nadie empuñó la enseña del 2° de Línea, después de herido Barahona, fué sencillamente, porque toda su escolta pereció alrededor de ella; ahí quedaron en sacro montón, muertos, pero no vencidos los sarjentos Timoteo Muñoz, Francisco Aravena i José M. Castañeda; los cabos primeros Ruperto Echáurren, Benardino Gutiérrez i José D. Pérez, i el soldado Juan Carvajal; viejos legionarios, todos premiados, que con su sangre bendita inmortalizaron sus nombres inscribiéndolos en las pájinas de oro de la patria historia.

La captura de la querida bandera del 2° de Línea, dio lugar; como se comprende, a varios episodios; porque durante el lapso de tiempo que Barahona permaneció sin conocimiento, botado en el campo, al pié de la Cuesta de La Visagra, la mantuvieron en alto diferentes sarjentos i cabos del glorioso 2°, hasta que uno a uno, fueron pagando su tributo a la vida, inscribiendo sus nombres benditos en la historia de la República, para ejemplo de futuras edades.

Uno solo de esos premiados i veteranos lejionarios escapó herido, de aquel turbión de balas, el sarjento 2° don Justo Urrutia, que tendido quedó en el campo con horrorosa herida.

Entre los bravos, que sostuvieron en aquel día i en aquella tarde terrible, el lábaro sagrado del 2° de Línea; hubo uno, que sin ser de la escolta oficial, también lo cargó durante algunos minutos; i sólo cuando sus heridas lo obligaron a dejarlo, cesó en su empeño de mantenerlo en alto, el cabo don Moises Sepúlveda, hombre de guerra que merece bien se le recuerde aquí.

Moises Sepúlveda, era de Coelemu, había nacido en Ranquil, heredad de don José del Carmen Plaza de los Reyes, padre del comandante retirado don Miguel Anjel Reyes, i en las tierras de ese fundo i al lado de sus severos i honrados padres, se crió i creció Sepúlveda, que llegó a los veinte años i sentó plaza de soldado en el 2° de Línea, porque un buen día lo amonestó su patrón a consecuencia de una muchachada.

Se fué a Angol i se enroló, decíamos en el 2°; pero un mal día desertó i volvió a Ranquil, i cari-acontecido contó a los suyos, a su madre, Josefa Arroyo, lo que había hecho.

Josefa oyó el relato de su hijo; i en el acto, acompañado de Moises, montó a caballo i se dirijió a Collipulli, a entregar a su hijo a los jefes del 2° de Línea!

Que Josefa Arroyo de Sepúlveda era chilena ántes que todo i no quería, no podía aceptar, que su nombre fuera mancillado por su hijo, i que éste tuviera la fea i sucia nota de desertor.

Así procedían las madres en aquellos tiempos en que el patriotismo i el amor al terruño, a Chile, era cosa corriente; en que el deber se cumplía sencillamente por llenarlo i nada más.

Ahora bien, Moises Sepúlveda, aprovechó la lección; no volvió a abandonar sus banderas i luego, por su ejemplar conducta, fué ascendido a cabo 2°.

En Tarapacá era cabo 1°, i he aquí cómo narraba el mismo Sepúlveda aquel episodio de su vida de soldado, cuando en Concepción, donde era brigada del Cuartel Cívico, le preguntaban cómo había perdido el brazo izquierdo, desarticulado en el hombro.

“En el fragor del combate, contaba el cabo 1° Sepúlveda nos revolvimos todos; por otra parte, como estábamos dispersos en la quebrada, buscando la vida, cuando se nos vino encima el enemigo, cada cual agarró su Comblain, i pronunciaba esta palabra tal cual se escribe, i formó donde mejor estaba la cosa.

Mi Comandante Ramírez, mandó de frente por la quebrada un piquete grueso para contener a los cholos que venían de arriba cargando i haciendo fuego mui nutrido i él, con todos los hombres que quedábamos, dió frente a retaguardia, i al llegar a una cuesta labrada que había a nuestra izquierda hizo alto i las echamos cerro arriba.

Cuando principiamos a subir los Caracoles, los peruanos no estaban nada ahí; pero de repente aparecieron arriba unos pocos que nos hicieron fuego; i luego como dos batallones se nos vinieron encima, con un fuego de todos los diablos.

Mi Comandante hizo alto un momento, í nos juntamos i mandó calar bayoneta.

Cargamos con toda fiereza, pero no pudimos pasar; volvimos a cargar i nos volvieron a rechazar; ahí murió mi Ayudante Garfias Fierro, caballero mui bueno con la tropa i mui alentado, i los niños caían como moscas; i en el medio estaba el estandarte, que lo tenía mi Subteniente Barahona, mui buen mozo; parece que lo veo, tenía una patilla negra cerrada, i a gritos nos animaba i batía la bandera.

De repente cayó, le pegaron un balazo que lo hizo dar un salto, que lo tiró dando vueltas por el suelo cuesta abajo.

Otro sarjento agarró la bandera i también murió; mi sarjento Castañeda saltó sobre ella, la tomó i al suelo; i después mataron a don Pancho Aravena que era mui premiado; i también murieron el cabo Pérez i toditos los que ahí estaban, pasaban a pérdida.

En esto me tocó a mí, porque mi sarjento Ruperto Echáurren también se fatalizó; allí no tenía *lianzas* nadie, porque los cholos con mui buenas punterías no perdían tiros i estaban también mui cerquita.

Agarré la bandera i la levanté en alto i lijerito me voltearon el brazo izquierdo, i dando vueltas caí al suelo.

La bala me pegó aquí, i señalaba en el derecho, que era el único que le quedaba, el antebrazo donde recibiera la herida; me levanté i con la mano derecha empuñé la bandera i lijerito me dieron otro tiro más arriba, en el mismo brazo cerca del hombro, que me hizo soltar el estandarte i rodar cuesta abajo; se me nubló la vista i no supe más.

En la noche, con la fresca, volví; quise levantarme i no pude, tenía dos compañeros más encima de mí; al fin me levanté, miré, había una i bien llena; un silencio mui grande se sentía, las heridas me dolían mucho, pero no estaba nada quebrado sino zafado de arriba del hombro; me fuí al agua i me encaleté; me dió una fatiga i cuando volví estaba claro i saliendo el sol.

Más tarde, al día siguiente, llegaron los nuestros i me recojieron; me llevaron a Iquique i ahí me agangrené i me cortaron, dos veces el brazo, i entónces fué cuando me topé con mi patrón de Ranquil, don Miguelito Reyes, que andaba también de Alférez de Carabineros, que me socorrió i cuidó muchísimo”.

El cabo Sepúlveda, que murió hace años en Concepción, era alto, mui bien compartido i de fisonomía abierta, varonil; en su rostro las viruelas habían dejado, como las balas peruanas, huellas profundas que daban a su cara un aspecto raro, fiero.

*El combate continúa en la Cuesta de La Visagra i en las casitas del bajo*

Ramírez intertanto se enronquece gritando i animando a sus soldados; las voces de ¡Viva Chile! ¡Adelante muchachos! ¡No ha que rendirse! ¡Viva el 2º! ¡Viva mi Comandante!

se repite sin cesar en medio de aquella titánica lucha; i al fin Ramírez corona con sus segundos la cuarta trinchera i, cuando se prepara al asalto de la última, enemiga bala le trocha el brazo izquierdo, i de su herida brotan raudales de sangre que el tranquilo cirujano Kidd venda i restaña.

Vivar, que aún no ha sido herido i Gajardo i otros oficiales, le suplican se retire del fuego, i Ramírez contesta mandando tocar fuego i cala cuerda; i sin lanzar una queja sigue i sigue, mandando a su querido rejimiento.

El corneta de órdenes con sus límpidas notas dá la orden de fuego!

Vano empeño, las municiones se han agotado, las cartucheras de los heridos i de los muertos no tienen una sola cápsula; no hai con que responder ni hacer frente; la retirada se inicia en el acto i el Segundo sienta el pié en la quebrada: registra los muertos, se amuniciona apenas; i continúa la lucha sin tregua ni descanso.

Lo mismo en la hondonada, que en las casitas de Necochea i Garretón, o en los matorrales, que en San Lorenzo, i en todas partes, se bate i se muere a los gritos de ¡Viva Chile!

Vencedores los peruanos en La Cuesta de la Visagra, se corren sobre su izquierda i el grueso de sus tropas lo lanzan a la quebrada, pero, manteniendo siempre numerosos tiradores en ámbos flancos de la montaña.

I aquí, en el frondoso valle se traba de nuevo i con furor inusitado la lucha que recrudese tomando acentos homéricos; nadie piensa en rendirse, nadie dá ni pide cuartel; el único empeño es morir, pero, morir matando!

Ramírez, ha perdido la mitad de su efectivo, sus mejores capitanes figuran ya en la historia; él mismo es mortalmente herido, su querido estandarte ha sido hecho prisionero, no le resta ya sino morir, i morir con gloria; i sin esfuerzo ninguno, aquel soldado, en cuyo férreo pecho jamás se anidó el miedo, distribuyó de nuevo en aquella angosta llanura, a los mutilados restos que aún quedaban en pié del heróico 2º; i sin calcular la inmensa superioridad del enemigo que tenía a su frente, formó en batalla a su ínclitos guerreros i al grito de ¡calen bayoneta! se lanzó ciego sobre las masas peruanas que le hacían fuego a cincuenta metros de distancia.

I aquella carga soberana fué llevada con tanto empuje que rompió los filas peruanas i sembró la muerte i la desolación en ellas.

Los segundos, semejaban fieras, leones, que acorralados por numerosa i enemiga jauría, dirigida por diestros monteros venden caras sus vidas i con el último sarpazo de su afilada garra hiere, destroza i mata a cuanta alimaña encuentra a su paso!

I son ya más de las 5 de la tarde i aún viven soldados del 2º de Línea i aún se combate i muere. El capitán Silva se defiende rifle en mano i muere lanzando un sonoro ¡Viva Chile!; i le

Siguen Garretón que se encierran con su tropa en una de las casitas de la quebrada, en donde se sepulta con todos sus hombres.

E capitán Necochea cae, i su cuerpo más tarde ostenta dieciocho gloriosas heridas de bala, sable i bayoneta!

Víctor Lira Errázuriz, hecho un arnero, destrozada una mano i un brazo de un balazo i exánime ya, es insultado i herido en el suelo por un teniente peruano, que tan cobarde



atentado comete porque Víctor Lira E., no grita Viva el Perú, no pide perdón i no besa el pomo de la espada de su vil i cobarde enemigo a quien Lira E., insulta i escupe, ya que otra cosa, no puede hacer; i aquel bárbaro i cobarde asesino se ceba en nuestro subteniente i le da de golpes en la boca, en la cara i en el cuerpo, hasta dejarlo sin sentido, casi agónico!

*El comandante don Eleuterio Ramírez, gravemente herido, se encierra en una casa i muere matando*

El 2º después de su última carga ya no existe; sus restos se baten en retirada sobre San Lorenzo.

Ramírez ha recibido dos heridas más; una en el pecho i otra en el muslo derecho, i con las dos del brazo izquierdo son ya cuatro heridas las que tiene; i aún vive, aún alienta aquel hombre que no conoció jamás el miedo!

Vivar, ha pagado también su tributo i su cuerpo semeja una criba, tantas son sus heridas; el enemigo se ha ensañado en él, a pesar da los numerosos bayonetazos no rinde la vida i sobrevive varios días más.

El doctor Kidd, miéntras tanto, se ha retirado a San Lorenzo, en una de cuyas mejores casas ha establecido su hospital militar; ahí los soldados del 2º, que han visto caer a Ramírez, lo conducen, no sin luchar en su retirada con el enemigo, que trata de quitarles a su jefe pero ellos llegan a la ambulancia i entregan al cirujano Kidd a Ramírez, i a otros sarjentos i soldados más.

Aquella improvisada ambulancia encierra 68 heridos.

Cuando más tarde se buscaron los sagrados restos del gran Ramírez, para darle piadosa sepultura, se pudieron contar uno a uno sesenta i ocho cráneos, carbonizados los más, adentro de aquel humilde sitio, que enalteció el sacrificio cruento del fuego, que consumió sus cuerpos más nó a sus espíritus; que hoi desde el espacio infinito velan por la grandeza i poderío de Chile, su patria querida; por quien, sin esfuerzo, por deber, rindieron la vida, acaudillados por el invicto Comandante del 2º de Línea, por Ramírez!

Kidd cura a Ramírez i atiende como puede a aquellos heroicos soldados de Chile, que jamás pensaron en rendirse.

Intertanto, aun resisten José Antonio Garretón i Necochea en sus históricas casitas; i desesperado el peruano de no poderlos rendir i acobardados por las inmensas bajas sufridas en su asalto determinan prender fuego a aquellos improvisados reductos lo que en el acto hacen, matando así pero no rindiendo a sus defensores, de los cuales solo escapa el Capitán Necochea i dos hombres más.

A todo esto son ya más de las cinco i media de la tarde; hace más de ocho horas que se combate sin cesar; el enemigo triunfa en la planicie i en la quebrada; pero aun viven algunos chilenos en San Lorenzo, i entre ellos, aunque herido, está Ramírez, el invencible Comandante del 2º de Línea. Don Eleuterio, recostado en su improvisado lecho de sangre, siente el fuego que se apaga, i no oye sino los gritos de triunfo que la rabiosa hueste peruana lanza cuando que en San Lorenzo quedan aun heridos i cantineras que asesinar i que quemar; i su alegría llega al paroxismo del delirio, cuando vé que en la ambulancia se encuentra también Ramírez, su odiado i tenaz enemigo.

¡I parece mentira, en lugar de curar a aquellos heróicos soldados i de salvarles la vida, rodean la ambulancia, asaltan i matan i asesinan a todos sus heridos, que resisten i mueren i no se rinden!

El primero en morir es Ramírez que, armado de su revólver que se sabe manejaba admirablemente bien, envía al infierno a cuanto enemigo se le pone por delante; i es fama, i esto lo cuenta la tradición, que cargó dos veces su arma í que de catorce disparos que hizo, doce dieron en el blanco, matando o dejando fuera de combate a otros tantos enemigos.

I aquella titánica lucha hubo de terminar solo porque, a aquel valiente e invencible soldado, debilitado por tantas heridas, tomóle la fatiga, momento que aprovechó un Teniente peruano para arrebatarse a Ramírez su arma i darle, con ella misma, muerte, disparándole a mansalva i a quema ropa un tiro en la frente!

¡Qué solo así, estando cubierto de heridas i accidentado, pudo el enemigo matar a aquel hombre que jamás pensó en rendirse; que hizo de su carrera un culto i que rindió su vida en aras de la patria, sellando con su sangre, i la de casi todo su Rejimiento, el inmortal lema de “Vencer o morir”, de nuestros hombres de guerra!

I su espíritu inmortal, libre ya de la humana envoltura, se lanzó al espacio, trepó las cumbres del empíreo i tomó para siempre posesión del lugar que su martirio, su valor imponderable i su purísimo amor a Chile, su patria querida, le tenía preparado!

Feliz él que, sin esfuerzo, cumplió con su deber i dió su existencia sin pensar en rendirse.

Benditos sus manes, su memoria i su espíritu, porque consagró toda su vida a Chile!

La historia se honra con grabar en letras de oro su nombre, i con narrar sus hazañas inmortales!

El Ejército i la Armada, uniendo su nombre a los de Prat, Carrera Pinto, Serrano, Cruz, Riquelme, Pérez Canto, Aldea i Julio Montt, rinde sincero i justísimo homenaje de respeto a Ramírez, que fué el primero que imitó al héroe de Iquique, al inmortal Prat!

Las presentes i futuras jeneraciones tendrán siempre en Ramírez un vivo ejemplo que imitar; i deben saber que ántes que abatir sus pendones al enemigo hai que dar mil vidas, porque el lema es: “¡Vencer o morir;”

### *Información boliviana respecto a la muerte de Ramírez*

Para escribir con verdad la emocionante escena del sacrificio i muerte de Ramírez, hemos tenido a la vista una multitud de documentos, de publicaciones i de relaciones de sobrevivientes de la histórica i gran jornada de Tarapacá.

Hemos estudiado no solo la parte chilena sino también la peruana i boliviana, i de ahí sacado la narración anterior.

Hace, un año, más o ménos, charlando sobre cosas de otro tiempo, sobre arte, pintura; haciendo recuerdos de las campañas de San Martín sobre el paso de Los Andes, con el artista i pintor, don Félix Jordan, nacido en Bolivia, i que como bueno i patriota cargó de 1879 a 1880 los galones de oficial en el ejército de su nación, batiéndose en Tacna como oficial ordenanza de su cuerpo, la Guardia de Cochabamba, recordamos la batalla de Tarapacá a propósito de La Columna Loa.

I así charlando llegamos a Ramírez i a su muerte.

“Dígame, don Nicanor, ¿sabe Ud. cómo murió el Comandante del 2° de Línea? me preguntó don Félix.

Sí, conozco un poco ese episodio, le contesté, i si gusta puedo narrárselo; i a renglón seguido le di mi lata, que debo confesar oyó Jordan, a fuero de viejo soldado, sin pestañar.

Pues bien, me dijo don Félix, ha de saber Ud. que en Cochabamba se encuentra una preciada prenda de don Eleuterio Ramírez; sus anteojos de campaña, los posee el Intendente de Policía de esa ciudad, el señor Comandante don Trinidad Guzmán...

¿Cómo los hubo? le preguntó en el acto.

Allí voi, continuó Jordan:

Don Trinidad Guzmán, que de paso diré a Ud. es persona mui buena, hizo la Campaña del Pacífico i se batió en Tarapacá; pertenecía en ese tiempo a La Columna Loa, de quien Ud. me hablaba hace poco, como segundo jefe.

Su cuerpo, El Loa, fué uno de los que atacó al 2° de Línea en la batalla de la tarde, i por una feliz circunstancia pudo encontrarse en el asalto que se dió a la casita en que, herido, se asiló Ramírez, i ver que éste hacia o hizo fuego hasta que se le concluyeron las cápsulas de su revólver.

Pues bien, hubo un momento en que los nuestros, es decir, tropas aliadas, penetraron al recinto en el que habían más de cincuenta heridos, que nada podían hacer ya, por su gravedad i por estar desarmados casi todos.

Entre ellos, yacía Ramírez, que casi agónico, se encontraba en ese momento presa de fuerte desmayo i desarmado, en esos instantes el fuego había cesado, en verdad no había con quién batirse.

Don Trinidad Guzmán, penetró también, digamos, a la ambulancia, i pudo ver al Comandante Ramírez que sin habla i tomado por la fatiga i con su revólver aun en la mano, parecía en verdad un muerto.

Poco después, el señor Comandante, volvió en sí, i nuestro compatriota Guzmán habló breves instantes con él, lo confortó i atendió. Sus heridas eran gravísimas i la vida tendría que escapársele en poco más.

A su lado se encontraban sus anteojos de campaña, los tomó i dió a don Trinidad Guzmán.

En esas circunstancias, llega un oficial peruano, al frente de un pelotón de soldados, penetra a la habitación, vé al Comandante del 2° de Línea en tierra, agonizando, i como un rayo se acerca a él i con su revólver, a quema ropa, le dispara un tiro en la frente i lo mata. (El Teniente Rodríguez, del Zepita.)

Mi compatriota, don Trinidad Guzmán, increpó duramente a aquel desgraciado, su mala acción i tomando a Ramírez en sus brazos, recibió su último suspiro.

En Cochabamba, donde como he dicho a usted, don Trinidad Guzmán era Intendente de Policía, gozaba este viejo veterano de reputación intachable por su hombría de bien i de soldado, a él oí varias veces contarle que narro a usted”.

¿Vivirá aun en Bolivia, el señor Comandante don Trinidad Guzmán?

I si aun existe ¿conservará aun en su poder los anteojos de campaña del héroe de Tarapacá?

Ojalá que algún compatriota nuestro, de los muchos que hoy viven en Cochabamba, al leer estas líneas busque al señor Guzmán, si vive, o a sus herederos, si por desgracia ha fallecido; i recupere ese objeto que debe figurar en el Museo Militar nuestro.

### *El Capitán don Bernardo Necochea*

Se recordará, que de orden del Comandante Ramírez, los capitanes Necochea i Garretón, ocuparon las casitas del valle, las que estaban un poco al norte de la Cuesta de La Visagra.

Pues bien, ahí nuestros capitanes, tan pronto tomaron posesión de su puesto como iniciaron la acción.

Su tropa por su número, era insignificante, pero no por sus alientos, porque todos estaban resueltos a dar la vida, a venderla cara.

A la tropa de la 1ª del 2º compañía que semejaba apenas una escasa mitad, la mandaba el Capitán don Bernardo Necochea, que en esta jornada recibió tantas heridas, que, en verdad, los que vimos su cuerpo hecho un arnero, no podemos comprender cómo ese fundador del 2º de Línea pudo sobrevivir.

Don Bernardo, era melipillano como Santa Cruz; que sin duda, Melipilla, que en araucano quiere decir cuatro diablos, de melí cuatro i de pillan diablo, dió a la campaña más del número de diablos o de héroes, de su nombre, que juntos esos señores, suelen andar en las grandes juntas de la tierra, cuando hai que pelear i morir.

I para que no se nos diga que exajeramos sobre Melipilla, recordaremos solo a Ignacio Serrano i a su hermano Ricardo, que cayeron en Iquique i en Chorrillos; a Ricardo Santa Cruz, que murió en Tacna; a Pracmasio Vial i al huaso Vargas, de Cazadores a Caballo el de Calama, que nacieron todos en la coronada villa de los cuatro demonios.

En 1879, el Capitán Necochea, tenía 44 años, había nacido en 1835; se ha dicho siempre que por sus venas corría la misma sangre de los próceres argentinos Jenerales don Eujenio i don Mariano Necochea; a nosotros no nos consta este dato que es hijo únicamente de la tradición.

Lo que realmente es cierto, es que el Capitán Necochea, entró de músico al 5º de Línea, i que disuelto este cuerpo, pasó al 2º.

Como su Comandante, don Eleuterio Ramírez sirvió, pues, en el 5º i con él siguió en el Segundo.

En Cerro Grande hizo sus primeras armas; i en esa acción obtuvo la presilla de Subteniente.

Por de contado que el Capitán de la 1ª del 2º, tenía anotada en su hoja de servicios todas las campañas de la Araucanía; porque en esa escuela, nuestros viejos soldados, tenían que hacer sus estudios i dar exámenes, peleando con los indios, que en más de una ocasión hubieron de darles distinguida votación, i a su pesar, a esos alumnos.

Era, pues, Necochea, todo un veterano i como tal se condujo, i sus innumerables heridas probando están que no le sacó el cuerpo a las balas.

Dados estos antecedentes, se comprende que Necochea, no pensase en rendirse, cosa que tampoco imaginaron sus oficiales i su tropa que sabido es que, ni Francisco Inostroza,

Aaron Maluenda, Víctor Lira Errázuriz, Gajardo eran oficiales que meditasen tal cosa; la lucha había sido brava en la mañana, i ahora tendría que serlo doblemente más.

Garretón, Necochea i sus hombres ocuparon las casitas, se parapetaron en ellas i en sus frentes i recibieron a los hombres del Coronel Fajardo, con un fuego lento pero mui bien dirigido; las municiones estaban contadas i era necesario lograr los pocos proyectiles que habían.

La resistencia de nuestros dos Capitanes, fué formidable, pero inútil; a su frente avanzaban dos cuerpos, el Cazadores del Cuzco i Cazadores de La Guardia.

Bustamante i Fajardo los mandaban en persona i de la destrucción de la vanguardia chilena dependía la destrucción i aniquilamiento del grueso de Ramírez, que asaltaba en esos momentos la Cuesta de La Visagra i que, una vez forzados los puestos de Garretón i Necochea, sería envuelto i acorralado.

Por eso aquel ataque era soberano, sin tregua, ni cuartel.

Todo fué, pues, en vano, porque los nuestros fueron cayendo uno a otro.

lan como

Los sarjentos primeros, Penjean i Sepúlveda se batían como leones; Parraga caía alentando a los suyos i Clodomiro Bascuñan, i herido en la mañana, levemente, era muerto casi instantáneamente.

Al fin, Necochea i Garretón, forzados por el número, se encerraron cada uno en su casita i dejaron el campo libre al enemigo.

Garretón lanzó el último suspiro en medio del fragor de aquel terrible asalto i Necochea cayó cubierto de numerosas heridas i sobre su cuerpo se trabó furioso entrevero dejándolo en el recinto por muerto, tantos fueron los culatazos que recibió.

Maluenda, Inostroza i Pardo, escaparon ilesos, i pudieron replegarse primero sobre el grueso de las fuerzas de Ramírez i más tarde, por el fondo de la quebrada sobre Huaraziña.

Víctor Lira Errázuriz quedó ahí, tendido, en una de las cuestas, lugar de donde se le recojió más tarde, moribundo, por los cirujanos chilenos que llegaron con el Coronel Urriola.

### *Don José Ramón Vidaurre, es atacado a su vez en Huaraziña*

Vencedores los peruanos de las fuerzas que mandaba Ramírez, destruido el 2° de Línea i muerto su heroico Comandante i muchos de sus oficiales, i de baja gran parte de ellos; los restos de aquel bravo regimiento se corrieron por el fondo de la quebrada, por donde pudieron, sobre Huaraziña, lugar que guarnecía, don José Ramón Vidaurre con parte de su Artillería de Marina i con tropa del 2° de Línea, unos veinte hombres, al mando de los subtenientes don Abraham Valenzuela Silva i don Carlos Arrieta i a quienes se juntó más tarde el Teniente don C. Gaete Vergara.

El ataque que el enemigo llevó sobre Ramírez, fué rápidamente ejecutado i por fuerzas que ya se sabe, eran mui superiores en número; ahora bien, una parte de esas tropas eran las que se presentaba en Huaraziña con el objeto de copar también a Vidaurre, como a las 4 3/4 a 5 de la tarde.

Ensoberbecidos los peruanos con su triunfo llegaron a Huaraziña, formaron sus guerrillas i abrieron con bríos sus fuegos.

Vidaurre, tan pronto se inició la acción, lanzó a su frente a la compañía del pundoroso i bravo capitán don Gabriel Álamos, que a son de corneta desplegó sus 50 veteranos i emprendió sin titubear el ataque, sin contar de número de sus enemigo, ni medir el peligro.

Álamos, cargó con su guerrilla sobre uno de los flancos enemigos, i con tan buena suerte, que lo puso en derrota, tomándole prisioneros al sarjento mayor don Tomás Meryeu, al capitán don José S. Mayo, al teniente don Belisario N. Norangan i al subteniente don Manuel Vélis i dos individuos de tropa.

Gabriel Álamos, mandaba esa tarde la 2ª del 2º de la Artillería de Marina i tenía a su lado a oficiales tan veteranos i bravos como Otto Von Molke, que murió matando en Chorrillos.

Ni Álamos, ni Molke, ni Eduardo 2º Zegers, contaron por cierto, a sus enemigos, que lo único que hicieron fué asaltar i flanquear su línea con una rapidez admirable i con tan buena suerte que tomaron, como lo hemos dicho numerosos enemigos.

Álamos, triunfó, pero dejó en el campo 17 muertos, entre ellos los cabos José Luis Norambuena i José Lineros.

Vidaurre, en el inter, es decir, mientras el capitán Álamos cargaba por su izquierda, atacaba de frente i con tan buena fortuna que pudo también rechazar al enemigo.

En su línea de batalla, cargaron con bríos, Guillermo Zilleruelo, Yáñez i Blanco i Quiroz, i ahí pelearon también Francisco Amor i Félix Urcullu, que a pesar de estar herido, se batió hasta que terminó la batalla.

Urcullu, dejó tres clase i nueve, soldados en aquel campo; el sarjento 2º don Albino Piño i los cabos Fernando Gallegos i Francisco García.

A la compañía de Urcullu pertenecían los tenientes señores Elías Yáñez i Manuel 2º Blanco, que con su capitán fueron especialmente recomendados.

En fin aquella embestida fué feliz, el enemigo tuvo que retirarse i Vidaurre i los suyos pudieron salir de la quebrada i emprender la retirada sobre Dibujo uniéndose en el plan al resto de la desecha División de Arteaga que iba camino de Minta.

*Los subtenientes don Abraham Valenzuela i don Cárlos Arrieta Cañas se baten  
desesperadamente*

I al mismo tiempo que el enemigo asaltaba a las fuerzas de Vidaurre, en Huaraziña, atacaba también a una casita en que se habían atrincherado, algunos soldados del 2º de Línea í heridos de este mismo rejimiento.

El rancho o casita de que hablamos, estaba coronado por una pequeña bandera chilena, i su tropa acaudillada por dos muchachos, que juntos no sumaban cuarenta años, pero que tenían corazón i alientos de viejos veteranos.

Esos niños, a quienes conocimos desde su infancia, eran ni más ni ménos, Abraham Valenzuela Silva i Cárlos Arrieta Cañas dos cadetes a quienes la guerra les había dado colocación ántes de determinar sus estudios.

Abraham Valenzuela Silva, el Choclito, como todo el mundo lo llamaba, era hijo de uno de los jefes más alentados que ha tenido nuestro ejército, de don Federico Valenzuela, hombre de hígados i de valor individual, i como es natural, colectivo, cualidad que heredó su hijo don Abraham.

Al viejo coronel Valenzuela, lo apodaban también, El Choclo, sobrenombre que don Fernando, primero de aquel maizal que diera tan sabrosos frutos, que peleó en Maipú i en todas las acciones de la independencia.

Con abolengos paternos tan buenos, i no contamos el de Silva, porque esos silvaron, como soldados, siempre bien, estando para probarlos don Nicanor, don Matías, que murió en Tacna, i que como El Cid, siguió muerto peleando, porque cuando lo bajaron de su caballo que seguía avanzando, ya había dejado de existir, hacía rato, no podía el Choclito Abraham Valenzuela sino ser soldado valiente cual ninguno.

Luego veremos, que nuestro amigo no desdijo de sus apellidos; así como Cárlos Arrieta mantuvo mui bien el suyo, i al final de esa jornada, Cárlos Gaete V.

Pero, volvamos al combate que ya queda poco día i poco sol i es necesario pelear i no rendirse.

Valenzuela i su compañero Arrieta viendo que el enemigo se les venía encima, reunieron apresuradamente su tropa i se aprontaron para el combate, resueltos a pelear hasta morir, sin jamás rendirse.

Parapetados tras las pircas unos; otros tendidos como culebras en el suelo buscando cada cual la colocación más apropiada para batirse, nuestros hombres, dirigidos por aquellos dos oficialitos, que a todo atendían, recibieron al enemigo, al Dos de Mayo, que lo mandaba en ese momento su tercer jefe don Mariano Moran, por muerte de su coronel don Manuel Suárez que había perecido en la carga de los Granaderos, con el fuego más mortífero que es dable imaginar.

La casa parecía un verdadero depósito de ametralladoras que cegaban al enemigo con punterías fijas, terribles; nuestros soldados; con una sangre fría espantosa, tomaban su blanco, hacían fuego i enviaban al infierno por cada tiro, con seguridad, al cholo sobre quien disparaban.

La bandera chilena flameaba en el alto de aquel rancho, i los gritos de ¡Viva Chile! ¡Viva el 2º de Línea! atronaban el espacio junto con las descargas.

Ahí pelearon todos sin escepción, los buenos i los heridos: estos últimos se levantaron como pudieron del duro suelo que tenían por lecho, i se lanzaron al combate sin tomar en cuenta sus dolores.

I aquí debernos declarar que la tropa que acaudillaban A. Valenzuela S. i C. Arrieta Cañas, contando los heridos, no sumaban más de 27 hombres, incluso esos dos bravos muchachos; i que buenos, i sanos no habían sino 14 hombres.

Inter tanto, Moran, el mayor don Lizandro Quezada i el capitán don Félix del Piélago desesperando rendir a los invencibles Segundos, unen sus fuerzas, las animan con gritos de ¡Viva el Perú!, mueran los perros bandidos chilenos, i de nuevo organizados los mandan al asalto.

Pero Valenzuela S., Arrieta i Cárlos Gaete Vergara que se les ha reunido ahora, los dejan avanzar i cuando están ya a tiro seguro rompen el fuego i este es tan certero que el enemigo se detiene, vacila, i retrocede a todo correr.

El Comandante Moran i algunos oficiales peruanos, que venían al frente, quedan solos; su tropa no ha podido soportar aquel mortífero fuego; Abraham Valenzuela S. i Arrieta Gafias aprovechan este momento, i como un rayo saltan las improvisadas trincheras i

a bayoneta calada se precipitan sobre el enemigo que a la desbandada huye por el fondo de la quebrada.

Don Mariano Moran i dos oficiales más, uno del Zepita i otro del Iquique don Belisario Mugaburu i don Manuel C. Vélis, rinden sus espadas i se entregan prisioneros.

El periodista i soldado don J. de La C. Reyes Campo, publicó en aquellos tiempos un relato de este episodio; i es tan vivo el cuadro que pinta, que como un recuerdo a este capitán, que en Tarapacá hizo sus armas, muriendo más tarde como Ayudante en Chorrillos de un balazo en plena frente, lo darnos aquí:

Narra, habla Reyes Campo:

“Un piquete de tropa del 2º, al mando de los oficiales Abraham Valenzuela S. i Cárlos Arrieta C., que durante largas horas habían sostenido un desigual i terrible combate con numerosas tropas enemigas, agobiados por el número i más que todo por la falta de municiones, buscaron la protección de un rancho.

El enemigo viendo esto, creyó segura la presa i al efecto, dos o tres batallones, intentaron rodear las murallas que circunvalaban la casa i romper sobre los nuestros un nutrido i poderoso fuego.

Un momento más i nuestros soldados, a pesar de su nunca desmentida bravura, serían encerrados i sucumbirían al peso de la fuerza; i lo que es más, nuestros heridos serían ultimados sin misericordia!

Pero nó, allí se encuentran dos valientes oficiales que poco ántes se habían hecho notar por su bizarra conducta. Es preciso esperar mucho de ellos.

En efecto, los jóvenes Arrieta i Valenzuela, previendo el peligro, alistan sus tropas i se disponen a la defensa hasta vender bien caras sus vidas i la de sus valerosos compañeros.

Sin pérdida de tiempo, proveen a los pocos soldados que se hallaban ilesos, doce a lo más, de las cápsulas que los nuestros habían dejado en sus cartucheras, i con ese insignificante número de tropa se abalanzan a las murallas del corral i rompen a su vez los fuegos contra los batallones enemigos.

El lance es por demás apurado. Las tropas enemigas componen algunas centenas, mientras que los nuestros cuentan apenas con un poco más de *una decena de soldados!*

Pero he aquí que este puñado de chilenos, cuanto más empeñados estaban en hacerse matar por su Patria, de improviso se ven reforzados por otro puñado de valientes. ¿De dónde habían venido? ¿Quién los había mandado?

El refuerzo que llegaba en horas tan oportunas lo formaban los mismos heridos que instantes ántes se hallaban muriendo dentro del rancho.

Éstos, viendo el peligro de sus compañeros i el suyo propio, convinieron en avanzar hasta las murallas i batirse como mejor pudieran.

Los que tenían buenas las piernas ayudaban a arrastrarse hasta el pié de las tapias a aquellos cuyas heridas eran en esta parte del cuerpo; i ya en el muro, de pié, los primeros, recibían los rifles que cargaban los segundos, sentados en el suelo, i de esta manera el fuego de los nuestros se multiplicó causando en las tropas enemigas grandes bajas”.

Hasta aquí llega Reyes Campo; lo demás lo saben nuestros lectores.

El fuego certerísimo de aquellos muchachos, había cubierto de muertos i heridos peruanos el campo, i desconcertado de tal modo al Dos de Mayo i a los piquetes del Zepita e



Iquique, que volvieron caras, a pesar del esfuerzo de sus jefes que quedaron como hemos dicho prisioneros de los nuestros.

Poco más tarde el abanderado de Artillería de Marina, don Víctor Aquiles Bianchi, de orden de Vidaurre recibía bajo su custodia a don Mariano Moran i a dos oficiales más, uno del Iquique i otro del Zepita.

Tengan presente, nuestros jóvenes oficiales, este ejemplo; í piensen que deben desear en absoluto la idea de rendirse; i que, ántes que tan negra idea se fije en sus mentes hai que aprovechar inteligentemente el terreno, defender su puesto, banderas i el nombre de la Patria, sacrificar sus vidas peleando hasta lanzar el último suspiro!

### *La retirada*

Era ya mui cerca de las 6 de la tarde; el sol en su ocaso alumbraba aquel campo de desolación i de muerte; las tropas chilenas, deshechas, abrumadas por aquella titánica i desesperada lucha iniciada a las 8 de la mañana, se batían ahora en retirada.

Paso a paso los insignificantes restos del 2º de Línea, poco más de 250 hombres, perdidos sus jefes i muertos i heridos siete de sus capitanes, hacia fuego en retirada junto con la Artillería de Marina, el Chacabuco i unos cuantos soldados de Artillería i de Zapadores.

Los Granaderos de Rodolfo Villagrán cerraban la retaguardia i de cuando en cuando amagaban al enemigo.

Arteaga, rodeado de su Cuartel Jeneral i de sus Ayudantes, cuidaba de aquella deshecha columna cumpliendo fría i estoicamente con su deber í soportando impasible las amarguras del desastre.

El había buscado la muerte en medio del fuego; sin desfallecer un momento había estado siempre al frente de sus tropas i nadie entre los suyos dudaba de su valor.

Don Luis Arteaga, sin embargo, en aquellos instantes tenía envidia a Ramírez; habría deseado encontrar una muerte tan gloriosa como el jefe del invicto 2º de Línea, porque ántes que todo don Luis era soldado honrado, pundoroso i valiente.

### *¿Por qué Buendía no continuó la batalla?*

I cuando aun no se perdía el astro del día en el horizonte, el ejército enemigo abandonó el campo i dando frente a retaguardia dejó libre i en paz a la deshecha hueste chilena.

Estudiando esta operación de guerra i escudriñando todo cuanto queda de Tarapacá, nos hemos convencido de que si los jenerales enemigos no continuaron su persecución fue sencillamente porque les faltaron las municiones.

I esto se comprende mui bien, cuando se piensa que el Ejército Aliado emprendió después de Dolores la retirada más desordenada que puede imaginarse i que por falta de bagajes hubo de abandonar casi todo su parque.

Cuando después de Tarapacá se exploró el campo, se encontró en la pampa la huella por donde Buendía i los suyos hicieron su viaje a Tarapacá; i en esa ruta se encontraron i

recojieron cientos de cajas de municiones que los Aliados abandonaron por falta de mulas en qué conducir las.

Por otra parte, durante la batalla del 27, como es razonable, se quemaron miles de tiros porque la acción fué cruda i tenaz i porfiadísima la lucha.

De ahí que el parque del enemigo en la tarde, a las 5 1/2 o 6 estuviese agotado; i esa fué la razón por qué don Juan Buendía no continuó adelante, ni se empeñó en destruirnos.

Porque la verdad, es que, Arteaga, no contaba a esas horas con más de 700 a 800 hombres, i, que Buendía tenía a sus órdenes lo ménos 3,800 a 4,000 soldados, que enorgullecidos con la victoria, pudieron en dos horas que quedaban de día, haber destruido a los restos del ejército chileno.

Estamos cierto que si Buendía, Suárez, Herrera, Dávila i Cáceres no continuaron la batalla, fué por la razón que apuntamos porque no tenían municiones; eso lo dicen los corresponsales peruanos de la época i lo aseveran documentos oficiales enemigos.

Más vale así, porque dado el modo de ser de nuestros hombres de guerra, la hueste chilena, que jamás se habría rendido, habría perecido toda, ántes de caer prisionera.

### *Se da aviso a Dibujo de la derrota*

I cayó la tarde í tras ella vino la noche, que por fortuna, alumbró desde temprano una hermosísima luna llena, que luego levantó su dulce claridad por encima de la nevada cima del Isluga i que facilitó, a los nuestros, su peregrinación por la inclemente pampa.

El Coronel Arteaga cuando ya definitivamente tomó el camino de Dibujo, envió adelante a ese lugar al Capitán Ayudante del 2º de Línea, don Miguel Arrate Larraín, acompañado del sub-teniente don Fenelón González, a dar aviso a Baquedano o al jefe que estuviese a cargo de ese cantón militar de la arribada de su derrotada división.

Arrate L., llevaba el encargo de pedir se encendiesen fogatas en Dibujos que sirviesen de faro en el desierto, de preparar ambulancias, víveres i agua para los tercios tarapaqueños que arrastrándose, volvían en busca de sus antiguos campamentos.

El Ayudante Arrate Larraín, cumplió su cometido lo más pronto que pudo; i desde ese momento el General Baquedano i todas las tropas de su cantón, se alistaron no solo para recibir a sus compañeros de armas, que también aprontóse una ambulancia para recoger los heridos.

El Regimiento 3º de Línea, el Santiago i otros batallones que ahí acampaban, salieron a recibir a sus compañeros de infortunio llevándoles agua, víveres camillas i todo lo necesario para aliviar la suerte de los espedicionarios.

Desde la 1 A. M. del 28 de Noviembre, principiaron a llegar a Dibujo los derrotados tercios de Tarapacá i solo a las 7 de la mañana la retaguardia de la destruida División de Arteaga, hizo su entrada al campamento.

Lo repetimos, desde el General Baquedano abajo, todos, esa noche i día, no hicieron otra cosa que ayudar del modo más espléndido a los pobres espedicionarios.

Los heridos, a medida que llegaban, recibían su curación i poco a poco eran enviados a Iquique o Pisagua, por ferrocarril i con todas las atenciones i comodidades del caso, embarcados i traídos a Chile.

A los que tuvieron la suerte de volver sanos, se les dió rancho en abundancia i carta libre para que durmiesen i reposasen a su antojo.

Qué de rasgos conmovedores no se vieron en aquella mañana; testigos oculares cuentan que los soldados nuestros, con paciencia infinita, acompañaron a los heridos en aquella penosa i tristísima vuelta, cuidándolos, con filial cariño i sin desampararlos un solo instante.

Soldado hubo que entró a Dibujo, conduciendo a dos heridos, uno en cada brazo; i para no perder su rifle, atándolo con una correa a su cintura i arrastrándolo, había caminado desde Tarapacá hasta el punto nombrado. Todos los jefes i oficiales que venían ilesos, no se ocuparon durante aquella noche triste de la Campaña del Pacífico, sino en socorrer i amparar a los heridos, cuidándolos i confortándolos con toda solicitud i cariño, distinguiéndose particularmente don D. de Toro Herrera.

Los Cirujanos Kidd, Pérez Canto, Vivanco i García, i su ayudante don Salomón Arce, estaban en todas partes i como podían atendían aquellos heroicos hombres, que sin quejarse hicieron aquella cruenta i terrible jornada.

Para nuestros cirujanos, no hubo ni podía haber descanso ellos tampoco lo pidieron; llegaron a Dibujo i ántes que dormir curaron a sus heridos, los vendaron i solo cuando aquella penosa tarea quedó cumplida dieron reposo a sus cansados cuerpos.

Bien por ellos i por nuestro cuerpo médico del 79, que como buenos cumplieron con su deber, sin jactancia i con mucho patriotismo.

### *Resultado de la batalla de Tarapacá*

A decir la verdad, los peruanos quedaron dueños, al fin de cuentas, del campo en la gran jornada del 27.

¿Triunfaron? Indudablemente obtuvieron la victoria, pero la pagaron cara i no pudieron sacar de ella los frutos que siempre trae acaparado el triunfo.

El único provecho tangible que se desprende de Tarapacá para el Perú es el moral; porque incuestionablemente, esta acción levantó el espíritu de las huestes enemigas amilanadas con la toma del “Huáscar”, asalto de Pisagua i derrota de La Encañada.

Por lo demás, solo debido a la ineptitud del Cuartel Jeneral chileno, escaparon después de la jornada del 27; porque si el Comandante en jefe, ordena en la misma mañana del 27 a nuestra caballería la persecución del vencedor Ejército de Buendía i el mismo 28 de Noviembre rompen su marcha nuestros esforzados jinetes, un solo soldado peruano no llega a Arica, que todos habrían sido prisioneros.

Por desgracia, nada se hizo; la derrota mató todas las enerjías del Jeneral en Jefe i del Ministro de la Guerra don Rafael Sotomayor, i cuando se persiguió al enemigo, éste había puesto muchas leguas de por medio i era imposible alcanzarlo.

Por lo que a nosotros respecta, Tarapacá fué una gran lección, i al fin de cuentas, una gloriosa derrota.

Fué lección, cuanto a que jamás por jamás, las operaciones de la guerra, deben confiarse a hombres que no son de la profesión, como no lo era don José Francisco Vergara, inspirador principal de esta espedición.

Los actuales dirigentes de nuestro Ejército, deben tener presente para el futuro lo que ocurrió en Tarapacá; i meditar que, solo los hombres formados en el duro e inteligente servicio militar deben dirigir e inmiscuirse en los negocios encomendados a su cuidado.

No es cierto que en los ejércitos modernos se improvisen los jefes, apenas si eso puede aceptarse cuanto a los soldados, i eso con muchas salvedades.

Vergara era un gran patriota; abandonó su fortuna, las comodidades de su hogar, solo por servir a Chile, por levantar nuestra raza, por colocar a nuestro país en el lugar que debía tener.

Su valor en los campos de batalla, nadie lo niega, pero preparación militar no tenía i eso fué lo que lo llevó a Tarapacá.

En este desastre, Arteaga tiene que compartir mitad por mitad su desventura con Vergara, pero el cargo mayor que al primero debe hacerse es la de haberse dejado supeditar por don José Francisco.

Los que mandan ejércitos i dirijen hombres, así como tienen la primacía del triunfo, deben soportar también las amarguras de la derrota i de la historia.

Arteaga i Vergara, fueron en Tarapacá, dos soldados bravos hasta la temeridad, mui valientes, pero nada más

### *Efectivos verdaderos de ámbos Ejércitos en Tarapacá*

Estudiando con mucha paciencia, numerosos documentos, hemos podido llegar a formar el verdadero estado de las tropas que por parte de Chile i también del Perú, se batieron en la grande i reñida batalla de Tarapacá; en la que, nuestro secular enemigo, peleó bien; demostrando sus jefes, intelijencia i estrategia, í los nuestros, por desgracia, lo contrario.

Tarapacá fué para el Perú la mejor batalla de toda la campaña.

Chile no demostró en ella sino el lejendario valor de sus hijos, *que mueren i no se rinden*.

En esta acción, los peruanos presentaron en la línea del fuego: el siguiente efectivo:

#### División Vanguardia

Batallón Puno N° 6.....	428 hs.
Batallón Lima N° 8.....	450 “

#### Division Exploradora

Provisional de Lima N° 3.....	428 “
1° de Ayacucho.....	842 “

#### 1ª División

Batallón 5°.....	400 “
Batallón 7°.....	400 “
2ª División	
Batallón Zepita.....	616 “
Dos de Mayo.....	540 “
3ª División	
Batallón Guardias Arequipa.....	522 “
5ª División	
Batallón Iquique N° 1.....	380 “
Columna Navales.....	300 “
Jendarmes Iquique.....	220 “
Columna Tarapacá.....	184 “
Id.    Loa.....	309 “
Artillería, sin cañones.....	132 “
Total.....	6,142 hs.

Agréguese a esta cifra todos los jefes i oficiales del Cuartel Jeneral, Estado Mayor Jeneral i divisionarios, i demás oficiales que no figuran en los cuerpos i tendremos que el monto total sube de 6,200 veteranos de Jeneral a tambor.

Rebájese lo que se quiera del guarismo que damos, que ha sido tomado de un último estado de fuerza que poseemos, quítense 300 hombres, i la cifra anotada en el texto, de 5,900 soldados de pelea, se verá que es la real i verdadera.

Ni un lejonario peruano ménos de 5,900 peleó en Tarapacá, a la sombra del incásico estandarte del sol; más de esa cifra si que creemos habría, pero jamás ménos de la que arroja el documento citado.

Ahora he aquí la fuerza que mantuvo la bandera de Chile en aquella cruenta jornada:

Rejimiento 2° de Línea.....	944 hs
Rejimiento de Artillería de Marina.....	510 “
Batallón Chacabuco.....	455 “
Brigada de Zapadores.....	289 “
Una compañía de Granaderos a Caballo.....	116 “
Piquete Cazadores a Caballo.....	24 “
Artillería.....	72 “
Jefe i Ayudantes.....	10 “
Total.....	2,420 “

Esta es la cifra justa, cabal, de las tropas nuestras, que he tomado cotejando las listas de revista í las nóminas oficiales de los asistentes a las acciones de guerra de la Campaña del Pacífico.

Se vé, pues, que, nosotros peleamos en Tarapacá contra un ejército que tenía más del doble del nuestro; porque el enemigo nos presentó en los seis diferentes combates que se pelearon en el 27 de Noviembre de 1879, siempre un efectivo superior, doble lo repetimos, al que teníamos.

Sin embargo, i a pesar de cuanto se diga, la División Arteaga, habría vencido siempre que hubiera entablado la acción unida, i no en la forma anti-estratégica que lo hizo.

Si el famoso Consejo de la pampa no lanza a Ramírez al fondo de la quebrada, a Santa Cruz a Quillahuasa i no dividen su artillería, los peruanos, habrían sido aniquilados i ni un solo hombre, desde Buendía a bajo habría llegado a Arica.

Sirva de esperiencia esta espantosa lección en lo futuro, a fin de evitar otro Tarapacá.

### *El enemigo emprende su retirada sobre Arica*

Terminada la jornada de Tarapacá, Buendía, con las últimas luces del día volvió a su humbrosa quebrada, seguro de que ahora las huestes de Arteaga no lo habrían de molestar más.

Cuentan los corresponsales peruanos de la época que tan pronto el jeneralísimo enemigo llegó al pueblo, distribuyó sus tropas convenientemente i en el acto reunió a sus tenientes en Junta de Guerra.

En ella se espuso con verdad, el estado del ejército; i cuando cada jefe detalló sus bajas, Buendía i Suárez, vieron con horror que aquella efímera victoria la habían comprado demasiado cara las fuerza de su mando.

Pero eso nada importaba; los muertos, muertos; i los heridos, eso sí que había que salvarlos, porque dada la carencia casi absoluta de municiones i la certidumbre de que el Ejército chileno buscaría el desquite, se imponía la retirada a marcha forzadas sobre Arica i por parajes que el enemigo no conociese, ni siquiera imaginase.

Se acordó, pues, emprender la marcha abandonando los heridos graves en Tarapacá; estos quedarían en poder de los cirujanos peruanos i con todos los socorros que se pudieran darles.

Los heridos leves, aquellos que pudieran seguir i soportar terribles jornadas del desierto esos irían con el Ejército.

I como se pensó se hizo.

Al efecto, en la noche de la batalla i en Tarapacá mismo, el Ejército de Buendía, comió su último rancho i durmió su último sueño.

Pero no se crea que la marcha sobre Pachica se emprendió a diana del 28; nada de eso, a esa hora todo el mundo roncaba en los campamentos peruanos; esa noche se durmió a pierna suelta; i en verdad, mui bien ganado se tenían ese reposo las huestes enemigas.

Poco después de medio día, se inició la primera jornada sobre Pachica; lugar que dista solo 3 leguas peruanas i al que llegaron sólo en la mañana siguiente, cuenta el cabo Juan Plata B., en una curiosa relación que publicó “El Mercurio” en 1880.

El cabo Plata, de la Artillería de Marina, fué tomado prisionero por acompañar a su capitán Silva Renard.

El Ejército enemigo efectuó su retirada sobre Arica en 16 jornadas; partió el 28 de Noviembre de Tarapacá i llegó a Arica el 18 de Diciembre; demoró 21 días en su marcha i al fin de cuentas, penetró al puerto nombrado más o menos con el mismo efectivo con que partió de Tarapacá.

Recorrió 95 leguas peruanas por desiertos i cordilleras inaccesibles, sin agua, sin alimentos, pastos ni nada, absolutamente nada.

En las miserables aldeas, villorrios o caseríos que enclavados en aquellas áridas rejiones se levantan, Buendía i su jente no encontró nada que comer, porque los derrotados de Dolores, que primero, robaron i saquearon villanamente a aquellos infelices labriegos, que morían de hambre cuando llegó el Ejército peruano.

Así, las miserias que pasaron aquellos fujitivos no son para contarlas.

El coronel Suárez, que fué el alma i cerebro del Ejército enemigo de Tarapacá, de Pachica, se dirigió a Mocha i de ahí a Pacomilla, siguiendo a Sipisa i luego por Sotaca, Gaiña i Soga hasta llegar a la quebrada de Camiña, donde no encontró un pan que comer aquella pobre i cansada tropa.

Don Benito Neto, al recordar a Camiña, dice: “los dispersos lo habían saqueado i pásmense V. E. ¡a la cabeza de esos dispersos venían ciertos jefes!

Por una galleta se daba un sol i una libra de azúcar se estimaba en diez!

El mejor potaje, agrega Neto, era la carne de caballo i de borrico”.

De Camiña partieron a Moquella í de ahí a Nama i a Marruta.

En Jaiña encontraron provisiones mandadas de Arica, “galleta, charqui i arroz”, i también carne de burro i de machorra.

En Soga, lo único que se comió fué cancha, maíz tostado.

En Nama no hubo que mascar sino uvas verdes i nada más.

La marcha de Nama a Marruta fué terrible, de pésimo camino i sin agua; de aquí siguió el Ejército a Esquiña, lugar que llegaron después de una penosísima jornada.

En Copa se repartió pan en abundancia i hasta los pobres prisioneros chilenos tocaron uno por cabeza, reparto que hizo en persona el mismo Buendía, dice el cabo Plata.

Al día siguiente, 16 de Diciembre, estaban en Choca; atravesaron en seguida la desierta pampa que se estiende al sur de la Lisera, que tiene tres leguas, i llegaron a Arica el 18 de Diciembre, a las 9 de la mañana.

Al penetrar Buendía i Suárez a Arica, después de haber vencido en Tarapacá i de haber salvado 4,000 buenos soldados, la flor i nata de la Armada peruana, se presentó el almirante don Lizardo Montero i en nombre del Gobierno de su patria, tomó el mando del Ejército, notificó la orden a los jefes nombrados, declarándolos reos i sometiéndolos a juicio.

Desde ese momento, don Juan Buendía, no mandó más tropas en el Perú, sin embargo, a fuerza de soldado i de patriota, se batió en Chorrillos i también en Miraflores.

La entrada de las fuerzas espedicionarias a Arica asumió las proporciones de una ovación popular, de un triunfo; el pueblo ariqueño aplaudió frenéticamente a los espedicionarios que habían salvado la honra de su patria en la jornada del 27.

Montero reconcentró al Ejército en la plaza, dando frente al Resguardo i Capitanía del puerto i les dirigió la palabra en una corta alocución.

No hai para qué decir, que tras aquellas fuerzas, entraron también a Arica, custodiados por el batallón Iquique, que mandaba don Roque Sáenz Peña, Presidente hoi en ejercicio de la República Argentina, los 76 prisioneros chilenos caídos en Tarapacá; vergüenza que merecieron por haberse cobardemente rendido, que el lema del chileno es primero muerto que vencido!

Desposeído del mando i sumariado, el jeneral don Juan Buendía, se hospedó en el Hotel Colón.

Ahí fué a visitarlo pocos días después de su llegada el Presidente de Bolivia, jeneral don Hilarión Daza.

I cuentan los cronistas peruanos, que después de los saludos de costumbre la conversación rodó sobre los últimos acontecimientos de la campaña.

Se habló de Dolores, de Tarapacá i de la marcha de Daza sobre Camarones.

Buendía tenia fama de charlador ameno, inteligente i festivo; era todo un noble i aristocrático señor i entre broma i broma, dijo al jeneralísimo boliviano:

“Jeneral Daza, Ud. Se comió los Camarones i yo sufro las indigestiones”.

Irónica frase que pintaba la desgraciada i vergonzosa espedición de Daza a Camarones, que fué una farsa, i el juicio que Buendía tenía encima.

## REMINISCENCIAS DE TARAPACÁ

### *Las cantineras chilenas*

Sólo los que hemos cargado el uniforme del Ejército de Chile, i hecho vida de campaña activa i olido alguna vez la pólvora podemos apreciar cuánta abnegación, caridad i patriotismo, gastaron las pobres camaradas de nuestros soldados en la Campaña Pacífico.

No hai palabras suficientemente elocuentes que puedan pintar con exactitud, ni paleta con bastante colorido que llegue a copiar bien lo que fueron esas mujeres a quienes siempre llevó al campamento, a las marchas i a las batallas, el patriotismo i el amor.

¿Quién no recuerda entre los viejos sobrevivientes de la Campaña del 79 a la Irene Morales?

¿Se podría alguna vez olvidar el sacrificio cruento de las camaradas de la Concepción?

Alguno de nosotros dejará de recordar la presencia en Chorrillos de la Clara Casados, de la Eloisa Poppe?

Llovían las balas, i esas patriotas mujeres, sin temor ninguno, confortaban, curaban i ayudaban a bien morir a los que, la mala suerte enviaba a pasar la última revista; i sin esperar galardón, ni premio alguno, cumplían estrictamente con su deber.

¡Ah! Esas camaradas como nadie cumplieron con su misión!

Hubo una, la Candelaria, mujer del Sarjento Benjamín Pacheco, del Curicó, que en la marcha de Curayaco a Lurín dió a luz a su hijo, sin más lecho que la arenosa playa cubierta por una bandera chilena!



I en Tarapacá, ¿quién podrá jamás contar esta batalla sin tener que dedicar capítulo aparte a las cantineras del 2º Línea?

Pobres mujeres que allí murieron, quemadas unas, muertas otras en medio del fragor de la batalla por homicida bala, cuando cumplían abnegada, i caritativa misión!

En el Segundo, cayeron tres de estas bravas camaradas; la Juana, la Leonor González, i la Maria la Chica.

La Maria la Grande, cuyo apellido era Quinteros, escapó de la matanza; fué conducida prisionera a Arica donde encontró suerte con un cuyano que ejercía de abastero en ese puerto, pero sin olvidarse de sus paisanos, sobre todo del Sub-teniente de Zapadores don Francisco Silva Basterrica, a quien le protegía el brazo de la brida, obsequiándole lo más a menudo que podía, buenos lomos de la carnicería de su amante el argentino de Arica!

La Juana Soto fué vivandera del movilizad Chacabuco, junto con la Carmen Cabello, camarada del 1º, Aguilera, que murió en Tarapacá i que todos recuerdan por su singular belleza.

Pues bien, todas estas heroicas mujeres, se batieron como leonas en la acción del 27 de Noviembre i tres de ellas rindieron su vida al pie pié de la bandera de Chile.

La Maria, La Chica, era una mujercita mui bonita; apenas bordeaba los 20 años; pequeña, mui blanca, de pelo negro i ojos tamañazos i oscuros como ala de cuervo, se hacía notar por su agradable trato i por la más atrayente simpatía que se puede imaginar.

Dolencias del corazón, penas del alma, la llevaron a Antofagasta i en el 2º de Línea encontró la media naranja que le faltaba.

Murió esta mujer al lado del Capitán Garfias Fierro; al día siguiente, en la tarde del día 28, don Federico Garretón, la encontró muerta con una venda en las manos, en actitud de curar al Ayudante don Diego, que estaba tendido a su lado; traidora bala sorprendió en su santa misión a Maria, La Chica, que así morían aquellas abnegadas vivanderas!

I así como cayó en el campo, en plena lid, La Chica, a Leonor González la quemaron. El fuego sublimó la vida de esa chilena i su alma bendita debió volar al trono de Dios!

La Maria Grande, dijimos ya, que cayó prisionera i aquí habremos de agregar que esa mujer era una guapísima i real moza.

Alta, de cuerpo escultural, adornaban su rostro los ojos más negros i más espresivos que puedan imaginarse: i encerraban su fisonomía, como haciendo marco a su tez blanquísima, negros i sedosos cabellos.

Añádase a esto un andar suelto i majestuoso; i póngasele al cuadro una boca de esas que piden besos a grito i algunas libras de simpatía, i ya se comprenderá los volcanes que se encenderían en el 2º de Línea, por Maria la Grande; i si en llegando a Arica se tomaría por asalto al abastero argentino de ese puerto.

Que, a Maria La Grande, no se le resistía plaza fuerte ninguna, así fuese cuyana.

El recuerdo, de esas, nuestras camaradas, perdurará siempre en la memoria de los veteranos del 79, porque esas mujeres fueron ángeles de caridad en el campamento i en la batalla, i porque su patriotismo fué desinteresado i puro.

*Don Bartolomé Vivar*

Son oriundos de San Fernando los Vivar; entre la buena nobleza colchaguina figuraba ya como sub-delegado de las costas de esa provincia don José María de Vivar, a fines de 1810.

De este caballero que fué abuelo del bravo don Bartolomé, que murió dos días después de la batalla del 27, conocemos un famoso informe con datos curiosos e históricos.

Vivar, el segundo Comandante del 2º de Línea, nació i creció en San Fernando; vino al mundo allá por el año 1832 i cuando era aun mui niño, sentó plaza de soldado distinguido en el rejimiento en que sucumbió, es decir, en su base el 5º de Línea.

Uno a uno, don Bartolo, como cariñosamente lo apodaban todos en su cuerpo, fué recorriendo los grados hasta llegar a jefe.

Peleó en Cerro Grande, en la guerra con España, en las campañas de Arauco, en todas partes se encontró.

Era un soldado cuartelero, de esos que no salen jamás, que tienen por hogar los muros del recinto de su batallón.

Vivar era un tanto adusto i en sus últimos años se puso más aun, porque las penas del corazón hirieron a ese hombre en lo más íntimo del alma.

Adoraba con delirio a una alta i simpática joven, vecina de los Angeles, i en Angol eran públicos los amores del Mayor del 2º i su futuro enlace.

Pero, un buen día conoció a la dama un acaudalado hacendado de la frontera que poseía inmensas tierras e injentes bienes, i la razón de la riqueza, i los consejos i la falta de amor, porque claro es que no lo hubo, dieron al traste con la boda de Vivar, que murió soltero i sin poder olvidar su única pasión.

Para matar el tedio i la amargura de la vida, se entregó con toda su alma a las tareas de su profesión i nadie hubo como el Comandante Vivar, para instruir reclutas, para atender a su rejimiento.

Cuando llegó la guerra en 1879, Vivar renació i se sintió alegre, porque vió venir la muerte que deseaba con ansias, para él la vida era un páramo, deseaba morir con gloria i por su Patria.

I sus deseos se cumplieron porque en la gran jornada de Noviembre pudo dar su vida como un gran soldado.

Todos los que aun viven, recuerdan una aventura que aconteció a Vivar, Ramírez i a otros oficiales, en Santa Catalina, la víspera de Tarapacá i que fué algo así como un mal agüero.

Era la tarde de ese día i para reposar se tendieron sobre unos cajones vacíos los jefes nombrados; i no se sabe bien, cuál de los dos comandantes, prendió fuego con la chispa de sus cigarros, a residuos de pólvora que sobre los cajones había, i que quemó, el uniforme de Vivar i una colcha de piel en que se acostaba Ramírez.

Vivar perdió su uniforme i hubo de vestirse con uno de tropa, traje con el cual se batió al día siguiente.

Ramírez, al sentirse abrasado por aquella explosión, riéndose dijo a su amigo i segundo:

“Bartolo, bien venido sea el mal si viene solo”.

I aquella profecía se cumplió, por desgracia, al pié de la letra: ambos figuran hoi como astros de primera magnitud en la historia militar de mi Patria, i el mundo entero, venera i respeta sus nombres!

Ya sabemos cómo llenó su deber Vivar, pero lo que no hemos narrado todavía es su muerte.

Don Federico A. Garretón, que era Sub-teniente en ese memorable día, que volvió al día siguiente a Tarapacá con el Coronel don Martiniano Urriola i que fué el primero que entró al pueblo mandado como descubierta, cuenta que encontró a Vivar vivo aun i atendido espléndidamente por los cirujanos peruanos.

“Don Bartolomé, dice don Federico A. Garretón, estaba acostado en un buen lecho i era solícitamente cuidado por los doctores enemigos; pero las heridas de Vivar eran horrosas: sobretodo, la parte más sagrada del cuerpo humano, había sido cruelmente destrozada por una bala que lo había atravesado en esa rejión de banda a banda.

Cuando llegué a su cama, mi Comandante, a quien me unía vieja amistad, se enterneció i me dijo: “Federico, es necesario que yo muera; ya no sirvo para nada: esto se debe terminar, dame un trago de jinebra; hemos cumplido con nuestro deber i hai que morir como chileno”.

Lo conforté cuanto pude, le indiqué que no bebiese jinebra, porque le hacia mal i me agregó. “No hombre, esto me hace bien i me puede dar sueño”.

Gruesas lágrimas acudieron a sus mejillas i volvió a repetir: “*No sirvo ya para nada, hai que morir*”.

Al día siguiente, entregó su espíritu a Dios; durante algún tiempo sus restos descansaron en el Cementerio de aquella aldea, al fin, mano caritativa, uno de su familia, fué a Tarapacá i trajo sus restos mutilados.

El Jeneral Lagos i su secretario don Lucio Martínez, que ya en 1881 era Coronel de Ejército, galones que todavía lleva, le hicieron espléndidos funerales.

Su féretro lo cargaron viejos i probados soldados, los coroneles don Francisco Barceló, don Joaquín Cortes, don Emeterio Letelier, el Jeneral Lagos, don Lucio Martínez, Estanislao León i representantes del Gobierno; numeroso cortejo de amigos i de pueblo, acompañó al heroico Vivar hasta el Cementerio General, donde reposan sus restos.

### *El Subteniente don Jorje Cotton Williams*

He aquí un héroe que es casi un anónimo de la gloria.

Por el apellido ingles, de este oficial, muchos han creído que Cotton Williams no era chileno, el hecho no es exacto, porque nació en Talcahuano.

Su padre fué un yanqui, don Jorje C. Cotton, americano de oríjen i avecindado en nuestro país desde ántes de 1850.

Mr. Cotton se batió en Loncomilla al lado de Cruz, i pasadas esas aventuras guerreras, contrajo matrimonio con la señora Matilde Williams Rebolledo, hermana del almirante.

Jorje Cotton Williams nació en Talcahuano, como dijimos, el 18 de Febrero de 1855, i a los 19 años, se casó en Copiapó con la señorita Ursula Valenzuela i Goyenechea, de quien, en 1879 tenía tres hijos.

Cotton Williams era Ayudante cívico de la Brigada de Caldera, razón por la cual entregó al 2º de Línea, cien reclutas que para ese cuerpo se juntaron en Copiapó.

El Ayudante Cotton Williams, era todo lo que se puede llamar, un oficial entusiasta i decidido por la guerra i por su buen éxito; he aquí lo que dicen sus cartas familiares.

¡Por fin! Iré a la lucha! ¡Iré al campo de la destrucción i de la matanza!

Heriré, mataré, pero con justicia, por necesidad. Me herirán, me podrán matar. Dios dispondrá de eso i no seré yo quien diga que está mal hecho”.

I luego se exalta aun más nuestro compatriota i agrega:

“¡Ah! ¿í si no muero? ¿si llego a esa con tres o cuatro galones con gloria, considerado i apreciado por mis hechos? ¿I si hago con ello el bienestar i la ventura para mis chicuelos i su madre?

Ya veo los aprestos para la marcha: ¡marcharé, veré los aprestos que anuncien que es llegada la hora de esterminio i de horror, veré correr la sangre a torrentes, verá seres llenos de vida caer heridos o muertos i pisando sus cadáveres, sus cuerpos moribundos, sus miembros mutilados, marchar a la muerte o a la victoria.

Todos los oficiales i la tropa tienen este lema: “¡O Iquique o la muerte!”

Yo tengo este otro: “¡O cuatro galones a mi vuelta o nada!”

Cuánto patriotismo, cuánto deseo de amor a la patria i a los suyos, respiran esas líneas!

I como quiere Cotton Williams batirse, que ansias de matanzas i de esterminio son sus cartas!

Es chileno, quiere glorias para Chile; pero también es padre amante, esposo cariñoso i desea ascensos en su carrera porque son el pan de sus hijos, su porvenir.

I todas esas bellas esperanzas las tronchó la jornada tarapaqueña, porque Cotton Williams, murió como un héroe, cayó peleando, alentando a los suyos!

A los 23 años, Jorge Cotton Williams rindió la vida por Chile!

Ramírez tuvo en él un noble i decidido ayudante i cooperador.

### *El Capitán don José Ignacio Silva*

Cuando los Jenerales don Sofanor Parra i don José Antonio Soto Salas, abandonaron las escuadras de la Escuela Militar, para ingresar a la Caballería, fué nombrado también alférez de Cazadores el cadete don José Luis Silva, quien a pesar de sus juveniles años dió pronto pruebas de entusiasmo por el servicio i de indomable valor.

Sabido es que el Alférez Silva, tanto se distinguió en un entrevero con las huestes araucanas, que el Jeneral don Basilio Urrutia pidió i obtuvo su ascenso a Teniente de Cazadores a Caballo; i téngase entendido que, don Basilio, era mui parco para premiar, á la vez que justiciero.

Pero para que mis lectores se den cuenta cabal de este suceso, hélo aquí:

Corría el mes de Febrero de 1874, cuando llegó ala plaza fuerte de Chihuaihue, la noticia de un gran robo de animales cometido en Hualehuaico, por los araucanos.

I tan pronto el jefe de la plaza, tuvo conocimiento del hecho, como envió al Teniente de Cazadores a Caballo, don Manuel R. Barahona, en persecución de los indios al frente de

15 soldados, del Alférez don José Luis Silva i de los paisanos señores José María Toro i Benito Arriagada.

Barahona forzó su marcha i a unas pocas leguas de Chihuahue encontró a los maloqueadores, que arreaban el ganado robado.

I Barahona i su jente, tan luego vió al enemigo, i que éste en lugar de huir se aprontaba para la acción mandó sencillamente: carabina al arzón, mano al sable i a la carga!

Que esa i no otra era la gran voz de mando, que por lo regular oían las tupidas selvas i llanadas de Arauco.

El choque fué tremendo; el enemigo era bravo i numeroso; los indios conservaban intacto el lejeridario valor de Lautaro, i aceptaron el combate con decisión i bravura.

Los hachazos se daban i recibían con fiereza i el entrevero aquel era hermoso, sublime!

El alférez don José Luis Silva, en el medio de aquella revuelta masa, se conducía como un héroe; peleaba cómo un león i tanto se estrechó con el enemigo, que Barahona no se esplica como pudo escapar con vida aquel alentado mancebo.

He aquí las propias palabras del parte oficial del Teniente don M. R. Barahona, en que hace entera justicia a Silva:

“El alférez don José Ignacio Silva, ha manifestado en el tiempo del ataque un corazón a toda prueba, porque en el acto de mandar la carga, la emprendió él a vanguardia de una fracción de tropa, que por la fragosidad del terreno, fué preciso dividir, envolviéndose este oficial con el enemigo de tal manera, que no le era posible manejar su espada, ni los indios sus lanzas, lo que dió lugar a que poniéndose en guardia le hicieron pedazo la guarnición de su espada a garrotazos, pero que una vez medianamente desprendido, pudo bajar a hachazos a uno de sus enemigos.

Este oficial ha salvado la vida por un evento casual, pues, le fué dirijido un lanzazo por retaguardia, pero felizmente lo recibió en el borren trasero de su silla.

¿Se comprende ahora, la justicia hecha, por don Basilio Urrutia?

Este mismo coraje acompañó siempre, al Capitán Silva, durante toda su vida de soldado, sublimándose para morir en la grande i sangrienta batalla de Tarapacá.

Como premio por su valor í servicios de la frontera araucana se le trasladó a Valparaíso, de Ayudante de la Comandancia de Armas; ahí lo encontró el año 79, pasando al 2º de Línea, que fué el pedestal de su gloria.

Sin saber cómo vino a nuestras manos un retrato del almirante Blanco Encalada, el que le obsequió Valparaíso, a ese bizarro marino; i a su pié estampada está de la propia mano del viejo Captor de la Maria Isabel, una cariñosa dedicatoria al Capitán don José Luis Silva, que había contraído esponsales con una nieta del Almirante.

Por desgracia, esa unión la cortó la campaña i la muerte de Silva, que murió rifle en mano, defendiendo su puesto con bravura sin igual.

A nuestra vista tenemos un retrato de Silva, que era alto, membrudo i de apacible fisonomía, he aquí parte de las líneas con que dedica esa fotografía, que es un vuelco del alma del joven soldado, que ya presentía su último fin.

“Consérvelo como un recuerdo por ser de uno *que no sabe si volverá a estrechar la mano de V. V.*, quizás sea ésta *la última muestra* de cariño de su affmo”.

Por desgracia, se cumplieron los arcanos; i Silva cayó como soldado, defendiendo su puesto i sus banderas.

### *Los tres Garretón*

En la campaña del Pacífico, hubo familias que se estremaron, mandando a los suyos a defender los sagrados intereses de la República.

Ahí están los Álamos, Almarza Rivera, Urrutia, Fernández Letelier, Larraines, Serrano Montaner, Salcedo, Ramírez, Gana, Toro Herrera, Barahona i tantos más, que inscribieron sus nombres en la historia, i regando con su sangre todos los campos de batalla, enaltecieron el nombre de la patria estendiendo su territorio i poderío.

Entre ellos, entre esa pléyade de buenos servidores, hai que contar también a los Garretones, que fueron desde niños soldados, heredando así a sus padres i abuelos, que pelearon las rudas campañas de la independencia.

En el 2º del Línea servían tres hermanos, José Antonio, Abel i Federico Aníbal; que empuñaron el fusil en ese cuerpo, crecieron a la sombra de su inmaculada bandera i forjaron sus espíritus templando sus armas, en la brava i secular guerra de la Araucanía.

Cuando Tarapacá, mandaba José Antonio como capitán a la 3ª del 2º batallón del 2º de Línea; acaudillaba a la 4ª del batallón de la izquierda, Abel, teniendo de oficiales a Belisario Zelaya, a Gaete V. i a Manuel Larraín que con Alejandro Gacitúa, que era Sarjento 1º, habían no ha mucho, iniciado su carrera en la compañía del Capitán don Cesáreo Peñailillo, el primero, i en la de don Miguel Arrate Larraín, el último, que es hoi distinguido Coronel de Ejército.

Federico Aníbal, que es el único hermano que sobrevive de esa esforzada trinidad, servía con José Ignacio Silva, en la 3ª del 1º, siendo el Sub-teniente más antiguo.

Así, los Garretones, cuando estalló la guerra el 14 de Febrero de 1879, eran todos veteranos por sus servicios, mas no por su edad, i soldados fogueados en la secular contienda araucana. No es raro pues, que, en Tarapacá, diesen todos muestras de indomable valor.

Hasta el presente, en la histórica quebrada muestran sus habitantes a los viajeros del desierto que llegan a ella en busca de agua í de reposo, las ruinas de la casa en que fué quemado Ramírez i los derruidos restos de la casita de Garretón.

Allá en el fondo maldito de esa hondonada, el valor del Capitán don José Antonio 2º Garretón, con letras de fuego ha dejado inscrito su nombre; también lo tiene en nuestra historia; pero, en Chile viejo, no existe ni siquiera una calle que recuerde su nombre, ni su heroica muerte!

Lo mismo ocurre con su hermano Abel que, bandedo de parte a parte en aquel impetuoso avance, quedó tirado en el campo el día entero, hasta que su hermano, don Federico, lo recojió, amarró en una mula, como quien apareja un costal, i lo condujo a Dibujo.

El único que escapó ileso de aquel vendaval de fuego i de muerte fué don Federico Aníbal, el menor de la trinidad garretónica, i no sin haber pasado sustos mayúsculos.

Cuenta el mismo Subteniente que hubo un momento en que fueron encerrados por el enemigo, en algo así como un patio o corralón, junto con Belisario Zelaya i cinco soldados

más; i que después de batirse buen rato parapetados tras sus pircas o murallas, i agotados los cartuchos i teniendo a su frente más de cincuenta hombres, hubieron de tocar retirada buscando salida por el albañal de una acequia que cruzaba aquel recinto, i con tan buena fortuna que todos escaparon la vida.

Zelaya dice, en una carta, refiriéndose a este lance: “jugamos el todo por el todo, i agazapados salimos a todo escape i las balas que nos confundían por todas partes, i así anduvimos hasta salir fuera de tiro”.

Momentos más tarde, agrega Garretón, conseguimos trepar la ladera i llegar al alto.

En fin, que los tres Garretones, se condujeron bien, no cabe duda, porque los huesos de José Antonio quedaron en la quebrada; Abel fué, gravemente herido i Federico, en prueba de su valerosa conducta, fué inmediatamente ascendido a Teniente.

### *El Sarjento Raimundo Irrarázabal*

Nacido en Itata, Raimundo Irrarázabal, había sentado plaza en Zapadores, i cuando llegó Tarapacá cargaba sobre su brazo, hermosa jineta de Sargento 2º

En la jornada de la mañana, Irrarázabal entró, como todos valientemente al fuego, pero como su cansancio i su sed fuesen tan grandes i su postración tanta, se tendió en el suelo i sin cesar un momento de hacer fuego, no se retiró del lugar en que el cansancio lo botó, hasta que llegaron los Zepitas i a culatazos quisieron ultimarlos, gritando:

“¿Uds. son los guapitos Zapadores de Pisagua. ¡Así pues quedan los guapitos!”

Pero el Sarjento Irrarázabal, no murió; botado en el suelo, a consecuencia de la inmensa sed que le aquejaba desde dos días, recibió al enemigo que lo creyó muerto; más tarde fué recojido por los cirujanos peruanos que lo atendieron i dieron de beber, i mejorado fué conducido prisionero a Arica.

### *¿Quién mató a Ramírez?*

Un buen día don Jorje Wood, hace de esto muchos años a raíz de la guerra, se encontró en las oficinas del Ministerio de lo Guerra con don Ricardo Ramírez, hijo mayor del héroe de Tarapacá, i charlando el Comandante Wood, entre otras cosas, contó la siguiente anécdota:

“Estábamos en Santa Catalina el 26 de Noviembre, tupida fría camanchaca cubría el campamento, i las tropas que iban a reforzar a don José Francisco Vergara principiaban a desfilar.

Luego tocó su turno al 2º de Línea; a su cabeza, rodeado de sus ayudantes, de Miguel Arrate Larraín, Belisario Zelaya i otros marchaba su padre, el Comandante Ramírez, con quien me ligaba vieja amistad.

Divisé al jefe del 2º i le dije: ¡Adiós Eleuterio!

Adiós, Jorje, *al matadero vamos!* me contestó el padre de Ud. amigo mio... Al día siguiente, Eleuterio, había escrito la mejor página de su vida!

“*Al matadero vamos*” decía Ramírez; i quién fué su matador. ¿Quién lo ultimó?

Todos los que en la batalla de Tarapacá se encontraron, narran que el Comandante Ramírez, mui mal herido, se encerró en una casa cerca de San Lorenzo; ahí estaba la

ambulancia de Kidd ahí llegaron también las tropas peruanas imponiendo rendición al mando de un teniente nombrado don Enrique Vargas, quien con voz poderosa gritó: ríndanse señores!

Un balazo, dirigido por Ramírez, trajo al suelo al Teniente Vargas.

Ramírez era el único que hacía fuego, todos los demás estaban gravemente heridos i desarmados.

Cesó el fuego, porque las cápsulas del revólver de don Eleuterio se acabaron; entónces penetró don Trinidad Guzmán, segundo jefe del Loa. Como ya lo hemos contado, conversó con Ramírez que estaba moribundo; cuando entró al recinto el Teniente Rodríguez, del Zepita, i villamente asesinó, mató, al invicto jefe del 2º de Línea, que estaba desarmado i agónico.

El nombre de Ramírez, sublimado por su valor imponderable es un lábaro en el Ejército de Chile i en los del mundo.

Rodríguez, su asesino, será siempre un matador.

La profecía de Ramírez, saludando a Wood, “*al matadero vamos*”, en Santa Catalina, se cumplió fatalmente, al pie la letra.

### *El subteniente don Francisco Silva Basterrica*

“Sabe V., como fué tomado prisionero, el subteniente Silva Bástarrica de Zapadores, nos decía, nos decía, no ha mucho el del mismo grado i cuerpo don Fenelón González?”

I ante los deseos nuestros de oír al viejo veterano, su relación, éste contó lo siguiente:

“Pancho Silva Basterrica, era un niño que no contaba entónces sino 16 años: i en verdad, su físico no andaba mal; pero en esta jornada aflojó; las 48 horas que pasó sin comer i sin agua lo agotaron hasta tal punto que, yendo enancado, pocos minutos ántes de empeñarse el combate, cayó víctima de su propia debilidad al suelo i sin tiempo para recojerlo, quedó ahí, dormido como un muerto hasta las 5 de la tarde”.

No hubo poder humano que sacara a Silva Basterrica de su sueño, de su letargo!

Ni el fuego de cañón, ni el sostenido i graneado de aquel combate, ni nada consiguió despertarlo; cual sería el cansancio la fatiga de aquel niño!

Durmió hasta la tarde.

A esa hora despertó del profundo sueño en que había permanecido; se levantó i divisando tropas se dirigió a ellas creyéndolas nuestra, eran peruanas i le hicieron fuego.

Por fortuna, Buendía estaba ahí, mandó hacer alto i no sin dificultades, logró salvarlo.

Señor le dijo el jeneral enemigo deben estar en Chile mui pobres de oficiales cuando mandan a pelear guaguas como Ud.

Poco después, era entregado al Iquique, que mandaba don Roque Sáez Peña, i ahí en ese batallón hizo toda la marcha hasta Arica siendo siempre bien tratado por el mismo Buendía, declara Silva Basterrica.

Como un ejemplo, de ese buen trato, me contaba Pancho, que un oficial peruano le quitó su reloj i habiendo reclamado a Buendía, este increpó duramente al oficial su mala acción, le devolvió la prenda i le regaló dos soles de plata para que se hiciera un par de gemelos.

“Más tarde, agrega González, Silva Basterrica, me obsequió los dos soles a mí”.



Después de Arica, Silva Basterrica fué canjeado por el alférez Peset, de Artillería.

### *Bajas chilenos peruanas*

Difícil cosa es precisar las bajas nuestras; la única fuente de verdadera información que hemos encontrado, es el estudio de las listas de revista de los cuerpos que formaron en la jornada de Tarapacá el 27 de Noviembre.

De ahí, hemos tomado los datos que van a continuación, i que son la espresión real i verdadera de las bajas sufridas por nosotros en esta acción.

He aquí, lo que el estudio de esas revistas, verdadero cementerio de gloria i de martirio, nos dicen con su real i tremenda verdad.

El primer cuerpo que hemos investigado es el 2º de Línea, i aquí está el resultado de nuestra labor.

En el Hospicio en Pisagua el 14 de Noviembre de 1879 pasó la revista del mes nombrado el 2º de Línea; en ese día el interventor puso su visto bueno a 1,154 hombres, contado, desde comandante a el último soldado.

El día ántes de la batalla el comandante Ramírez, seleccionó su tropa; i en Santa Catalina quedaron 200 hombres, a los que hai que agregar diez más que por enfermos se dejaron en Pisagua, Santa Catalina i Dibujo.

Así el 2º entró al fuego en la mañana del 27 con 944 plazas entre jefes i oficiales, clases i soldados.

La Plana Mayor tenía 62 hombres incluyendo en ellos a la banda de músicos que perdió 48 ejecutantes i casi todo su instrumental, más dos jefes, i tres oficiales, es decir, 54 individuos, de ellos 22 muertos í 32 heridos.

He aquí un estado formado por nosotros con los orijinales a la vista:

## REJIMIENTO 2º DE LÍNEA

### PRIMER BATALLÓN

#### *Muertos*

Unidades	Jefes	Oficiales	Tropa
Plana Mayor.....	2	3	17
1ª compañía.....		1	6
2ª Compañía.....			54
3ª Compañía.....		1	56
4ª Compañía.....			19
Total.....	2	5	152

#### *Heridos*

Unidades	Oficiales	Tropa
Plana Mayor.....	1	31

1ª Compañía.....	1	23
2ª Compañía.....	2	18
3ª Compañía.....		26
4ª Compañía.....	2	29
Total.....	6	127

Tuvo pues, el primer batallón del 2º Línea, contando oficiales i tropa, muertos, 159 hombres; í heridos 133; contados del mismo modo, lo que hace un total de 292 bajas.

## SEGUNDO BATALLÓN

### *Muertos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....	1	40
2ª Compañía.....	2	9
3ª Compañía.....	2	34
4ª Compañía.....		61
Total.....	5	144

### *Heridos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....	2	23
2ª Compañía.....		19
3ª Compañía.....	1	36
4ª Compañía.....	2	26
Total.....	5	104

Sumando las cifras anteriores tenemos que el 2º Batallón del 2º de Línea dejó en el campo entre muertos i heridos 10 oficiales i 244 individuos de tropa en todo 254 hombres.

Ahora bien, el regimiento perdió 292 plazas en el primer batallón i 254 en el 2º; o lo que es lo mismo, dejó en aquel campo 550 veteranos i entre ellos a sus dos primeros jefes i numerosos oficiales i clases.

Entró al fuego el 2º con 914 hombres; se retiró en la tarde de aquel, funesto día con 394 veteranos i sin jefes que lo acaudillasen, porque Echanez separado fué, poco después, por cobarde.

Veamos ahora como libró la Artillería de Marina, pasó también revista el 14 de Noviembre, i su efectivo ese día, fué el de 518 plazas; el 27 entró al fuego solo con 510 hombres; los que faltaban quedaron enfermos.

He aquí el cuadro de sus bajas:

## ARTILLERÍA DE MARINA

## PRIMER BATALLÓN

### *Muertos*

Unidades	Oficiales	Tropa
Plana Mayor.....		1
1ª Compañía.....		10
2ª Compañía.....		13
3ª Compañía.....		10
4ª Compañía.....		-
Total.....		34

### *Heridos*

Unidades	Oficiales	Tropa
Plana Mayor.....	-	-
1ª Compañía.....		5
2ª Compañía.....	1	8
3ª Compañía.....	1	10
4ª Compañía.....		18
Total.....	2	41

Las bajas de este primer batallón suman como se ve, 77 hombres.

## SEGUNDO BATALLÓN

### *Muertos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....		2
2ª Compañía.....		15
3ª Compañía.....		3
4ª Compañía.....		4
Total.....	-	24

### *Heridos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....		7
2ª Compañía.....		8
3ª Compañía.....		5
4ª Compañía.....		9
Total.....		29

Esta sección, perdió entre muertos i heridos 53 individuos; i toda la Artillería de Marina dejó en Tarapacá 130 hombres; abrió sus fuegos Vidaurre, con 510 veteranos, se retiró del campo con 380 soldados.

Veamos ahora como le fué al Movilizado Chacabuco; hemos, contado uno a uno los hombres que en este cuerpo se batieron en Tarapacá i su número alcanza a 455 individuos, desde don Domingo de Toro Herrera a Ramón Barrera, que es el último soldado de la 4ª del Capitán Campo, que figura en las nóminas de los que asistieron a la batalla.

Ahora he aquí las bajas, los muertos i heridos del recoletito batallón, el de los futres portaleros, como por mofa los calificaba don Cornelio Saavedra, Coronel i Ministro de la Guerra, en Marzo de 1879.

## BATALLÓN CHACABUCO

### *Muertos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....	1	9
2ª Compañía.....	1	4
3ª Compañía.....		10
4ª Compañía.....		20
Plana Mayor.....	2	1
Total.....	4	44

### *Heridos*

Unidades	Oficiales	Tropa
1ª Compañía.....	1	22
2ª Compañía.....	1	23
3ª Compañía.....	1	19
4ª Compañía.....	1	17
Total.....	4	81

Es decir, las bajas de este cuerpo ascendieron a 44 muertos i a 85 heridos, cifras que dan un total de 113 hombres fuera de combate.

He aquí las pérdidas de Zapadores, que iniciaron el combate con 289 individuos.

Al final de la acción, la 3ª Brigada de Zapadores tenía de ménos 64 hombres muertos i 26 heridos; agréguese a éstos 4 oficiales fallecidos i 2 más heridos i tendremos que el total de bajas de Zapadores fué de 96 hombres por todo.

La Artillería de Fuentes presentó a la batalla 72 hombres de los que perdió entre muertos i heridos 28, entre éstos al Teniente don Filomeno Besoain, que fué herido a bala.

Nos restan Granaderos i Cazadores a Caballo.

Los primeros alcanzaron a juntar 116 plazas i 24 los segundos.

Villagrán no tuvo sino 4 hombres muertos i 2 heridos.

Este es el detalle, veamos las bajas jenerales de esta porfiada contienda, en la que el Ejército de Chile campeó por salvar su honra i sus banderas.

*Rejimiento 2° de Línea*

Muertos.....	308 hombres
Heridos.....	242 “
Total.....	550 “

*Artillería de Marina*

Muertos.....	58 hombres
Heridos.....	72 “
Total.....	130 “

*Batallón Chacabuco*

Muertos.....	48 “
Heridos.....	85 “
Total.....	133 “

*3ª Brigada de Zapadores*

Muertos.....	75 “
Heridos.....	87 “
Total.....	162 “

*Artillería*

Muertos.....	4 “
Heridos.....	24 “
Total.....	28 “

*Granaderos a Caballo*

Muertos.....	4 “
Heridos.....	2 “
Total.....	6 “

*Cazadores a Caballo*

Sin bajas

*Resúmen*

Muertos.....	497 hombres
Heridos.....	503 “
Total general.....	1,008 “

Forzosamente, i en obsequio de la verdad, ántes de cerrar este trabajo, hemos vuelto a rectificar las cifras de los que, por parte nuestra, asistieron a la jornada que estamos historiando, i creemos que las cifras que van a continuación son irrefutables; porque han sido tomadas de documentos tan excelentes como son los ajustes

*Tropas de Chile que se batieron en Tarapacá*

Rejimiento 2° de Línea.....	944 hombres
Artillería de Marina.....	514 “
Batallón Chacabuco.....	455 “
Brigada de Zapadores.....	289 “
Artillería.....	72 “
Granaderos a Caballo.....	116 “
Estado Mayor.....	10 “
Total.....	2,420 “

La cifra apuntada es la real i verdadera; así como las bajas nuestras, contando muertos i heridos, llegaron a 1,000 plazas; réstese ese guarismo del primero i tendremos que a Dibujo volvieron con Arteaga 1,420 veteranos, que luego tomaron el desquite en Anjeles, Tacna, Chorrillos, etc., etc.

Pero permítasenos que nos rectifiquemos nosotros mismos: al total de 1,420 hombres, debemos todavía quitar 76 prisioneros que nos tomó Buendía; así, Arteaga, quedó con 1,344 plazas; esos fueron los que en realidad de verdad volvieron.

Las bajas alcanzaron, pues, entre muertos, heridos i prisioneros a 1,076 individuos; cifra enorme, que es un ejemplo elocuentísimo del imponderable valor de nuestros hombres i de la mala dirección i nulidad del Comando, que ideó i dirigió esa acción.

Don Gonzalo Búlnes, en su interesante obra: “Guerra del Pacífico”, tomo 1° foja 690, historiando este mismo punto anota como bajas jenerales por muerte, 516 hombres i cree que los heridos no fueron sino 179 individuos; es decir, hace subir el total de nuestras pérdidas a 695 veteranos, por toda baja.

Sentimos rectificar al señor Bulnes; pero podemos aseverar que nuestras cifras son exactas, porque nos hemos dado el trabajo de contar, uno por uno, a los bravos tarapaqueños en las listas de revista, en la nómina de los asistentes a las batallas i en las los que recibieron los bonos con que premió el Congreso, a los que fueron a morir por Chile en la Campaña del Pacífico.

No fueron 695 plazas las que se perdieron en Tarapacá, sino 1,019.

*Pérdidas del enemigo*

Véamos ahora las bajas peruanas; declararemos desde luego que los partes enemigos son mui oscuros en ese punto, i que los datos que poseemos son conjeturales, tomados de fuentes que nos merecen fé, es cierto, pero no como los que hemos consultado para hacer el estudio de nuestras pérdidas.

Hai que notar sí, que el Coronel don Belisario Suárez, declara en su parte de 30 de Noviembre “que es honrosa, aunque triste, la relación de bajas porque figuran entre los muertos i heridos considerable número de jefes i oficiales”.

Cáceres, don Andrés Avelino, que mandaba la 2ª División, termina su parte así: “sólo puedo asegurar a US. que el número de muertos i heridos es considerable”.

El jefe de la Artillería, Coronel don Emilio Castañón, confiesa “que la *victoria* les cuesta bien caro” porque sobre 138 hombres contados jefes i oficiales, “han sido heridos un jefe, 8 oficiales i 32 individuos de tropa i 15 muertos de estos últimos. Total de baja: 56 plazas!

El Comandante de la 5ª División, Coronel Velarde, dice que su comando “ha perdido un jefe, 8 oficiales, 124 de tropa muertos, i 5 oficiales i 131 de tropa heridos”.

Esas cifras dan el total de 267.

La División Exploradora del Coronel don Melchor J. Bedoya dice su jefe que “que sólo alcanzaron a 29 muertos i 36 heridos”, en todo, 65 hombres.

El Provisional de Lima N° 3 dá cuenta su Comandante, don Ramón A. Zavala, que dejó en el campo: 1 jefe, 1 oficial i 20 soldados heridos i 12 individuos de tropa muertos.

Esto, por lo que respecta a los partes enemigos que, como se vé, confiesan grandes pérdidas.

Tenemos aquí, una relación de muertos i heridos hecha en Arica, en Diciembre de 1879, i ella arroja 500 hombres entre muertos i heridos.

Esa cifra es mui superior a la nuestra, porque nosotros, no perdimos sino 37 oficiales i jefes muertos i heridos, entre los cuales el 2º de Línea tiene derecho a 21; el resto se distribuye entre chacabucos, marina, zapadores i artillería

Con siete bajas más que tuviesen los peruanos nos habrían doblado nuestro número.

Las correspondencias de ese tiempo, tanto chilenas como peruanas, hacen subir a más de 1,800 las bajas enemigas; i así debió ser a estar a las de los oficiales; por otra parte, todos los sobrevivientes chilenos afirman que la mortandad de peruanos fué mui superior a la nuestra.

En 1880 se publicó en “Los Tiempos”, diario santiaguino, que editaba i redactaba don Justo Arteaga Alemparte, una correspondencia del norte; de ahí tomamos lo siguiente:

“Sólo en una punta, dice el autor, que se avanza del pueblo sobre la quebrada, en un espacio de unas pocas varas, dejaron los peruanos “cincuenta i siete cadáveres”, i entre ellos no encontré más que un soldado del 2º, que lanzó su último suspiro teniendo asido por el pelo a un cholo corpulento i en ademán de hincarle los dientes en el cuello. Es necesario haber visto aquello para formarse idea de lo que ha sido”.

¡Qué tal! I lo que asevera este oficial, lo han repetido todos; aun más, hai quien ha contado años después, los cadáveres que insepultos han estado esperando mano caritativa que los entierre, i visto, más de mil i tantos muertos peruanos!

En fin, la creencia Jeneral es que el enemigo pagó sumamente cara su victoria: el triunfo le costó más de 1,800 hombres!

## *Una aclaración de don Carlos Gaete Vergara*

Con todo agrado damos la carta que vá a continuación, ella tiende a dar más luz sobre uno de los episodios de la batalla del 27 de Noviembre.

He aquí ese documento:

“Santiago, Diciembre 5 de 1911.-Señor Nicanor Molinare  
Presente.

Estimado amigo:

Permítame una rectificación.

Yo no llegué a última hora al rancho famoso, debo decirle que permanecí en él, desde el momento en que la 4ª del 2º, del Rejimiento 2º de Línea, a la cual pertenecía, se retiró del Cerro Redondo, de órden del comandante Ramírez que nos mandó replegarnos donde mejor pudiéramos defendernos, i a la vez, atacar al enemigo; lo que hicimos con el Capitán Garretón i unos pocos sobrevivientes de la referida compañía.

Los Sub-tenientes Valenzuela S. i Arrieta C., se agregaron a nosotros con varios soldados del 2º i de Artillería de Marina, i permanecieron hasta el fin de la batalla, como así mismo el Subteniente Bascuñan, que ahí rindió la vida.

Los prisioneros se los entregamos al Comandante Vidaurre; eran siete i de diferentes cuerpos.

El Capitán Necochea llegó herido i quedó en el interior del rancho i ahí recibió nuevas heridas. Los demás detalles sobre este oficial, Ud. los conoce demasiado, i omito consignárselos en ésta es la verdad histórica.

Salúdalo atentamente S. S. S.- *Carlos Gaete V*”.

Terminando la rectificación del alentado subteniente Gaete Vergara de 1879, nos viene a mientes un famoso retrato en verso que el periodista i soldado del 2º de Línea, don J. de la Cruz Reyes Campo, hizo de Carlos Gaete V., i que refiriéndose a su escuálido físico, dice así:

“Eres cruz de campo santo,  
Largo, flaco í ajustado,  
Pareces caballo del diablo,  
Zancudo descoyuntado”.

Pobre Reyes Campo, era todo un bravo mozo, i sin embargo, tenía la obsesión del número 13; por nada de esta vida se sentaba en festín donde su humanidad hiciera ese número fatídico; i cosa singular, el 13 de enero de 1881 una bala le partió el cráneo!

Para Reyes Campo, el 13 de Enero fue fatal; Chile se llenó de glorias en ese día.

*La Dolores Rodríguez*

Muchos la conocieron en aquellos felices años; hoi vive anciana ya i gozando de una modesta pensión, la Dolores Rodríguez de Zapadores.



No podía tener en Noviembre de 1879 la Dolores, más de 19 años i era toda una guapa moza; había nacido en Rungue, la tierra de las papas, de los charquis de plata, heredad de Los Osorios, cita un poco al sur de Montenegro, camino férreo de Valparaíso.

El amor, como siempre, la llevó a la campaña, a la guerra; Dolores, adoraba al Zapador Cayetano Cortes, i de ahí a ser su camarada i largarse con él para el litoral del norte, no había sino un paso; i la Dolores se fué, i en Tarapacá caído su marido empuñó a su vez el Comblain i no lo largó sino cuando otra bala la hirió en el muslo.

El comandante Santa Cruz vió pelear a aquella brava mujer i al verla caer allegóse a ella; i don Ricardo cuenta en una carta, que la Dolores, al verlo, sonriente le dijo:

*“Mi comandante, estoi bandeada”!*

Cuanta sencillez i cuanto heroísmo no encierran esas palabras!

Estoi bandeada, es decir, he cumplido con mi deber, he peleado, me siento feliz porque he sido herida defendiendo a mi patria!

*Una comisión especial vá a Tarapacá en busca de los restos de don Eleuterio Ramírez.*

Terminada la batalla, el enemigo, como ya lo hemos narrado abandonó al día siguiente a Tarapacá.

Esa misma tarde, es decir, el 28 de Noviembre, llegó a la desierta quebrada el coronel don Martiniano Urriola, llevando de guía al teniente don Federico A. Garretón con la tropa necesaria para recojer los heridos i enterrar algunos cadáveres,

Urriola, cumplida su santa misión, i especialmente la de dar sepultura a los restos informes de su hijo, Pedro, volvió a Santa Catalina.

Más tarde, el activo i diligente comandante del Bulnes, don José Echeverría, tras intelijente pesquisa descubrió uno a uno los cañones que nos había tomado el enemigo: enterró muchos cadáveres de chilenos i peruanos; i después de seria investigación, acompañado del comandante don José Ramón Vidaurre i de numerosos oficiales, encontró el cadáver del heroico comandante del 2º de Línea don Eleuterio Ramírez.

Como ocurrió aquello; lo dice la nota que íntegra transcribimos aquí, porque ella es la relación verídica de ese suceso:

*Acta de reconocimiento del cadáver del comandante don Eleuterio Ramírez*

“En Qullahuasa, territorio peruano, ocupado por las armas de Chile, los abajo firmados testifican, dan fé, haber visto por sus propios ojos i reconocido el cadáver del que fué comandante del Rejimiento 2º de Línea, don Eleuterio Ramírez, en una casa de San Lorenzo, al sur de Tarapacá.

*Está medio carbonizado i existe solo la parte del tronco arriba, menos el brazo derecho.*

El izquierdo está atado con un pañuelo en forma de venda, pero la cara i el cabello que aun le quedan, demuestra claramente, i sin lugar a dudas, sus facciones, que las reconocerán a primera vista los que lo conocieron en vida.

También hemos visto sacar del bolsillo de un pedazo de chaleco de lana, que el comandante José Ramón Vidaurre, encontró entre las cenizas que hizo reconocer en el sitio donde estaba el cadáver, un par de colleras de oro con el monograma de su nombre i cinco fichas de las que se usan en las oficinas salitreras.

Hemos visto igualmente, una brújula de bolsillo, un tirabuzón con pito i una sortija de oro con esta inscripción: “Recuerdo. 1874”.

El tirabuzón i la brújula fueron entregados por el Subteniente don Eduardo Moreno Velásquez, i la sortija por el Sub teniente don Julio A. Medina, quien la tomó del soldado José del Cármen Olivares, que fué el que la sacó del dedo del finado Comandante, i los dos objetos restantes encontrados entre los jirones de sus vestidos.

El tirabuzón i las fichas fueron reconocidos por el Comandante don José Ramón Vidaurre, quien ántes de descubrirles, cuando el cabo Pedro Pablo Bermedo que abrió el citado bolsillo, por órden de este jefe dijo que eran cóndores, respondió que eran fichas i enunció el valor de cada una porque aseguró que él mismo se las había obsequiado días ántes de su muerte.

A la feliz casualidad de haberse hecho recojer el pedazo de chaleco, que ya se iba tapando con las cenizas que se estaban removiendo, se debe el hallazgo de las colleras i de las fichas, que testifican suficientemente, pertenecer al que fué Comandante Ramírez, sí sus facciones solas, no bastaran para reconocerlo.

En fé de lo dispuesto, firmamos la presente en Quillahuasa, a 25 días del mes de Enero de 1880.- J. R. Vidaurre.- Juan F. Urcullu.- Julio A. Medina.- David Tagle Arrate.- J. Francisco Várgas.- José Tomas Urzúa.- M. Urízar.- José A. Silva.- Rolan Zilleruelo.- Eduardo Moreno V.- Sofanor Parra.- Juan Astorga.- Antonio León”.

Como se vé, no podrá nadie dudar ni del acta trascrita, ni tampoco de la absoluta seguridad de que los restos, encontrados en San Lorenzo, fueron los del Comandante don Eleuterio Ramírez.

Así las cosas, esas sagradas cenizas se encajonaron con todo el respeto posible i, de jornada en jornada, volvieron a Dibujo, a Santa Catalina, a Iquique, Valparaíso i Santiago.

Honras, paradas militares, pueblo inmenso, multitud respetuosa, rodeó ese féretro; Chile entero, representado por su prensa, por todas las autoridades de la República, el clero i cuanta institución existía en esos años, rindió tributo de respetuosa admiración a los restos del émulo, del compañero de Arturo Prat.

En Santiago i Valparaíso, los funerales de Ramírez, que volvía al seno de los suyos con los sangrientos despojos de Thompson, de Urriola, Cuevas i otros heróicos soldados más, asumieron las proporciones del triunfo; porque, en verdad, con la alegría en los rostros i la pena en el alma, recibía la capital de la República a las sacrosantas cenizas de sus héroes, a los desgarrados miembros de sus soldados i marinos!

I tras aquella ovación, a la que asistió Santiago entero, los despojos mortales del heróico soldado de Tarapacá, que prefirió morir a rendirse, fueron sepultados en la tumba de sus antepasados, en medio de las lágrimas de todo un pueblo, del tronar de los cañones i de los ecos marciales de marchas guerreras, de himnos llenos de santo patriotismo!

*Las cartas de condolencia.*

I para finalizar este relato de la gran jornada tarapaqueña, i de las inmortales hazañas de los hijos de Chile que allí pelearon sin rendirse, por afirmar el poderío de la República i sus viejos blasones de heroísmo, damos aquí publicidad a unas cuantas cartas de condolencia dirigidas a la señora Gabriela Medina, viuda del héroe de Tarapacá, que la familia Ramírez conserva como preciado tesoro.

La primera es de la Ilustre Municipalidad de Santiago, que en ese tiempo no había perdido todavía el brillo que dé la honradez, que hoi le niega para su desgracia la opinión pública:

“Santiago, Diciembre 19 de 1819.- Señora de nuestra distinguida estimación:

Las últimas noticias llegadas del Litoral del Norte han venido a confirmar la sensible pérdida del digno esposo de Ud., i jefe de uno de los más brillantes cuerpos del Ejército, Teniente Coronel don Eleuterio Ramírez.

No es sólo Ud., señora, quien se encuentra de pésame por este infausto acontecimiento: lo está también el Ejército i el país entero; i la Municipalidad de Santiago, interpretando los sentimientos del pueblo que representa, ha acordado hacer una manifestación pública de duelo, dirijiendo a Ud. la presente nota:

El digno esposo de Ud., al desaparecer como un héroe, defendiendo la honra de Chile mientras quedaba en su cuerpo un resto de vida, alcanzó la inmortalidad, legó una página gloriosa para la historia de su patria, i un nombre ilustre para sus hijos. Su muerte, ha estado a la altura de su vida, en la cual dió siempre pruebas de ser el caballero más cumplido i el militar más pundonoroso i más valiente.

Su nombre figurará en adelante en los bronces de la patria, al lado de los de Prat, Serrano, Aldea, i demás mártires del deber.

Que sea un lenitivo para el justo pesar de Ud., el unánime reconocimiento de sus virtudes i las glorias con que ha decorado el pabellón de la patria, son los deseos de sus atentos i seguros servidores.- Zenón Freire.- Juan Nepomuceno Iñiguez.- M. Gandarillas.- Alejandro Fierro.- Teodoro Errázuriz.- F. de P. Echáurren.- Rafael Bascuñan.- Víctor Aldunate C.- A. Cañas.- J. Mackenna.- Manuel J. Dominguez.- L. Jara Quemada.- Carlos Rogers.- M. Elizalde.- J. F. Mujica.- Joaquín Díaz B.- Juan de D. Morandé.- José Zapiola.- Recaredo Ossa.- J. M. Dávila Baeza, secretario.- A la señora Gabriela Medina de Ramírez”.

---

I lo mismo que hicieron los señores municipales de Santiago, hicieron el Intendente de Curicó, don José Salinas i su honrado i patriota cabildo; con frases de ardoroso patriotismo saludaron a la desgraciada viuda del héroe.

“Que el recuerdo de sus virtudes cívicas gravados indeleblemente en el corazón de sus conciudadanos, sirva al ménos de lenitivo a la desgracia inmensa que alcanza a la esposa i a la madre, puesto que también esa desgracia es para la patria; tales son los deseos de la ilustre Municipalidad i del infrascrito, decía el señor Intendente Salinas en oficio de 25 de Diciembre de 1879.

Osorno, su ciudad natal, tampoco se quedaba atrás, i aquí tienen mis lectores como espresaban su condolencia los hombres de esta tierra, los compañeros de la infancia de Ramírez:

“Osorno, Diciembre 29 de 1879.- Señora Gabriela Medina v. de Ramírez.- Santiago.

“Distinguida señora:

La batalla de Tarapacá, ocurrida el 27 del mes próximo pasado en territorio peruano, ha dado a Chile nuevos días de gloria. Un puñado de valientes llenos de heroísmo i amor patrio, en un combate sin igual i en el que todas las probabilidades del triunfo estaban por el número, ha probado al Perú i al mundo entero, que la victoria no es del número, sino de la fuerza, del brazo i del valor, que se anida en el corazón.

Esa batalla llena hoi a Chile de noble i lejítimo orgullo: pero también cuesta noble sangre i valientes hijos sacrificados para alcanzarla.

El noble i valiente Comandante del Rejimiento 2º de Línea, señor Eleuterio Ramírez, digno esposo de Ud., lleno del heroísmo que solo es capaz de el corazón que siente la intensidad del amor i glorias de la patria, fué uno de los héroes de esa memorable acción i el pueblo de Osorno, que tiene la honra de ser su cuna, se siente hoi lleno de santo i noble orgullo, i así como celebra las glorias alcanzadas con esa acción, llora también la pérdida de tanto valiente entre los cuales descuella la hermosa í simpática figura del valiente Comandante del 2º de Línea, cuyos restos se ha apresurado a honrar este pueblo, en una espontánea manifestación de dolor.

Este municipio, eco fiel de los sentimientos de este pueblo, se apresura hoi a compartir con Ud. su lejítima i honda pena i espera calme su acerbo pesar el recuerdo del heroísmo de su digno esposo, cuya memoria quedará gravada en el corazón de todo chileno.

Quiera Aquél, que dá todo consuelo, mitigue su justo i lejítimo dolor.

Con sentimientos de respeto i aprecio, somos, señora, de Ud. mui atentos i S. S.- Carlos Guillermo Fuchslocher.- S. Barrientos.- Gurtten Fuchslocher.- J. Francisco Barrientos.- Samuel Burgos.- Juan Borquez.- José Domingo Negrón.- Enrique Anjelbeck.- Cárlos Montecino”.

---

Al acaso elejimos algunas otras cartas más, son tantas, pero nuestra vista sin querer se encuentra con las firmas de los señores Francisco Echáurren Huidobro, Eulojio Altamirano, Orosimbo Barbosa í Benjamín Vicuña Mackenna i tentaciones nos dán de publicar íntegras esas comunicaciones en que palpita el alma entera de la patria, de Chile, grande i poderoso porque venera a sus héroes i les hace merecida justicia!

Es la vieja jeneración, son los hijos de los padres de la patria, los que crecieron al arroyo del himno de Yungai i oyendo las narraciones heroicas de Maipú i Chacabuco, los que escriben, los que hablan: i por eso los damos aquí, para que los que vienen, sepan como se aprecia el valor en nuestra tierra i como pelearon los que fueron *a la conquista del Perú, que aun no esta terminada porque nos resta volver a Lima!*

“Santiago, Diciembre 18 de 1879.- Señora Gabriela Medina de Ramírez.

Señora de mi respeto:

Tan luego como he regresado a esta capital, me apresuro a cumplir con el penoso deber de manifestar a Ud. mi más sentido pésame con motivo del fallecimiento del digno

esposo de Ud., Comandante don Eleuterio Ramírez, muerto gloriosamente en la batalla de Tarapacá.

Tuve repetidas oportunidades de apreciar en vida las relevantes cualidades del Comandante Ramírez, i de encontrar siempre en ellas el distintivo del hombre que, se atrae el aprecio i las consideraciones de todos por la elevación en los sentimientos i por la rectitud en el cumplimiento del deber.

Para Ud., señora, la pérdida de su noble esposo, ejemplar como fué en las afecciones i en su solicitud para querer i atender a los suyos, será siempre una desgracia tan dolorosa como irreparable, pero, ojalá que la gloria con que terminó sus días, defendiendo a su Patria i sacrificándose por ella con un heroísmo incomparable, pueda mitigar algún tanto su infortunio, ya que no es común ni pequeña, dejar para su familia un nombre enaltecido con un glorioso sacrificio i rodeado por la gratitud i admiración de sus conciudadanos.

Por mi parte, deploro de corazón la pérdida de tan distinguido jefe, en el cual todos cifraban tantas esperanzas i que parecía destinado a servir tan eficazmente a su país, como para elevar su propio nombre i su propio crédito, con la intelijencia i la lealtad, de sus valiosos servicios.

Yo confío que el país sabrá coronar la memoria del Comandante Ramírez i que sabrá atender como leí de gratitud nacional con mano jenerosa a la digna viuda i a los desgraciados hijos, no sólo como estímulo para los que fallecen dando días de gloria a su Patria i dejando en orfandad a la familia, sino como deber de conciencia pública que presta noble i jeneroso amparo a los deudos que todo lo sacrifican por el honor de su país.

Sírvase Ud., señora, aceptar mis sentimientos de condolencia i los respetos con que me suscribo de Ud. como su mui afectísimo atento i seguro servidor.- F. Echaurren”.

Recordar las virtudes cívicas de don Francisco Echaurren, que firma esta carta, sería una redundancia, porque su vida fué un espejo límpido en que se pueden mirar los chilenos.

---

Don Euljio Altamirano, en Enero de 1880 se espresaba así:

“Valparaíso, Enero 3 de 1880.- Señora Gabriela M. de Ramírez.

Señora:

Soi talvez el último en manifestar a Ud, el hondo pesar con que he recibido la noticia del glorioso fallecimiento de su ilustre esposo, don Eleuterio Ramírez, pero por el retardo no me juzgue Ud. incapaz de apreciar la enorme pérdida que hemos experimentado.

Me honraba con la amistad del señor Ramírez, i pude, tratándolo con frecuencia, estimar sus virtudes de soldado i de patriota.

A nadie que conociera a Ramírez, ha podido sorprender su heroica conducta en Tarapacá. Era uno de esos hombres que sólo esperan el momento i la oportunidad para llegar a las cimas.

Su ilustración, su gran corazón, su valor probado, su patriotismo, eran alas poderosas para llevar hasta la gloria í la inmortalidad.

No es raro, entónces, que haya alcanzado hasta esa altura.

Señora: nada sé decir, ni nada puedo hacer para mitigar su dolor, pero puedo sí, afirmar que sus lágrimas no han corrido solas. Todos los que amamos la Patria i sabemos respetar sus grandes hijos, hemos estado con el corazón al lado de Ud.

Que el respeto de todos los chilenos proteja el noble hogar de Ud., como ántes le protejía el hombre ilustre que en día de prueba dió la vida por la gloria de su Patria.

Respetuoso amigo i servidor de Ud.- E. Altamirano.

---

I toca su turno al cantor de las purísimas glorias de mi Patria, al que haciendo justicia a sus hijos exaltó su patriotismo hasta el lirismo, amparó a sus viudas i cuidó a sus huérfanos, a don Benjamín Vicuña Mackenna.

Habla, don Benjamín, en nombre de la Sociedad Protectora de Santiago, asociación benemérita que cuidaba de los huérfanos de la campaña, de los desheredados de la fortuna, pero no de la gloria.

“Santiago, Diciembre 25 de 1879.- Señora Gabriela M. de Ramírez.

Digna señora:

Durante varios días he retardado, voluntariamente, el cumplimiento del doloroso encargo que me confiara la Sociedad Protectora de Santiago, para ofrecer a Ud. su profunda condolencia por la pérdida de su justamente llorado esposo i noble soldado de la República, el Teniente Coronel i Comandante del 2º Rejimiento de Línea, don Eleuterio Ramírez.

I ese retardo, señora, no provenía tanto del temor de aumentar la justa aflicción de su alma viuda, como de un resto de esperanza que alentaba la nuestra, para no dar por consumado el triste, si bien glorioso sacrificio.

Hoi esa esperanza ha desaparecido por completo. Pero junto con la realidad que cubre de luto su hogar i nutre de calurosa simpatía el corazón de todos los chilenos, por una noble memoria i una orfandad acreedora a alto favor, ha llegado a Chile la confirmación del heroísmo supremo, que condujo a su denodado esposo a la batalla i le hizo mantenerse inflexible en su campo, no obstante el derramamiento de su sangre, que comenzó a postrar sus fuerzas físicas desde la primera hora.

El Comandante Ramírez sucumbió al fin, junto con seis de sus capitanes de fila i rodeado de no ménos de veinte de sus subalternos electrizados por su ejemplo.

Quinientos de sus soldados, fieles a su voz, quedaron tendidos en torno suyo, después de nueve horas de indómita bravura.

Créame Ud., señora, *que conocedor de los fastos militares de la República, no he encontrado hecho semejante a esa proeza*, i abrigo la presunción profunda de que por ella, su esposo i el rejimiento de bravos que mandó en la quebrada de Tarapacá, el 27 de Noviembre del año en que fenece, han vinculado su nombre a una gloria señalada i secular de la República.

Cuando se pierde así la vida en lejana tierra, el hogar del héroe no puede ser un techo indiferente para sus conciudadanos, i miéntras la hora de la justicia pública llega para los

manes del muerto, ruego a Ud., digna señora, no olvide que sus hijos no han quedado del todo sin amigos entre los vivos.

Son estos los votos que la Sociedad Protectora de Santiago, me ha encargado hacerle presente i al cumplirlo me cabe, señora, la satisfacción de ofrecer a Ud. mis más respetuosas consideraciones.- Benjamin Vicuña Mackenna”.

---

El Coronel Barbosa, el soldado de Tacna, el vencedor de Ate, ese reconocimiento modelo de la campaña a Lima, que fué una batalla, desde Calama, enviaba también su consuelo a la digna viuda, i hacia justicia i rendía homenaje a su compañero de armas:

“Calama, Diciembre 30 de 1879.- Señora viuda de Ramírez.

Señora de mi mayor consideración i respeto:

Como antiguo amigo i compañero de armas del heroico Comandante don Eleuterio Ramírez, digno esposo de Ud., muerto gloriosamente en el jigantesco encuentro de Tarapacá; cumplo hoi, desde el fondo de este desierto, el penoso deber de enviar a su alma desolada, una palabra de sentido pésame por tan sensible pérdida,

Quiera el cielo, señora, que la admiración de Chile, por las virtudes i por el sublime heroísmo del infortunado esposo de Ud., le dé tanto como a su distinguida familia, la resignación necesaria para sobrellevar tan gran desgracia, son los sinceros i fervientes votos de su affmo. amigo i seguro servidor.- Orozimbo Barbosa”.

---

Así se apreció en Chile el sacrificio del héroe tarapaqueño; sepan, pues, los futuros vencedores del Perú, los que han de ir a saldar para siempre las viejas cuestiones, que los descendientes de los incas tienen con Chile, con los conculcadores de la paz americana, los que han de reformar para siempre el mapa del Pacífico, que en nuestra patria se sabe aquilatar i premiar a los buenos servidores de la República, a los que rinden su vida por su engrandecimiento i poderío.

### *La opinión del Coronel don Mauricio Barboza*

Ramírez era ahijado del famoso Coronel don Mauricio Barboza, hombre de guerra, intelijente i con vista de gran soldado.

Barbosa tenía particular afección por el Comandante del 2º de Línea i una intimidad que descubren sus cartas llenas de consejos i de alientos. A las órdenes de don Mauricio, Ramírez, había servido en el 5º de Línea i peleado en Cerro Grande.

En Julio de 1879, aquel viejo Coronel, a quien se filió soldado distinguido al nacer, como una gracia especial por ser hijo de don Juan Barboza, Capitán de muchos alientos i estimadísimo por Beauchef, que fué fundador del Nº 1 de Chile en 1817, escribía a Ramírez, que se encontraba ya en el norte, una carta de la que extractamos lo siguiente:

“No sólo el cuerpo que Ud. manda debe estar de plácemes, sino el Ejército entero, pues cuenta entre los jefes de cuerpo un joven valiente, intelijente i laborioso.

Por lo que respecta a consejos no necesito ocuparme de ellos, pues Ud. tiene bastante penetración i conoce bastante su deber”.

I más adelante, don Mauricio, agrega:

“Lo único que le encargaré, será que tenga siempre presente el artículo de la Obligación del Cabo, que dice:

Firme en el mando, agraciable en lo que pueda, castigará sin cólera i será medido en sus palabras aun cuando reprenda.

Con observar estos preceptos, Ud. será querido i respetado de sus subalternos”.

Sabio consejo que deben tener siempre presente no sólo nuestros cabos de hoi, sino también todos los Jefes de Cuerpo i también los Jenerales.

Castigará sin cólera i será medido en sus palabras, decía don Mauricio Barboza, i daba con ello un gran consejo. I Ramírez, que era intelijente i soldado a las derechas, estamos seguros que leería con placer esa carta de su viejo amigo i padrino.

### *Justicia póstuma*

I hacen ya treinta i dos años que murió el Comandante don Eleuterio Ramírez; su vida, sus hechos, su cruenta muerte en Tarapacá; su heroísmo para sacrificarse cayendo con los suyos al pié de la bandera, todo se sabe hoi al pié de la letra; todos lo admiran i el país entero le hace justicia, ensalsa su nombre, canta sus glorias!

I esto que decimos es la verdad; en Iquique, en la zona salitrera de la provincia en que gravó con letras de fuego su nombre, el de su rejimiento i el de Chile, hoi van sus hijos en romería al lugar en que rodeado de los suyos, la horrible pira quemó sus restos.

Iquique, Pisagua, la Pampa, se levanta i hace en masa la marcha por el Tamarugal i por Isluga, nada más que para colocar una corona en el lugar en que pereció el héroe!

Bien por esos esforzados campeones del progreso, por esos obreros infatigables de la patria, que tienen tiempo para todo, para, con el sudor de sus brazos, elaborar el nitrato i para cumplir con su deber de chilenos i hacer justicia grande i buena!

I allá en Osorno, la ciudad natal del Comandante Ramírez; en el mismo día en que Iquique corre al desierto en demanda del sepulcro del héroe, se pronuncian discursos patrióticos, se va en romería a la casa en que nació Ramírez i un humilde sacerdote, el Reverendo Padre Oyarzún, representando los deseos de todos, promete para un día no lejano, levantar; erijír en la plaza de aquella hermosa ciudad, la estatua que para siempre perpetúe en el bronce, la gran figura de don Eleuterio Ramírez, representante nato de las glorias del Ejército en la campaña del Pacífico.

### *Como sintetizó don Cárlos Walker Martínez a Tarapacá*

Después del gran sacrificio de Tarapacá, se discutió en la Cámara baja, la gloria de este excelso hecho de armas, í diputados hubo, que calificaron mal esta batalla, negando su voto para dar la barra correspondiente a los que actuaron en esa acción.

Pero así como representantes del pueblo negaron la luz del sol, los señores José Manuel Balmaceda, Luis Jordán, Federico Errázuriz E., Juan E. Mackenna i Diego Antonio



Vergara Donoso, firmaron el proyecto que concedía medallas i barras por las grandes batallas de la Campaña i también por Tarapacá.